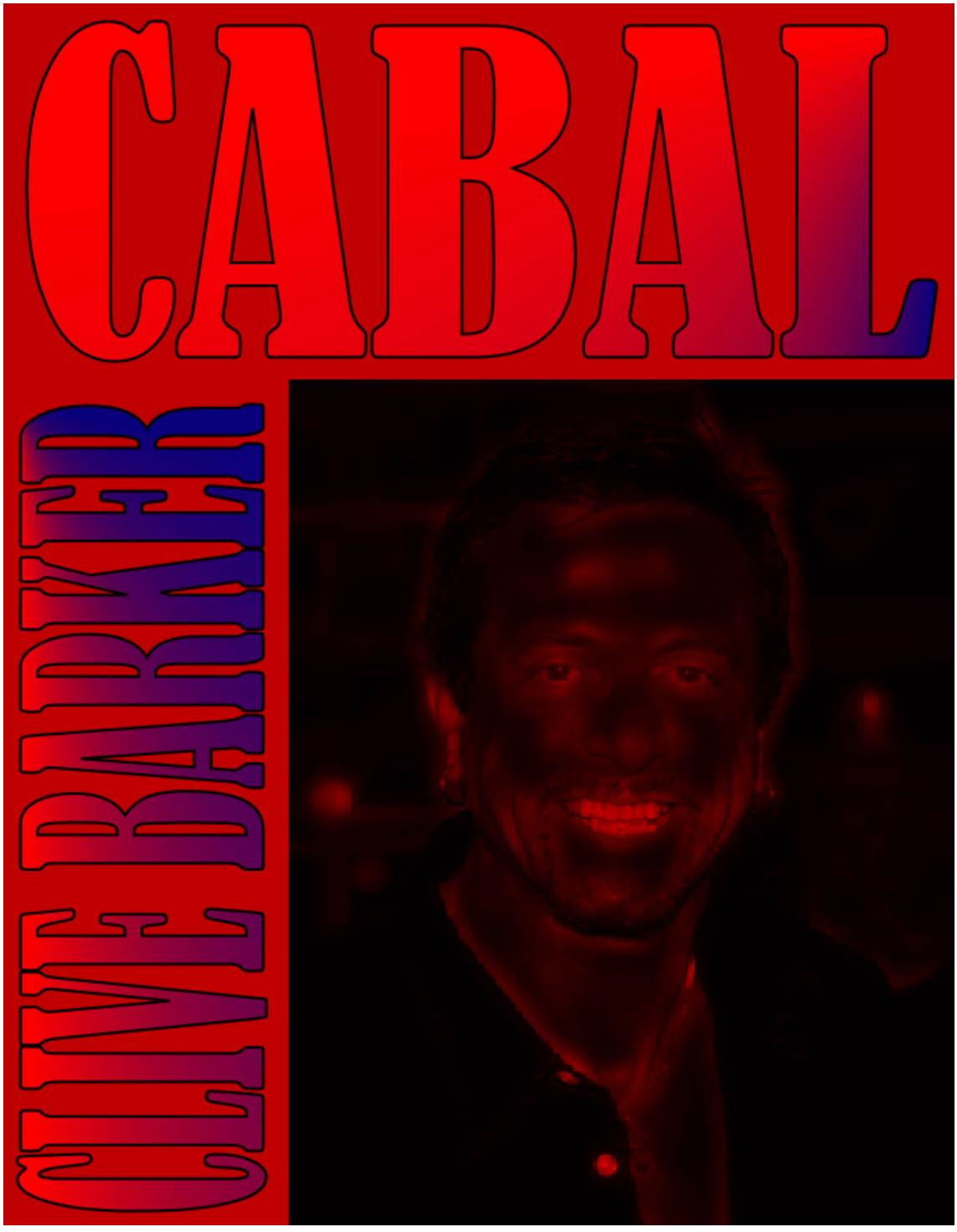
CABAL
CLIVE BARKER



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

A Annie

Librodot

“Todos somos animales imaginarios…”

DOMINGO D’YBARRONDO
A Bestiary of the Soul

Librodot

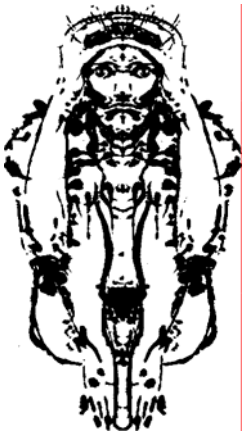
Primera parte

Loco

Nací viva. *¿Acaso no es castigo suficiente?*

MARY HENDRIKSON, en su juicio por parricidio.

Librodot



Librodot

I. LA VERDAD

Boone sabía ahora que de todas las precipitadas promesas hechas a medianoche en nombre del amor, ninguna era más fácil de romper que: *«Nunca te abandonaré.»*

Lo que el tiempo no nos roba ante nuestras narices, lo roban las circunstancias. Era inútil esperar otra cosa, inútil esperar que de algún modo, el mundo te deparase algo bueno. Cualquier cosa de valor, cualquier cosa a la que te aferrases por tu salud, se consumiría o te sería arrebatada a largo plazo, y el abismo se abriría tras de ti, como se había abierto ahora para Boone, y de pronto, con una explicación que no duraría más que un abrir y cerrar de ojos, te habrías ido. Al infierno o peor, con las declaraciones de amor y todo lo demás.

Su perspectiva no había sido siempre tan pesimista. Había habido un tiempo —no hacía tanto— en que había sentido cómo el peso de su angustia mental se disipaba. Había menos episodios psicopáticos, menos días en que él sentía como si se le partieran las muñecas en vez de soportar las horas hasta su próxima medicación. Entonces parecía que existiera una posibilidad de ser feliz.

Era esa perspectiva la que había obtenido su declaración de amor, aquel *«Nunca te abandonaré»* susurrado al oído de Lori cuando yacían en aquel angosto lecho donde él nunca hubiera pensado que cabrían. Las palabras no habían surgido del clímax de la pasión. Su vida amorosa, como muchas otras cosas entre ellos, estaba cargada de problemas. Pero donde otras mujeres habían renunciado, sin poder perdonarle su fracaso, ella perseveró: le dijo que tenían mucho tiempo de mejorarlo, todo el tiempo del mundo. Su paciencia parecía decir: Estaré contigo mientras tú quieras que esté.

Nadie le había ofrecido un compromiso como aquél y él quería ofrecerle algo a su vez. Y fueron aquellas palabras: «Nunca te abandonaré.»

El recuerdo de ellas y del cutis de ella, casi luminoso en la oscuridad de su habitación, y el sonido de su respiración cuando al fin cayó dormida junto a él, todo aquello aún tenía e! poder de sobrecoger su corazón y estrujárselo hasta hacerle daño.

El ansiaba liberarse del recuerdo y de las palabras, ahora que las circunstancias le habían arrebatado de las manos cualquier esperanza de realización. Pero no los olvidaría. Permanecerían para atormentarle por su flaqueza. Su leve consuelo era que *ella* —sabiendo lo que ahora sabría de él—, se estaría esforzando por borrar su recuerdo y que con el tiempo lo lograría. Él sólo esperaba que ella comprendiera que cuando hizo su promesa él no se conocía Nunca se hubiera arriesgado a sufrir aquel dolor si hubiera dudado siquiera que la salud estaba al alcance de su mano

¡Soñar!

Decker había puesto bruscamente fin a sus ilusiones el día en que cerró la puerta de la oficina, echó las persianas sobre el sol primaveral de Alberta y dijo, en una voz apenas más alta que un susurro:

—Boone, creo que tú y yo tenemos un problema terrible

Boone vio que Decker estaba temblando, circunstancia difícil de ocultar en un cuerpo tan grande. Decker tenía el aspecto físico de un hombre que se librara de toda la angustia del día sudando en un gimnasio. Ni siquiera sus trajes sastre, siempre color carbón, podían ocultar su volumen, Al principio de trabajar juntos, a Boone le ponía nervioso, le intimidaba la autoridad física y mental del doctor. Ahora temió la falibilidad de su fuerza. Decker era una Roca; era la Razón; era Calmado. Aquella ansiedad chocó contra todo lo que sabía de aquel hombre.

—¿Qué pasa? —le preguntó Boone.

—Siéntate, ¿quieres? Siéntate y te lo explicaré.

Boone hizo lo que se le pedía. En su oficina, Decker era el que mandaba. El doctor se recostó en la butaca de cuero y respiró por la nariz, con los labios curvados hacia abajo.

—Dime... —dijo Boone.

—No sé por dónde empezar.

—Empieza por cualquier parte.

—Pensaba que estabas mejor —dijo Decker—. De verdad. *Los dos* lo pensábamos.

—Yo aún lo pienso —dijo Boone.

Decker movió levemente la cabeza. Era un hombre de un intelecto notable, pero sus rasgos llenos y apretados apenas lo mostraban, excepto quizá sus ojos, que ahora no miraban a su paciente sino a la mesa que había entre ambos.

—Tú empezaste a hablar en las sesiones —dijo Decker—, de crímenes que creías haber cometido. ¿Recuerdas algo de eso?

—Ya sabes que no —los trances en los que Decker le sumía eran demasiado profundos como para recordar—. Sólo me acuerdo cuando pasas la cinta otra vez.

—No voy a poner ninguna de esas cintas —dijo Decker—. Las he borrado

—¿Por qué?

—Porque tengo miedo, Boone, tengo miedo por ti —hizo una pausa—. Quizá por los dos.

La grieta se había abierto en la Roca y Decker no podía hacer nada para disimularlo.

—¿Qué crímenes son? —preguntó Boone con tono vacilante.

—Asesinatos. Hablas de ellos obsesivamente. Al principio, creí que se trataba de crímenes soñados. Tú siempre sostienes una violenta lucha en tu interior.

—¿Y ahora?

—Ahora temo que los hayas cometido realmente.

Hubo un largo silencio mientras Boone observaba a Decker, más desconcertado que furioso. Las persianas no estaban del todo echadas. Un rayo de sol se filtraba y caía sobre él y sobre la mesa que les separaba. Encima de la superficie acristalada había una botella de agua inmóvil, dos vasos y un sobre grande. Decker se inclinó hacia delante y lo cogió.

—Probablemente, lo que estoy haciendo ahora también sea un delito —le dijo a Boone—. La confidencialidad del paciente es una cosa y proteger a un asesino es otra muy distinta. Pero una parte de mí aún reza y espera que no sea cierto. Quiero creer que he tenido éxito, que *hemos* tenido éxito. Juntos. Quiero creer, que estás bien.

—Y lo estoy.

En lugar de responder, Decker abrió el sobre.

—Me gustaría que mirases esto por mí —le dijo, metiendo la mano en el sobre y sacando a la luz un montón de fotografías.

—Te lo advierto, no son agradables.

Las dejó bajo la luz, volviéndolas para que Boone pudiera verlas. Su advertencia era cierta. La primera foto del montón mostraba un ataque físico. Al enfrentarse a ella, le invadió un miedo que no había sentido desde que estaba en manos de Decker. Temió que la imagen le *poseyera.* Había construido muros contra aquella superstición, ladrillo a ladrillo, pero ahora había recibido un impacto y amenazaba con derrumbarse.

—Sólo es una foto,

—Cierto —replicó Decker—. Sólo es una foto. ¿Qué ves en ella?

—Un hombre muerto.

—Un hombre asesinado.

—Sí. Un hombre asesinado.

No simplemente asesinado, descuartizado. Le habían cercenado la vida en un furia de tajadas y puñaladas y la sangre manaba sobre la hoja que le había cortado el cuello y la cara, así como sobre la pared que había tras él. Sólo llevaba unos pantalones cortos, de modo que las heridas del cuerpo podían contarse a pesar de la sangre que las cubría. Incluso ahora, Boone hizo un esfuerzo para dominar el terror que se apoderaba de él. Incluso allí, en aquella

Librodot

habitación donde el doctor había cincelado otro ser *a* partir de la situación de bloqueo de su paciente, Boone nunca había sentido tanto terror como entonces. Pudo paladear su desayuno en el fondo de la garganta, o la cena de la noche anterior, alzándose de sus entrañas contra natura. Porquería en su boca, como la suciedad de aquel acto.

Cuenta las heridas, se dijo, *imagínate que son cuentas en un ábaco.* Tres, cuatro, cinco en el abdomen y el pecho, una especialmente hendida, más como un desgarre que una herida, abriéndose tanto que asomaban las entrañas del hombre. Dos más sobre el hombro. Y luego la cara, cosida a cortes. Tantos que no podían contarse; ni el más frío observador hubiera podido calcular el número. La víctima había quedado irreconocible: los ojos fuera de las órbitas, los labios destrozados, la nariz hecha jirones.

—¿Suficiente? —preguntó Decker como si la pregunta necesitara respuesta.

—Sí.

—Hay muchas más.

Destapó la segunda, dejando la primera junto al montón. Ésta era de una mujer, con la parte superior e inferior del cuerpo retorcida de un modo imposible. Aunque probablemente no tenían ninguna relación con la primera víctima, el carnicero había creado un vil parecido. Allí estaba el mismo aspecto sin labios, sin ojos. Nacidos de padres distintos, se habían hermanado en la muerte, destruidos por la misma mano.

—¿Y soy yo el padre? —se encontró pensando Boone—. No —fue la respuesta de sus tripas— Yo no he hecho eso.

Pero dos cosas le prevenían para no expresar su inocencia. Primera, sabía que Decker no hubiera puesto en peligro el equilibrio de su paciente de aquel modo si no hubiera tenido una buena razón para hacerlo. Segundo, su negativa no tenía valor, pues ambos sabían con qué facilidad la mente de Boone se había engañado a sí misma en el pasado. Si era responsable de aquellas atrocidades, no había ninguna certeza de que él pudiera averiguarlo.

Así que guardó silencio, sin atreverse a mirar a Decker por miedo a ver la Roca fragmentándose.

—¿Otra? —dijo Decker.

—Si es necesario.

—Lo es.

Descubrió una tercera fotografía, y una cuarta, dejándolas sobre la mesa como cartas en una lectura de Tarot, excepto que aquí cada una de ellas representaba a la Muerte. En la cocina, yaciendo frente a la puerta de la nevera abierta. En el dormitorio, junto a la lámpara y el despertador. En el rellano, sobre las escaleras. En la ventana. Las víctimas eran de todas las edades y colores, hombres, mujeres y niños. Quien fuera que fuese el loco responsable, no había hecho distinciones. Simplemente destruía la vida donde la encontraba. Y no lo hacía rápida y eficazmente. Las habitaciones donde había muerto toda aquella gente atestiguaban cómo el asesino, con su humor particular, había jugado con ellos. Los muebles habían sido derribados al tropezar las víctimas, intentando evitar el *coup de gráce, y* sus huellas sangrientas habían quedado impresas en las paredes y papel pintado. Uno había perdido los dedos con la cuchilla, quizás intentando agarrarla, la mayoría habían perdido los ojos. Pero ninguno había escapado, por muy valerosa que hubiera sido su resistencia. Todos habían acabado cayendo, enmarañados en su ropa interior o buscando refugio tras una cortina. Habían caído gimiendo, arqueándose.

Había once fotografías en total. Cada una era distinta de las demás; habitaciones grandes y pequeñas, víctimas desnudas y vestidas. Pero todas eran lo mismo: fotografías de la realización de la locura, tomadas cuando el actor ya había desaparecido.

Dios Todopoderoso, ¿era *él* aquel hombre?

Como no hallaba en sí la respuesta, se lo preguntó a la Roca, hablando sin atreverse a alzar la vista de las brillantes cartas.

—¿He hecho yo eso? —preguntó.

Oyó suspirar a Decker, pero como no llegaba ninguna respuesta, así que echó un vistazo a

su acusador. Cuando Decker había extendido las fotografías ante él, Boone había sentido la mirada escrutadora del otro como un pavoroso dolor en el cuero cabelludo. Pero ahora encontró una vez más aquella mirada esquiva.

—Por favor, dime. ¿He hecho yo eso?

Decker se secó las húmedas arrugas de la piel de debajo de sus ojos grises. Ya no temblaba.

—Espero que no —dijo.

La respuesta pareció ridículamente suave. No estaban hablando de una leve infracción de la ley. Era la muerte repetida once veces, ¿y cuántas otras más podía haber fuera de la vista, fuera de la conciencia?

—Dime de qué te hablé —dijo—, Dime las palabras...

—La mayor parte eran divagaciones.

—¿Entonces por qué crees que soy el responsable? Debes de tener alguna razón.

—He tardado tiempo —dijo Decker— en juntar todas las piezas —inclinó la vista hacia las macabras fotografías que había sobre la mesa y alineó con el dedo medio una foto que estaba levemente torcida—. Como sabes, tengo que hacer un informe trimestral sobre nuestros progresos. Así que pongo las cintas de nuestras sesiones previas consecutivamente, para dar sentido a lo que estamos haciendo... —hablaba despacio, pesadamente—, y me fui dando cuenta de que se repetían las mismas frases en tus respuestas, mezcladas y enterradas casi siempre, en distintos temas, pero se repetían. Era como si estuvieras confesando algo, pero algo tan horrendo para ti, incluso en trance, que no podías decirlo. En lugar de hacerlo, llegaba a través de ese... *código.*

Boone sabía lo que eran los códigos. Había oído códigos por todas partes en los malos tiempos. Mensajes del enemigo imaginario a través del ruido de las emisoras de radio, o en el murmullo del tráfico antes de que amaneciese. El hecho de que él mismo hubiera sido capaz de aprender la técnica no le sorprendía.

—Hice algunas averiguaciones fortuitas —continuó Decker— entre los policías que he tratado. Nada concreto. Ellos me hablaban de los asesinatos. Por supuesto, supe de los detalles por la Prensa. Parece que empezaron hace dos años y medio. Algunos aquí en Calgary, el resto en el radio de una hora de distancia. Son obra de un solo hombre.

—Yo.

—No lo sé —dijo Decker, mirando finalmente a Boone—. Si estuviera seguro, habría dado parte.

—Pero no lo estás.

—No quiero creer esto, como tampoco quieres tú. Tampoco me cubriría de gloria si resultase cierto —había irritación mal disimulada en su voz—. Por eso he esperado. Esperando que tú estarías conmigo cuando ocurriese el siguiente.

—¿Quieres decir que algunas de esas personas han muerto cuando tú ya lo sabías?

—Sí —dijo Decker categóricamente.

—¡Dios mío!

La idea empujó a Boone de la silla y la mesa le golpeó la pierna. Las escenas de asesinatos se agitaron.

—Habla en voz más baja —le pidió Decker.

—¿La gente muriendo y tú *esperando?*

—Corrí ese riesgo por ti, Boone. Tendrías que comprenderlo.

Boone se dio la vuelta. Un hilillo de sudor frío le recorría la columna.

—Siéntate —le dijo Decker—. Por favor, siéntate y dime lo que esas fotografías significan para ti.

Involuntariamente, Boone se había puesto la mano cubriendo la parte inferior de su rostro. Sabía, por Decker, lo que significaba aquel gesto de lenguaje corporal. Su mente estaba usando su cuerpo para ahogar alguna revelación, o para silenciarla del todo.

—Boone. Necesito respuestas.

Librodot

—No significan nada —dijo Boone sin volverse.

—¿Nada en absoluto?

—Nada en absoluto.

—Míralas otra vez.

—No —dijo Boone—. No puedo.

Oyó el aliento del doctor y casi esperó la demanda de que se encarase de nuevo con todo aquel horror. Pero en lugar de eso, el tono de Decker fue conciliador.

—De acuerdo, Aaron —dijo—. De acuerdo. Las guardaré.

Boone apretó el dorso de sus manos contra los ojos cerrados. Tenía las cuencas calientes y húmedas.

—Ya no están, Aaron —dijo Decker.

—Sí que están.

Seguían todavía con él, las recordaba perfectamente. Once habitaciones y once cuerpos fijados en los ojos de su mente, más allá del exorcismo. El muro que Decker había tardado cinco años en construir había sido derrumbado en unos minutos por el mismo arquitecto. Boone estaba de nuevo a merced de su locura. La escuchaba gimotear en su cabeza. Venía de once gargantas degolladas, de once vientres agujereados. Resuello y gas intestinal, cantando las viejas locas canciones,

¿Por qué caían tan fácilmente sus defensas, después de tanto esfuerzo? Sus ojos conocían la respuesta, derramando lágrimas para admitir lo que sus labios no podían decir. Era culpable. ¿Por qué si no? Las manos que ahora reposaban limpias y secas en sus bolsillos habían torturado y masacrado. Si pretendía otra cosa sólo serviría para tentarlas a cometer más crímenes. Era mejor que confesara, aunque no recordase nada, que ofrecerles otro momento de indefensión.

Se volvió, encarándose con Decker. Las fotografías estaban recogidas y boca abajo sobre la mesa.

—¿Recuerdas algo? —le preguntó el doctor, leyendo el cambio del rostro de Boone.

—Sí —dijo él.

—¿Qué?

—Lo hice —dijo Boone simplemente—. Los maté a todos.

II. ACADEMIA

1

Decker era el acusador más benigno que ningún acusado pudiera esperar. Las horas que pasó con Boone tras aquel primer día se llenaron de preguntas planteadas cuidadosamente mientras juntos examinaban, asesinato por asesinato, la prueba de la vida secreta de Boone. A pesar de la insistencia del paciente de que él había cometido los crímenes, Decker aconsejó cautela. Admitir la propia culpabilidad no era una prueba definitiva. Tenían que asegurarse de que la confesión no se debía simplemente al esfuerzo de las tendencias autodestructivas de Boone, admitiendo el crimen por su ansia de ser castigado.

Boone no estaba en posición de discutir. Decker le conocía mejor que él mismo. Tampoco había olvidado la observación de Decker de que si lo peor resultaba ser cierto, su reputación como psiquiatra caería en picado: ninguno de los dos podía permitirse el lujo de equivocarse. El único método seguro era analizar los detalles de los asesinatos —nombres, fechas y lugares— con la esperanza de que Boone estuviera dispuesto a recordar. O bien que descubrieran que uno de los asesinatos se había producido mientras Boone estaba indiscutiblemente en compañía de otras personas.

La única parte del proceso que Boone eludió fue el reexaminar las fotografías. Durante cuarenta y ocho horas, resistió la amable presión de Decker, accediendo tan sólo cuando la amabilidad se debilitó y Decker le acorraló, acusándole de cobardía y engaño. Aquello no era más que un juego, arguyó Decker, un ejercicio de automortificación que acabaría ayudándoles a los dos. Así Boone podría sacar de su oficina aquel infierno y dejar que otros se ocuparan de ello.

Boone accedió a examinar las fotografías.

No había nada en ellas que le refrescara la memoria. Muchos de los detalles de las habitaciones habían desaparecido con el *flash* de la cámara y lo que quedaba era muy común. La única visión que podría haber obtenido una respuesta por su parte —los rostros de las víctimas— había sido borrada por el asesino, acuchillada hasta hacerse irreconocible, pues ni el forense más experto habría podido recomponer aquellas caras destrozadas.

Así que todo se basaba en los pequeños detalles de dónde había estado Boone esa noche o aquella otra, con quién estaba y qué hacía. Él no escribía ningún Diario, así que era difícil verificar los hechos, pero la mayor parte del tiempo —exceptuando las horas en que había estado con Lori o con Decker, que no coincidían en ningún caso con las noches de los asesinatos—, él estaba solo y sin coartada. Al finalizar el cuarto día, el caso contra él empezó a parecer muy persuasivo.

—Ya es suficiente —le dijo a Decker—, Ya hemos hecho bastante.

—Me gustaría repasarlo todo una vez más.

—¿Para qué? —dijo Boone—. Quiero acabar con esto de una vez.

Durante los últimos días —y noches—, muchos de sus viejos síntomas, los signos de la enfermedad de la que él se creía casi curado para siempre, habían vuelto. No podía dormir siquiera unos minutos seguidos sin que aparecieran visiones que le desvelaban y desconcertaban, no podía comer bien, durante cada minuto del día le temblaban hasta las entrañas. Quería acabar con todo aquello, confesar la historia y ser castigado.

—Déjame un poco más de tiempo —le dijo Decker—. Si vamos a la Policía, te llevarán

Librodot

con ellos, fuera de mi alcance. Probablemente ni siquiera me dejarán verte. Estarás solo.

—Ya lo estoy —replicó Boone. Desde que había visto las fotografías se había aislado de todo contacto, incluso de Lori, temiendo su capacidad de hacer daño.

—Soy un monstruo —dijo—. Los dos lo sabemos. Esa es la única prueba que necesitamos.

—No es sólo una cuestión de pruebas.

—¿Y de qué si no?

Decker se apoyó en el marco de la ventana, como si su voluminoso cuerpo fuese una carga.

—No te entiendo, Boone —le dijo.

La mirada de Boone fue del hombre hacia el cielo. Aquel día soplaba un viento del sudeste. Jirones de nubes corrían ante él. Qué vida maravillosa seria, pensó Boone, estar allí arriba, más ligero que el aire. Allí abajo todo era pesado; la carne y la culpa doliéndole en la columna vertebral.

—Me he pasado años tratando de comprender tu enfermedad, esperando que podría curarla. Y creía que lo estaba logrando. Creía que había una posibilidad de que todo se aclarase...

Se quedó en silencio, en el hoyo de su fracaso. Boone no estaba tan inmerso en su agonía como para no darse cuenta de cómo sufría aquel hombre. Pero él no podía hacer nada para aliviar su herida. Simplemente, contempló las nubes que pasaban allí arriba, junto a la luz, y supo que en adelante sólo vendrían tiempos sombríos.

—Cuando la Policía te detenga... —murmuró Decker—. No sólo tú estarás solo, Boone. Yo también estaré solo. Tú serás el paciente de otro: algún psicólogo criminalista. Ya no podré verte más. Por eso te estoy preguntando... Dame un poco más de tiempo. Déjame entender en lo posible antes de que todo se acabe entre nosotros.

Hablaba como un enamorado, pensó Boone vagamente, como si lo que había entre ellos fuese su vida.

—Sé que estás sufriendo —continuó Decker—. Tengo medicación para ti. Las píldoras te ayudarán a soportar lo peor. Hasta que terminemos.

—No confío en mí —dijo Boone—. Puedo hacerle daño a alguien.

—No —replicó Decker con una grata certeza—. Los fármacos te dejarán dormido toda la noche. El resto del tiempo estarás conmigo. Conmigo estarás a salvo

—¿Cuánto tiempo necesitas?

—Unos pocos días como máximo. No es mucho tiempo para preguntar, ¿verdad? Necesito saber por qué hemos fracasado.

La idea de rehacer aquel camino sangriento era espantosa, pero tenía que pagar una deuda. Con la ayuda de Decker había vivido con un rayo de esperanza de nuevas posibilidades, y ahora le debía al doctor la posibilidad de sacar algo de las ruinas de aquella visión.

—Intenta que sea rápido —le dijo.

—Gracias —contestó Decker—. Esto significa mucho para mí.

—Y necesitaré las pastillas.

2

Tuvo las pastillas. Decker se aseguró de que así fuera. Pastillas tan fuertes que apenas se las tomaba era difícil que pudiera pronunciar su nombre correctamente. Pastillas que le facilitaban el sueño, y al despertar tenía que vivir experiencias que le alegraba abandonar de nuevo. Pastillas a las que en cuarenta y ocho horas se había hecho adicto.

La palabra de Decker se cumplió. Cuando pedía más, se las suministraban, y bajo su soporífera influencia volvían al trabajo de las pruebas, y el doctor volvía una y otra vez a los detalles de los crímenes de Boone, en la esperanza de comprenderlos. Pero no se aclaraba nada. Todo lo que la cada vez más pasiva mente de Boone pudo rescatar de esas sesiones eran vagas imágenes de puertas que había atravesado y escaleras que había subido en la realización de los asesinatos. Cada vez era menos consciente de Decker, que aún luchaba para salvar lo mejor de la mente de su paciente. Ahora Boone sólo era consciente de su sueño, de la culpa y de la esperanza, cada vez más apremiante, de un final para los dos.

Sólo Lori, o más bien el recuerdo de ella, aguijoneaba su régimen de drogas. A veces oía su voz en su oído interior, clara como una campana, repitiendo palabras que le había dirigido en conversaciones casuales y que él recuperaba en su rastreo del pasado. Aquellas frases no tenían nada en sí mismas, pero quizá se asociaban a una mirada o una caricia que él atesoraba. Ahora ya no podía recordar las miradas ni las caricias, pues las drogas habían alterado casi totalmente su capacidad de *imaginar.* Sólo quedaban aquellas frases inconexas que le inquietaban, no sólo porque las oía como si alguien las murmurase a sus espaldas, sino porque no tenían ningún contexto que él pudiera recordar. Y lo peor era que le recordaban a la mujer que había amado y a la que no volvería a ver, salvo quizás en el pasillo de un Juzgado. Una mujer a la que él había hecho una promesa que había roto al cabo de unas pocas semanas. En su desgracia, su mente apenas podía convencerle de que aquella promesa rota no fuese tan monstruosa como los crímenes de las fotografías. Le condenaría al infierno para siempre.

O a la muerte. La muerte era preferible. Ya no sabía muy bien cuánto tiempo había pasado tratando con Decker, intercambiando su estupor durante unos días más de investigación, pero estaba seguro de que había cumplido su parte del trato. Había hablado. Ya no quedaba más que decir, ni que escuchar. Sólo quedaba entregarse a la ley y confesar sus crímenes, o hacer lo que el estado ya no podía hacer, matar al monstruo.

No se atrevió a alertar a Decker sobre su plan. Sabía que el doctor haría todo lo que estuviera en su poder para evitar el suicidio de *su* paciente. Así que continuó representando el papel durante un día más. Luego, tras prometerle a Decker que estaría en la oficina a la mañana siguiente, volvió a su casa y se preparó para matarse.

Había otra carta de Lori esperándole, la cuarta desde que él desapareciese, preguntándole qué ocurría. La leyó con la escasa receptividad que su aturdida mente le permitía y luego intentó escribir una respuesta, pero no pudo dar sentido a las palabras que trataba de escribir. En vez de continuar, se guardó la carta de ella en el bolsillo y salió a la oscuridad buscando la muerte.

3

El camión que le atropello no fue benévolo. Le quitó la respiración, pero no la vida. Magullado y sangrando por los arañazos y cortes, fue recogido y transportado al hospital. Más tarde, llegaría a comprender cómo habían ido las cosas y que la muerte le había sido denegada bajo las ruedas del camión con un objetivo preciso. Pero sentado en el hospital, esperando frente a una habitación blanca, lo único que podía hacer era maldecir su mala fortuna. Había podido arrebatar otras vidas con increíble facilidad, pero la suya se le resistía. Incluso en esto estaba dividido contra sí mismo.

Pero aquella habitación —aunque él lo ignoraba cuando fue conducido a ella— albergaba una promesa que sus desnudas paredes parecían desmentir. En ella había oído un nombre que con el tiempo le convertiría en un hombre nuevo. A su llamada, él acudiría de noche, como el monstruo que era, e iría al encuentro del milagro.

El nombre era Midian.

Aquel nombre y él tenían mucho en común, al igual que compartían el poder de hacer promesas. Pero mientras sus declaraciones de amor eterno habían demostrado quebrarse en cuestión de semanas, Midian hacía promesas —a medianoche, como la suya, en lo más profundo de la medianoche—, que ni siquiera la muerte podía romper.

III. EL RAPSODA

Durante los años de su enfermedad, entrando y saliendo de sanatorios mentales y asilos, Boone había conocido a muy pocos sufrientes que no llevaran con ellos algún talismán, algún signo o alguna prenda que montase guardia a las puertas de sus mentes y corazones. En seguida aprendió a no menospreciar tales amuletos. Sea *lo que sea lo que te pase por la noche* era un axioma que sacó de la más dura experiencia. Muchos de estos salvaguardas contra el caos eran personales y pertenecían a aquellos que los esgrimían. Baratijas, llaves, libros y fotografías: recuerdos de los buenos tiempos atesorados como defensa contra los malos tiempos. Pero algunos pertenecían a la mente colectiva. Eran palabras que podía oír más de una vez: rimas absurdas cuyo ritmo ayudaba a dominar el dolor, nombres de dioses.

Entre ellos estaba Midian.

Había oído el nombre de aquel lugar quizá media docena de veces, pronunciado por gente que se cruzaba en el camino, casi siempre gente cuya fuerza se había desvanecido. Cuando apelaban a Midian significaba un lugar de refugio, un lugar adonde ser llevados. Y aún más: un lugar donde fueran cuales fuesen los pecados que hubieran cometido, reales o imaginarios, les serían perdonados. Boone no conocía el origen de aquella leyenda, ni tampoco le había interesado nunca averiguarlo. Nunca había necesitado el perdón o, al menos, eso creía él. Ahora sabía algo más. Había intentado limpiarse por todos los medios, pero las obscenidades se habían quedado grabadas en su mente desde que Decker las sacara a la luz y ningún medio conocido podría librarle de ellas. Se había unido a otra clase de criatura.

El nombre de Midian fue pronunciado.

Sumido en su tristeza, no se había dado cuenta de que alguien más compartía con él la blanca habitación, hasta que oyó la áspera voz.

—Midian...

Al principio, pensó que se trataba de otra voz del pasado, como la de Lori. Pero cuando la oyó de nuevo ya no estaba a sus espaldas como la de Lori, sino que venía del otro lado de la habitación. Abrió los ojos. El izquierdo aún estaba pegajoso de sangre de un corte en la sien. Miró hacia la voz. Aparentemente, era otro herido en andanzas nocturnas, al que habrían llevado allí para coserle y le habrían dejado que se valiera por sí mismo hasta que le pudieran hacer algún remiendo. Estaba sentado en una esquina de la habitación, la más lejana de la puerta, y sus ojos estaban fijos en ella, como si de un momento a otro pudiese aparecer su salvador en el umbral. Era virtualmente imposible averiguar nada de su edad o de su auténtico aspecto: la sangre sucia y coagulada lo encubría todo. «Yo debo de tener un aspecto similar o peor», pensó Boone. No le preocupaba demasiado; la gente siempre le miraba. En su estado en aquel momento, él y el hombre de la esquina eran el tipo de locos que uno evita cruzarse por la calle.

Pero mientras que él, con sus pantalones vaqueros, sus botas, que arrastraba al andar y su camiseta negra, era simplemente otro don nadie, en el otro hombre había ciertos signos que le definían. El largo abrigo que llevaba tenía una severidad monacal, su pelo gris peinado hacia atrás, muy tirante sobre el cuero cabelludo, caía por el medio de su espalda en una cola de caballo trenzada. Llevaba joyas semiocultas por el cuello alto y dos uñas artificiales se curvaban como garras en sus pulgares con algo que parecía plata.

Finalmente, estaba aquel nombre, saliendo de boca del hombre otra vez.

—¿... Querría llevarme? —preguntó suavemente—. ¿Llevarme hasta Midian?

Sus ojos no habían dejado de mirar la puerta ni por un instante. Parecía que se había

olvidado de Boone, cuando sin previo aviso, volvió su cabeza herida y escupió hacia el otro extremo de la habitación. La flema veteada de sangre se estrelló contra el suelo a los pies de Boone.

—¡Lárgate de aquí! —gritó—. Los estás apartando de mí. No vendrán mientras tú estés aquí.

Boone estaba demasiado cansado como para discutir, y demasiado magullado como para levantarse. Dejó que el hombre despotricara.

—¡Lárgate! —volvió a decirle—. Nunca se muestran ante tipos como tú. ¿Es que no lo ves?

Boone echó la cabeza hacia atrás e intentó mitigar así el dolor del otro, que se sentía invadido.

—¡Mierda! —dijo el otro—. Los he perdido. *Los he perdido.*

Se levantó y atravesó la habitación. Fuera reinaba una densa oscuridad.

—Han pasado de largo —murmuró, súbitamente lastimero. Al momento siguiente estaba a un metro de Boone, haciendo una mueca *a* través de su suciedad.

—¿Tienes algo para el dolor? —quiso saber.

—La enfermera me ha dado algo —contestó Boone.

El hombre volvió a escupir, esta vez no hacia Boone sino al suelo.

—*Bebida,* tío. . —dijo—. ¿No tienes nada que beber?

—No.

La mueca se evaporó instantáneamente, y el rostro se contrajo mientras afluían las lágrimas. Se volvió de espaldas a Boone, sollozando, recomenzando su letanía.

—¿Por qué no me llevan con ellos? ¿Por qué no vienen a por mí?

—Tal vez vengan más tarde —dijo Boone—, cuando yo me haya ido.

El hombre volvió a mirarle.

—¿Qué sabes tú? —preguntó.

La respuesta era bien poca cosa, pero Boone la guardó para sí. Tenía demasiados fragmentos de Midian en la cabeza como para no desear saber más. ¿No era un lugar para que aquellos que habían escapado de sus refugios encontrasen un hogar? ¿Y acaso no era ésa su condición actual? No tenía dónde encontrar alivio. Ni Decker, ni Lori, ni siquiera la Muerte. Aunque Midian no fuese sino un talismán, él quería oír su historia.

—Cuéntamelo —dijo.

—Te he preguntado qué sabes tú —replico el hombre, pellizcándose la carne de su barbilla sin afeitar con la garra de su mano izquierda.

—Sé que cura el dolor —dijo Boone.

—¿Y?

—Sé que nadie vuelve de allí.

—No es verdad —fue la respuesta.

—¿No?

—Si nadie volviese, yo estaría allí, ¿no crees? ¿Qué crees? ¿Que es la ciudad más grande de la tierra? Claro que se vuelve de allí...

Los ojos del hombre, brillantes de lágrimas, estaban fijos en Boone. ¿Se daba cuenta de que no sabía nada?, se preguntó Boone. Parecía que no. El hombre hablaba, contento de comentar su secreto. O más concretamente, el temor que le inspiraba.

—Yo no voy porque no consigo ser mejor —dijo—. Y ellos no perdonan eso fácilmente. No perdonan en absoluto. ¿Sabes lo que les hacen... a los que no son mejores?

Boone estaba menos interesado en los ritos de acceso a Midian que en la certidumbre del hombre de que existía. No hablaba de Midian como un lunático hablaría de un paraíso imaginario, sino como de un lugar que podía encontrarse, al que se podía entrar y en el que podía hallarse la paz

—¿Sabes cómo llegar hasta allí? —le preguntó.

El hombre miró a otra parte. Cuando dejó de mirarle, a Boone le invadió el pánico: quizás

aquel bastardo pensara guardarse el resto de la historia para sí.

—Necesito saberlo —dijo Boone.

El otro hombre lo miró de nuevo.

—Ya lo veo —dijo, y en su tono de voz se adivinaba que el espectáculo de la desesperación de Boone le divertía.

—Está al noroeste de Athabasca —contestó.

—¿Sí?

—Eso he oído decir.

—Ése es un lugar desierto —repuso Boone—. Puedes pasarte la vida errando, a menos que tengas un mapa.

—Midian no está en ningún mapa —dijo el hombre—. Hay que buscar el este del río Peace, cerca del collado de Shere, al norte de Dwyer.

No había ningún matiz de vacilación en su discurso de direcciones. Creía en la existencia de Midian tanto o más que en las cuatro paredes que ahora le limitaban.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó Boone.

La pregunta pareció despistarle. Había pasado mucho rato sin que ninguno de los dos se preocupase por preguntarle el nombre al otro.

—Narcisse —dijo finalmente—. ¿Y el tuyo?

—Aaron Boone. Pero nadie me llama Aaron. Sólo Boone.

—Aaron —dijo el otro—. ¿Dónde has oído hablar de Midian?

—En el mismo sitio que tú —dijo Boone—. Todo el mundo lo oye en el mismo sitio. De otros. De gente que sufre.

—Monstruos —dijo Narcisse.

Boone nunca había pensado en ellos como locos, pero quizás a ojos desapasionados sí lo eran, vociferantes y sollozantes, incapaces de guardar sus pesadillas encerradas bajo llave.

—Son los únicos bienvenidos en Midian —explicó Narcisse—. Si no eres una bestia, eres una víctima. ¿No es cierto? Sólo puedes ser una cosa o la otra. Por eso temo ir solo. Quiero que vengan mis amigos a buscarme.

—¿Gente que ya ha estado allí?

—Exacto —dijo Narcisse—. Algunos de ellos viven. Otros ya murieron y fueron después.

Boone no estaba seguro de estar oyendo bien.

—¿Cómo *después"?* —preguntó.

—¿No tienes nada para el dolor, tío? —dijo Narcisse, suavizando el tono de nuevo, esta vez muy persuasivo.

—Tengo unas pastillas —dijo Boone, recordando los restos de la provisión de Decker—. ¿Las quieres?

—Dame lo que tengas.

Boone estaba contento de librarse de ellas. Le encadenaban la mente hasta tal punto que ya no le importaba vivir o morir. Ahora sí le importaba. Tenía un lugar a donde ir, donde quizás encontrase finalmente a alguien capaz de comprender los horrores que estaba sufriendo. No necesitaba las pastillas para ir a Midian. Necesitaba fuerza, y la voluntad de ser perdonado. La última condición sí la tenía y en cuanto a la primera, su cuerpo malherido tendría que hacer acopio de ella.

—¿Dónde están? —preguntó Narcisse, con la ansiedad dibujada en sus rasgos.

A Boone le habían quitado la chaqueta de cuero al ingresar en el hospital, para hacerle un examen de los daños que se había inflingido. Ahora pendía del respaldo de una silla, con la piel desgarrada por dos sitios. Metió la mano en el bolsillo interior, pero para su sorpresa, se encontró con que el bote que ya le era tan familiar no estaba allí.

—Alguien me lo ha quitado de la chaqueta.

Rebuscó en el resto de los bolsillos. Todos estaban vacíos. Las cartas de Lori, su cartera, las pastillas, todo había desaparecido. Tardó sólo unos segundos en comprender por qué necesitaban pruebas de su identidad y cuál era la consecuencia. Él había intentado suicidarse,

sin duda ellos pensaban que estaba dispuesto a intentarlo de nuevo. En su cartera estaba la dirección de Decker. Probablemente, Decker estaba ya de camino, para recoger a su errabundo paciente y entregarlo a la Policía. Una vez en manos de la Ley, nunca podría ver Midian.

—¡Dijiste que había unas *pastillas*. —aulló Narcisse.

—¡Me las han quitado!

Narcisse arrancó la chaqueta de manos de Boone y empezó a desgarrarla.

—*¿Dónde!* —aulló—. *¿Dónde')*

Su rostro empezó a contraerse de nuevo en cuanto comprendió que no iba a poder chutarse su dosis de paz. Tiró la chaqueta y se volvió de espaldas a Boone, mientras le afluían de nuevo las lágrimas, pero forzó su rostro a esbozar una amplia sonrisa.

—Sé lo que estás haciendo —dijo señalando a Boone con el dedo. La risa y los sollozos se alternaban a parte iguales—. Te envía Midian. Para ver si soy mejor. ¡Has venido a ver si soy uno de los vuestros o no!

No le dio oportunidad a Boone de contradecirle, su exaltación bordeaba la histeria.

—Estaba aquí sentado rezando para que viniese alguien, *rezando.* Y tú estabas aquí sentado durante todo el tiempo, mirando cómo me cagaba en mí mismo. ¡Mirando cómo me *cagaba!*

Se rió ruidosamente. Luego se puso mortalmente serio:

—Nunca he dudado. Ni una sola vez. Siempre he sabido que alguien vendría. Pero esperaba un rostro conocido. Por ejemplo, Marvin. No me habría dado cuenta si hubiesen enviado a otra persona. Sé lógico. Y tú lo *viste,* ¿no? Y lo *oíste.* No estoy avergonzado. Nunca me han hecho avergonzarme. Pregunta a cualquiera. Lo han intentado una y otra vez. Se metieron en mi cabeza e intentaron despedazarme, sacarme a los Salvajes. Pero me resistí. Sabía que más pronto o más tarde aparecerías, y quería estar preparado. Por esa razón voy vestido así.

Alzó los pulgares frente a su rostro.

—Para poder enseñártelo.

Movió la cabeza a derecha e izquierda.

—¿Quieres verlo? —dijo.

No necesitaba respuesta. Ya había alzado las manos, a ambos lados de su rostro, y sus garras rozaban la piel bajo las orejas. Boone le observó, las palabras de rechazo o de súplica hubieran sido ociosas. Narcisse había ensayado innumerables veces este momento; nada podría detenerle. No se escuchó ningún ruido mientras sus garras, afiladas como cuchillas, desgarraron su piel, pero la sangre empezó a manar instantáneamente hacia el cuello y los brazos. La expresión de su rostro no cambió, sólo se intensificó: una máscara en la que las musas cómicas y trágicas se habían unido. Luego los dedos se extendieron a cada lado de su rostro y él condujo firmemente sus garras como cuchillas por el borde de su quijada. Tenía la precisión de un cirujano. Las heridas se abrieron con perfecta simetría hasta que sus garras gemelas se encontraron en la barbilla.

Sólo entonces dejó caer la mano a un lado, con la sangre resbalando por las uñas y la muñeca, mientras la otra recorría su rostro buscando la herida de la piel.

—¿Quieres verlo? —repitió.

Boone murmuró:

—No.

No fue escuchado. Con una afilada uña, Narcisse despegó la máscara de piel del músculo que había debajo y empezó a arrancarla, descubriendo su verdadero rostro.

Boone oyó gritar a alguien detrás de él. Habían abierto la puerta y una enfermera estaba en el umbral. La vio por el rabillo del ojo: la cara más blanca que el uniforme y la boca totalmente abierta, Y tras ella, el pasillo y la libertad. Pero no pudo apartar la mirada de Narcisse, no mientras la sangre llenaba la atmósfera entre los dos oscureciendo la revelación. Quería ver el rostro secreto del hombre: el salvaje que había tras su piel y que le había puesto

al alcance de Midian. La lluvia roja se estaba despejando. La atmósfera empezó a aclararse. Ahora veía un poco de la cara, pero no podía darle un sentido a su complejidad. ¿Era la anatomía de una bestia que se contraía espasmódicamente y gruñía frente a él, o era el tejido humano agonizando por la automutilación? Un momento más y lo sabría.

Entonces alguien le sujetó cogiéndole por los brazos y arrastrándole hacia la puerta. Vio de refilón a Narcisse levantando las armas de sus manos para mantener a raya a sus salvadores, luego los uniformes cayeron sobre él y se eclipsó. Rápidamente, Boone aprovechó su oportunidad. Se quitó de encima a la enfermera, cogió la chaqueta de cuero y corrió hacia la puerta que estaba libre de custodia. Su cuerpo magullado no estaba preparado para la acción violenta. Se tambaleó, la náusea y el dolor en sus miembros, competían por el honor de derribarle, pero la visión de Narcisse rodeado y maniatado fue suficiente para darle fuerzas. Ya había llegado a la entrada antes de que nadie pudiera reaccionar.

Mientras cruzaba el umbral de la puerta y se sumergía en la noche, escuchó la voz de Narcisse que se alzaba en un grito de protesta; un aullido de rabia que era dolorosamente humano.



IV. NECRÓPOLIS

1

Aunque la distancia de Calgary a Athabasca apenas alcanzaba los quinientos kilómetros, el viaje llevó al viajero a las fronteras de otro mundo. Al norte de allí, las autopistas eran escasas, y los habitantes aún más. Las ricas llanuras verdes daban paso a los bosques, pantanos y desiertos. También marcaba los límites de la experiencia de Boone. Un breve trabajo de camionero cuando tenía veintipocos años le había llevado tan lejos como Bonnyville hacia el sureste, Barrhead hacia el sudoeste y la propia Athabasca. Pero el territorio que había más allá le era desconocido, salvo por los nombres de un mapa. O mejor dicho, la ausencia de nombres. Había grandes extensiones de tierra ocupadas tan sólo por algunos asentamientos agrícolas. Uno de ellos llevaba el nombre que había pronunciado Narcisse: Shere Neck.

Boone había encontrado el mapa que contenía esta información, junto con suficiente dinero suelto como para comprarse una botella de brandy, en un hurto de cinco minutos a las afueras de Calgary. Había saqueado tres vehículos que había en un aparcamiento subterráneo y una vez provisto de mapa y dinero, había huido, tras cerciorarse de que las alarmas estuvieran desconectadas.

La lluvia le lavó la cara y él se deshizo de su sangrienta camiseta, feliz de sentir su querida chaqueta cerca de la piel. Luego encontró un vehículo que le llevó hacia Edmonton y otro que le llevó a través de Athabasca hasta High Prairie. Era fácil.

Librodot

2

¿Fácil? ¿Ir en busca de un lugar del que sólo había oído rumores entre lunáticos? Quizá no tan fácil. Pero era necesario, incluso inevitable. Desde el momento en que el camión que había escogido para morir le había dejado a un lado, aquel viaje estaba determinado. Quizá desde hacía mucho más tiempo, sólo que él nunca había visto la invitación. El sentido que él tenía de la *justicia* quizá le hubiera convertido en un fatalista. Si Midian existía y quería acogerlo, entonces estaría viajando hacia un lugar donde finalmente hallaría cierta paz y auto-comprensión. Si no era así, si sólo existía como talismán para los aterrorizados y los perdidos, entonces aquello también sería *justo,* y él iría al encuentro de la destrucción que le esperase, en busca de la nada. Mejor que las pastillas, mejor que la vana búsqueda de Decker en pos de razones y argumentos.

La indagación del doctor para sacar el monstruo del interior de Boone había fracasado. Estaba tan claro como el cielo que había allí arriba. Boone el hombre y Boone el monstruo no podían separarse. Eran uno solo, viajaban por el mismo camino, en la misma mente y en el mismo cuerpo. Y fuera lo que fuese lo que hubiera al final de aquel camino, la muerte o la gloria, sería el destino de ambos.

Librodot

3

Al este del río Peace, había dicho Narcisse, cerca del poblado de Shere Neck, al norte de Dwyer.

Tuvo que dormir a la intemperie en High Prairie, hasta que a la mañana siguiente, encontró un vehículo que le llevaría a río Peace. Lo conducía una mujer que estaba cerca de los sesenta años, orgullosa de la región que conocía desde su infancia y contenta de darle una rápida lección de geografía. No mencionó Midian, pero conocía Dwyer y Shere Neck. El último era un pueblo de cinco mil almas que estaba al final de la autopista 67, hacia el este. Se hubiera ahorrado más de tres kilómetros si no se hubiera ido hasta High Prairie, le dijo, y hubiera enfilado hacia el norte desde un poco antes. No importa, añadió ella. Conocía un sitio en río Peace donde los granjeros se paraban a comer antes de dirigirse hacia sus hogares. Allí encontraría a alguien que le llevase hasta donde quería ir.

«¿Conocía a alguien allí?», le preguntó. Él dijo que sí.

Ya era casi oscuro cuando el último de los conductores le llevó a un kilómetro o así de Dwyer. Él contempló al camión mientras tomaba un camino de grava bajo la azulada y creciente oscuridad y luego echó a andar el corto camino hacia el pueblo. Una noche durmiendo a la intemperie y el viaje en vehículos de granja por caminos que habían visto mejores días le habían afectado a su ya maltrecho sistema. Tardó una hora en perder de vista las afueras de Dwyer y entre tanto, la noche había caído completamente. El destino estaba una vez más de su parte. De no ser por la oscuridad no hubiera visto las luces rutilando más adelante, no a modo de bienvenida sino de amenaza.

La Policía había llegado allí antes que él. Calculó que había tres o cuatro coches. Era posible que estuvieran persiguiendo a cualquier otro, pero lo dudaba. Era mucho más probable que Narcisse, perdido para sí mismo, hubiera contado a las autoridades lo mismo que le había dicho a él. En ese caso se trataba de un comité de recepción. Probablemente ya le estaban buscando casa por casa. Y si estaban allí, también estarían en Shere Neck. Le esperaban.

Agradecido a la protección que le procuraba la noche, salió del camino y se dirigió a un campo segado donde podría echarse a descansar y pensar su próximo movimiento. No era muy inteligente intentar ir a Dwyer. Era mejor que se encaminase a Midian ahora, dejando de lado al hambre y el cansancio que le embargaban y confiando en que las estrellas y su instinto le orientarían.

Se levantó oliendo a tierra y se dirigió hacia donde creía que estaba el norte. Sabía muy bien que podía errar el camino en varios kilómetros yendo por aquellos caminos difíciles, o simplemente, que la oscuridad le impidiese ver. No importaba; no tenía otra elección, y ésta era una forma de consolarse.

En su hurto de cinco minutos no había encontrado ningún reloj que llevarse, así que el único sentido que tenía del tiempo era la lenta progresión de las constelaciones sobre su cabeza. El aire era cada vez más frío, luego se hizo punzante, pero él mantuvo su dolorido paso, evitando los caminos siempre que podía, aunque hubiera sido mucho más fácil caminar por ellos que atravesar aquellos campos arados y segados. Esta precaución estaba, bien fundada, como se vio después, cuando dos vehículos de la Policía seguidos de una limusina negra se deslizaron silenciosamente por una carretera que acababa de cruzar hacía un minuto. No tenía ninguna prueba en qué fundar el sentimiento que le invadió cuando pasaron los coches, pero sintió con gran intensidad que el pasajero de la limusina era Decker, el buen

Librodot

doctor, todavía intentando *comprender.*

Librodot

4

Luego, Midian.

Fuera, en ninguna parte, Midian. Un momento antes, la noche que había ante él era oscuridad sin forma, y al momento siguiente había un enjambre de edificios en el horizonte, con sus paredes pintadas rutilando en un gris azulado bajo la luz de las estrellas. Boone se detuvo varios minutos y observó el lugar. No quedaba ninguna luz encendida tras las ventanas ni en los porches. Seguramente sería más tarde de medianoche, y los hombres y mujeres de la ciudad que tenían que trabajar a la mañana siguiente, estarían en la cama. ¿Pero ni una sola luz? Le pareció muy extraño. La pequeña Midian podía haber sido olvidada por los geógrafos y por los que hacían los carteles de la carretera, ¿pero no había en ella nadie con insomnio? ¿O un niño que necesitase el consuelo de una luz encendida durante la noche? Probablemente ellos estaban allí, esperándole —Decker y el abogado—, ocultos en las sombras hasta que él fuera lo bastante idiota como para precipitarse en la trampa. La solución más sencilla sería darse media vuelta y dejarles que continuaran con la vigilia, pero ya le quedaban muy pocas energías. Si huía ahora, ¿cuánto tiempo tendría que esperar para volver?

Decidió bordear los límites de la ciudad para tener conciencia del terreno en el que se movía. Si no observaba presencia policial, entraría en la ciudad y aceptaría las consecuencias. No había andado tanto como para retirarse a la primera de cambio.

Midian no revelaba nada de sí mientras él avanzaba por el flanco sudoeste, excepto quizás una gran sensación de vacío. No sólo no veía signos de vehículos policiales en las calles, ni ocultos entre las casas, no veía automóvil de ningún tipo, ningún camión ni vehículo agrícola. Comenzó a preguntarse si la ciudad no sería una de esas comunidades religiosas sobre las que había leído algunas cosas, y en las que estaban prohibidas la electricidad o las máquinas de combustión.

Pero mientras trepaba por una pequeña colina, en cuya cima se *alzaba* Midian, se le ocurrió una segunda explicación mucho más sencilla. No había nadie *en* Midian. La idea le dejó paralizado. Echó un vistazo a las casas buscando alguna prueba de descomposición, pero no pudo ver nada. Los techos estaban intactos; por lo que podía ver, no había ningún edificio al borde de la destrucción. Sin embargo, con la noche tan silenciosa podía oír hasta las estrellas fugaces en su caída, pero de la ciudad no se oía *nada.* Si alguien hubiera suspirado en Midian mientras dormía, se hubiera escuchado, pero sólo había silencio.

Midian era una ciudad fantasma.

Nunca en su vida había visto tal desolación. Se sentía como un perro que regresa al hogar y que no encuentra a su dueño, sin saber qué sucedería con su vida.

Tardó varios minutos en salir de su inmovilidad para seguir recorriendo la ciudad. Sin embargo, después de recorrer unos doscientos metros, tuvo aún una visión más misteriosa que la del vacío de Midian.

En el lado más alejado de la ciudad había un cementerio. Aquel ventajoso punto de mira le daba una visión muy clara del cementerio, pese a los altos muros que lo circundaban. Presumiblemente, había sido construido para atender a las necesidades de toda la región, ya que era mucho mayor de lo que hubiera necesitado una pequeña ciudad como Midian. La mayor parte de los mausoleos eran de un tamaño impresionante, y visto desde lejos, el despliegue de calles, árboles y tumbas le daban al cementerio la apariencia de una ciudad.

Boone empezó a bajar por la colina hacia el cementerio. Este camino le alejaba un poco de la ciudad. Después de la adrenalina provocada por la sensación de aproximarse a Midian,

Librodot

volvió a sentir que las fuerzas le abandonaban rápidamente; el dolor y el cansancio que la excitación había mitigado, volvieron vengativos. Sabía que no faltaba mucho para que sus músculos le traicionasen y todo él se derrumbase. Quizá tras los muros del cementerio encontraría un nicho en el que ocultarse de sus perseguidores y dejar que sus huesos reposasen.

Había dos formas de acceder al lugar. Una pequeña puerta en un muro lateral, y una doble puerta que daba a la ciudad. Eligió la primera. Estaba cerrada, pero sin candado. La empujó suavemente y entró. La impresión que había tenido desde la colina se le confirmó, el cementerio era una pequeña ciudad, con los mausoleos alzándose a un tamaño casi de edificio. Ahora que podía observarlos de cerca, quedó impresionado por su tamaño. ¿Qué tipo de familias acaudaladas habían ocupado la ciudad como para poder pagarse tal esplendor? Las pequeñas comunidades de la llanura vivían de la tierra, pero raramente se hacían ricos con esa actividad. Y si lo conseguían, gracias al oro o al petróleo, no era desde luego un gran número de personas. Sin embargo, allí había espléndidas tumbas, avenida tras avenida, construidas en todo tipo de estilos, desde el clásico al barroco, y marcadas —aunque no estaba seguro de que sus cansados sentidos no le estuvieran jugando una mala pasada— con leyendas de religiones muy distintas.

Estaba detrás de él. Necesitaba dormir. Las tumbas llevaban allí más de un siglo; al amanecer, el enigma todavía seguiría allí.

Encontró un lecho alejado de la vista entre dos tumbas y se echó en él. El dolor de la hierba primaveral era dulce. Había dormido en lechos mucho peores y seguiría durmiendo en ellos.



Librodot

V. UN SER DIFERENTE

Le despertó el ruido de un animal. Sus gruñidos se abrían camino entre sus sueños flotantes y le llamaban hacia la tierra. Abrió los ojos y se sentó. No podía ver al perro, pero aún lo oía. ¿Estaba detrás de él? La proximidad de las tumbas hacía retumbar los ecos por todas partes. Muy despacio, volvió la cabeza para mirar por encima de su hombro. La oscuridad era profunda, pero no podía ocultar a una bestia grande, aunque era imposible adivinar a qué especie pertenecía. De todas formas, no había duda respecto a la amenaza que salía de su garganta. A juzgar por el tono de sus gruñidos, no le gustaba su inspección.

—Eh, chico —dijo él suavemente—. Está bien.

Empezó a levantarse y le crujieron los ligamentos. Sabía que si se quedaba en el suelo, el animal le llegaría fácilmente a la garganta. Los miembros se le habían entumecido de estar echado en el suelo frío, se movía como un viejo. Quizá gracias a eso el animal no le atacaba, pues simplemente le miraba, y las lunas de los blancos de sus ojos —el único detalle que podía distinguir— se ensanchaban mientras le veía cambiar a una posición erecta. Una vez de pie, se volvió para enfrentarse a la criatura, que empezaba a moverse hacia él. Había algo en su modo de avanzar que le hizo pensar que estaba herido. Podía oírle arrastrar uno de sus miembros tras él. Llevaba la cabeza gacha y su paso era irregular.

Tenía palabras de consuelo en los labios cuando un brazo le rodeó el cuello, ahogando palabras y respiración.

—*Muévete y te saco las tripas.*

Con esta amenaza, un segundo brazo se deslizó por su cuerpo y los dedos le oprimieron el vientre con tal fuerza que no dudó de que el hombre cumpliría su amenaza con la mano desnuda.

Boone respiró profundamente. Incluso este movimiento menor intensificó la tensión de la garra mortal en torno a su cuello y en el abdomen. Sintió la sangre corriendo por su vientre y bajo sus pantalones vaqueros.

—¿Quién cono eres tú? —preguntó la voz.

Boone mentía muy mal; era más seguro decir la verdad.

—Me llamo Boone, He venido..., he venido buscando Midian.

¿Se aflojaría un poco la presión que le oprimía el vientre cuando le oyera nombrar su meta?

—¿Por qué? —preguntó ahora una segunda voz. Boone no tardó más que un latido del corazón en darse cuenta de que la voz venía de las sombras que había frente a él, donde estaba la bestia herida. Venía de la bestia.

—Mi amigo te ha hecho una pregunta —le dijo la voz en el oído—. Contéstale.

Boone, desorientado por el ataque, fijó su mirada de nuevo en lo que ocupaba las sombras y se encontró sin dar crédito a sus ojos. La cabeza de su interlocutor no era *sólida,* parecía casi como si estuviera inhalando sus profusos rasgos, cuya sustancia se oscurecía y Huía a través de sus cuencas, sus agujeros de la nariz y su boca de vuelta a sí mismo.

Toda idea sobre el peligro que corría desapareció. Le invadió el júbilo. *Narcisse no había mentido.* Allí estaba la verdad transformadora.

—He venido a estar entre vosotros —dijo, contestando a la pregunta milagrosa—. He venido porque aquí es donde pertenezco.

Una pregunta surgió de la suave risa que *se* oía tras él.

—¿Qué aspecto tiene, Peloquin?

Librodot

La cosa había sorbido su cabeza de animal. Tras ella, tenía rasgos humanos, colocados sobre un cuerpo más parecido al de los reptiles que al de un mamífero. El miembro que arrastraba tras de sí era la cola, una cola herida que se movía como la de una lagartija. Esto también era provisional, pues el estremecimiento de un nuevo cambio le recorría su acentuada columna.

—Parece un Natural —replicó Peloquin—. Aunque eso no quiere decir mucho.

¿Por qué no miraba por sí mismo a su atacante? se preguntó Boone.

Miró a la mano que había en su vientre. Tenía seis dedos y no terminaban en uñas sino en garras que ahora se enterraban en sus carnes.

—No me matéis —dijo—. He tenido que recorrer mucho camino para llegar hasta aquí.

—¿Has oído eso, Jackie? —dijo Peloquin saltando sobre el suelo con sus cuatro piernas para situarse de pie frente a Boone. Sus ojos, ahora al mismo nivel que los de Boone, eran azul brillante. Su aliento era tan caliente como la ráfaga exhalada por un horno abierto.

—¿Qué tipo de bestia eres tú, entonces? —quiso saber. La transformación no había terminado, ni mucho menos. El hombre que había tras el monstruo era muy normal. Cuarentón, delgado y de piel pálida.

—Deberíamos llevarle abajo —dijo Jackie—. Lylesburg querrá verlo.

—Probablemente —dijo Peloquin—. Pero creo que perderá e! tiempo. Es un Natural, Jackie. Lo huelo.

—He derramado sangre... —murmuró Boone—. He matado a once personas.

Los ojos azules le escudriñaron. Había sorna en ellos.

—No lo creo —dijo Peloquin.

—No somos nosotros quienes tienen que decidirlo —interrumpió Jackie—. Tú no puedes juzgarle.

—Tengo ojos en la cara, ¿no? —dijo Peloquin—. Conozco a un hombre limpio en cuanto lo veo —señaló a Boone con el dedo—. Tú no eres un Engendro de la Noche —dijo—. Tú eres comida. Esto es lo que eres. Comida para las bestias.

Mientras hablaba, la sorna desapareció de su expresión y fue remplazada por el *hambre.*

—No podemos hacer eso —protestó la otra criatura.

—¿Quién se va a enterar? —dijo Peloquin—. ¿Quién lo sabrá *nunca?*

—Eso es infringir la ley.

Peloquin parecía indiferente a esa cuestión. Enseñó los dientes, mientras un humo oscuro rezumaba de las aberturas y se elevaba hacia su rostro. Boone sabía lo que vendría después. El hombre estaba exhalando lo que momentos antes había inhalado: su yo de lagarto. Las proporciones de su cabeza ya empezaban a alterarse sutilmente, como si su cráneo se estuviera desmantelando y reorganizando tras el caparazón de su carne.

—¡No podéis matarme! —exclamó—. Soy uno de vosotros.

¿Hubo una negativa detrás del humo que había frente a él? Si era así se había perdido a medio camino. No habría más discusión. Las bestias iban a intentar devorarle...

Sintió un agudo dolor en el vientre y miró hacia abajo para ver cómo las garras de aquella mano le desgarraban la carne. La presión de la nuca se suavizó y la criatura que había tras él dijo:

—*Vamos.*

No necesitaba que le convencieran. Antes de que Peloquin completase su reconstrucción, Boone escapó del abrazo de Jackie y echó a correr. Su sentido de la orientación se había enajenado con la desesperación del momento, una desesperación alimentada por el rugido de furia de la bestia hambrienta, y el ruido —casi instantáneo, o así le pareció— de su persecución.

La necrópolis era un laberinto. Corrió a ciegas, girando a derecha e izquierda cuando veía una salida, pero no necesitaba mirar por encima del hombro para saber que su devorador estaba cerca. Oía su acusación en su mente mientras corría:

No eres un Engendro de la Noche. Eres comida. Comida para las bestias.

Librodot

Las palabras le procuraban una agonía más profunda que el dolor de sus piernas o sus pulmones. Incluso allí, entre los monstruos de Midian, sentía que él no *pertenecía.* Y si no era de allí, ¿de dónde entonces? Corría, como la presa corre siempre cuando tiene al hambriento en los talones, pero era una carrera que no podía ganar.

Se detuvo. Se volvió.

Peloquin estaba a cinco o seis metros de él, todavía con su cuerpo humano, desnudo y vulnerable, pero con la cabeza enteramente animal, las fauces abiertas y llenas de dientes afilados como espinas. Él también dejó de correr, quizás esperando que Boone sacara un arma. Cuando vio que no pasaba nada, alzó los brazos hacia su víctima. Tras él, Jackie apareció tambaleante y Boone pudo ver por primera vez al hombre. ¿O eran varios hombres? Había dos rostros en su abultada cabeza y los rasgos de ambas estaban totalmente distorsionados; ojos desorbitados que parecían mirar a cualquier sitio menos hacia delante, bocas aplastadas en una sola hendidura, narices partidas y sin huesos. Era el rostro de un feto sacado de un espectáculo de horror.

Jackie intentó su última súplica, pero los brazos extendidos de Peloquin se estaban transformando en garras hasta los codos y su delgadez daba paso a una fuerza formidable.

Antes de que se fijaran sus músculos, fue hasta Boone, saltando para tirar a su víctima al suelo. Boone cayó antes que él. Era demasiado tarde para lamentar su pasividad. Sintió los garfios desgarrándole la chaqueta para desnudar la tierna carne de su pecho. Peloquin levantó la cabeza y esbozó una *mueca,* una expresión para la que su boca no estaba hecha, luego le mordió Los dientes no eran muy largos, pero eran muchos Hacían menos daño de lo que Boone se había imaginado hasta que Peloquin se echó hacia atrás, llevándose una bocanada de músculos, junto con la piel y los pezones

El dolor sacó a Boone de su resignación. Empezó a agitarse bajo el peso de Peloquin. Pero la bestia escupió el mordisco de sus fauces y volvió a por más, exhalando el olor de la sangre en el rostro de su presa. Había un motivo para la exhalación; en su siguiente aliento aspiraría el corazón v los pulmones de Boone. Él gritó pidiendo socorro y lo consiguió. Antes de que llegase la inspiración fatal. Jackie agarró a Peloquin y lo arrancó de su presa. Boone sintió aliviarse el peso de la criatura y a través de la nebulosa de su agonía, vio al campeón luchando con Peloquin, con sus viles miembros entrelazados. No esperó para vitorear al vencedor. Oprimiendo la palma de la mano contra su pecho herido, se levantó.

No había salvación para él. Seguramente, Peloquin no era el único habitante del lugar al que le gustaba la carne humana.

Sentía que otros le acechaban mientras se tambaleaba por la necrópolis, esperando a que vacilase y cayese para poder cogerle impunemente.

Su sistema, traumatizado como estaba, aún no le falló. Había un vigor en sus músculos que no había sentido desde que no se había inflingido daño a sí mismo, una idea que ahora le repugnó como nunca. Incluso su herida, palpitándole bajo la mano, estaba llena de *vida* y lo celebraba. El dolor se había desvanecido y no había dado paso al agarrotamiento sino a una sensibilidad que era casi erótica, que tentaba a Boone a arrancarse el corazón del pecho. Sumido en aquellos absurdos, dejó que el instinto guiara sus pies y así llegó a la doble puerta. El picaporte pudo con sus sangrientas manos, así que trepó, escalando las puertas con una facilidad que le hizo reír. Estaba fuera, hacia Midian, y no corría por temor a la persecución sino por el placer de sentir sus miembros en movimiento y sus sentidos a toda velocidad.

Librodot

VI. PIES DE BARRO

La ciudad estaba vacía, como él se había imaginado. Aunque las casas parecían en buen estado a un kilómetro y medio de distancia, un examen de cerca le mostró que estaban mucho peor, que habían estado desocupadas a través del sempiterno ciclo de las estaciones. Aunque aún le invadía la sensación de bienestar, temió que la pérdida de sangre le trastornara a medida que pasaba el tiempo. Necesitaba algo con qué vendar su herida, aunque fuese de un modo rudimentario. Buscando un trozo de cortina o una pieza de lencería abandonada, abrió la puerta de una de las casas y se sumió en la oscuridad del interior.

No se dio cuenta hasta que no estuvo dentro de cuan extrañamente se habían enrarecido sus sentidos. Sus ojos vieron rápidamente la habitación, descubriendo los lastimosos restos dejados por los ocupantes de otro tiempo, todo polvoriento por lo que los años de campos secos, sin cultivo, habían traído por las ventanas rotas y las puertas mal cerradas. Había ropa, un trozo de sábana húmeda y sucia que hizo jirones tirando con los dientes y la mano derecha mientras con la izquierda se sujetaba la herida.

Estaba en ello cuando oyó el crujido de los listones de madera del porche. Dejó la tela colgando entre sus dientes. La puerta se abrió. En el umbral apareció la silueta de un hombre cuyo nombre conocía Boone, pero su rostro era todo oscuridad. Olió la colonia de Decker, oyó el latido del corazón de Decker, notó el sudor de Decker en el aire que había entre ellos.

—Ah —dijo el doctor—. Estás aquí.

Había fuerzas reunidas en la calle, bajo la luz de las estrellas.

Con los oídos aguzados de un modo sobrenatural, Boone oyó el sonido de susurros nerviosos, del viento pasando a través de revueltos intestinos, y de las ramas preparadas para derribar al lunático si intentaba esquivarles.

—¿Cómo me has encontrado? —le dijo.

—Narcisse, ¿no se llamaba así? —dijo Decker—. Tu amigo del hospital.

—¿Está muerto?

—Me temo que sí. Murió luchando

Decker dio un paso hacia el interior de la casa.

—Estás herido —le dijo—. ¿Qué te has hecho?

Algo persuadió a Boone de responder. ¿Acaso el misterio de Midian era demasiado extraño como para ser creído? ¿O tal vez su naturaleza no era asunto de Decker? No, la segunda razón no era El compromiso de Decker para comprender lo monstruoso no podía ponerse en duda. ¿Quién mejor que él compartiría su revelación? Pero todavía dudaba.

—Dime —dijo Decker otra vez—. ¿Cómo te has hecho esa herida?

—Más tarde —dijo Boone.

—No habrá más tarde. Supongo que ya lo sabes.

—Sobreviviré —dijo Boone—. Esto no es tan malo como parece. Al menos, no me encuentro tan mal.

—No me refiero a la herida. Me refiero a la Policía. Te están esperando.

—Ya lo sé.

—Y no vas a salir pacíficamente, ¿verdad?

Boone ya no estaba seguro. La voz de Decker le hacía pensar que estaba a salvo y casi lo creía posible otra vez, si el doctor quería intentarlo.

Pero Decker no pronunció ninguna palabra sobre estar a salvo. Sólo habló de muerte.

—Eres un asesino múltiple, Boone. Desesperado. Peligroso.

Librodot

Ha sido muy difícil persuadirles de que me dejaran acercarme a ti.

—Me alegro de que fuese así.

—Yo también me alegro —repuso Decker—. Quería tener la oportunidad de decirte adiós.

—¿Por qué tiene que ser así?

—Tú sabes por qué.

Boone no lo sabía, realmente no lo sabía. Lo que sabía con más certeza era que Peloquin había dicho la verdad.

Tú no eres un Engendro de la Noche, había dicho.

No lo era, era inocente.

—No he matado a nadie —murmuró

—Lo sé —replicó Decker.

—Por eso no podía recordar ninguna de las habitaciones. Nunca estuve *allí.*

—Pero ahora las recuerdas —dijo Decker.

—Sólo porque... —Boone se detuvo y miró al hombre del traje color carbón—. Porque tú me lo mostraste.

—*Enseñaste* —corrigió Decker

Boone siguió mirando, esperando una explicación que no fuese la que tenía en la cabeza. No podía ser Decker. Decker era la Razón. Decker era la Calma.

—Esta noche han muerto dos niños en Westlock —dijo el doctor—. Te culpan a ti.

—Nunca he estado en Westlock —protestó Boone.

—Pero yo sí —replicó Decker—. Me he asegurado de que los hombres que hay aquí fuera vieran las fotos. Los asesinos de niños son lo peor. Sería mejor morirte que entregarte a ellos.

—¿Tú? —dijo Boone—. ¿Tú lo hiciste?

—Sí.

—¿Todos?

—Y más.

—¿Por qué?

Decker lo meditó un momento.

—Porque me gusta —dijo rotundamente.

Seguía pareciendo tan sano, con su traje tan bien cortado... Incluso su rostro, que ahora Boone podía ver claramente, no revelaba ningún indicio del lunatismo que había detrás ¿Quién hubiera adivinado viendo a aquel hombre ensangrentado y a aquel hombre impecable, cuál era el lunático y cuál le ayudaba? Pero las apariencias engañan. Sólo el monstruo, el hijo de Midian, alteraba realmente su carne para exhibir su verdadero yo. El resto permanecía oculto tras su calma y tramaba la muerte de unos niños.

Decker sacó una pistola del interior de su chaqueta.

—Me han armado —dijo—. Para el caso de que tú pierdas el control.

Su mano temblaba, pero a aquella distancia difícilmente podía errar. En unos instantes, todo habría terminado. La bala volaría y él moriría, dejando tantos misterios sin resolver. La herida, Midian, Decker. Tantos interrogantes que nunca tendrían respuesta para él.

Aquél era el único momento que quedaba. Arrojando hacia Decker la tela que aún sostenía, se colocó tras él. Decker disparó y el disparo llenó las habitaciones con su sonido y su luz. Cuando la tela cayó al suelo, Boone estaba ya en la puerta. Cuando estaba a un metro y medio de ella, se vio otro fogonazo. Y un instante después, el sonido. Y con el sonido, una explosión a espaldas de Boone le arrojó hacia delante, a través de la puerta y hacia el porche.

El grito de Decker fue tras él.

—*¡Está armado!*

Boone oyó cómo las sombras se preparaban para derribarle. Levantó los brazos en señal de rendirse y abrió la boca para reclamar su inocencia.

Los hombres que se apiñaban tras sus coches sólo vieron sus manos ensangrentadas; culpable. Dispararon.

Boone oyó las balas acercándosele —dos de la izquierda, tres de la derecha y una de

enfrente, dirigidas a su corazón. Tuvo tiempo de asombrarse de lo lentas y musicales que eran. Se mantuvo de pie durante unos segundos, luego alguien volvió a disparar y dedos nerviosos liberaron una segunda ráfaga. Dos de aquellos disparos erraron, el resto dio en el blanco: abdomen, rodilla, dos en el pecho, uno en la sien. Esta vez cayó.

Cuando chocó contra el suelo sintió la herida que Peloquin le había abierto convulsionarse como un segundo corazón, y su presencia le reconfortó curiosamente en aquellos momentos en que se consumía

En algún lugar cercano oyó la voz *de* Decker y sus pasos aproximándose mientras salía de la sala para examinar el cuerpo.

—Se ha muerto el bastardo —dijo alguien.

—Está muerto —dijo Decker,

—No, no lo estoy —pensó Boone.

Luego no volvió a pensar.



Librodot

Segunda parte

LA MUERTE ES UNA RAMERA

Lo prodigioso también nace, tiene su estación y muere...
CARMEL SANOS, *Orthodoxies*

Librodot



Librodot

VII. CAMINOS DIFÍCILES

1

Saber que Boone la había dejado fue bastante duro, pero lo que pasó después fue mucho peor. Primero fue la llamada telefónica. Había visto a Philip Decker una sola vez y no reconoció su voz hasta que él no se identificó.

—Me temo que tengo malas noticias.

—Ha encontrado a Boone.

—Sí.

—¿Está herido?

Hubo una pausa. Antes de que se rompiera el silencio, ella supo lo que vendría después.

—Me temo que está muerto, Lori.

Ahí estaban las noticias que medio había imaginado. Porque había sido demasiado feliz y no podía durar. Boone había cambiado su vida totalmente. Su muerte haría otro tanto.

Le agradeció al doctor su amabilidad por habérselo dicho él en vez de dejar que lo hiciese la Policía. Luego colgó y esperó hasta poder asumirlo.

Algunos compañeros suyos decían que un hombre como Boone nunca la hubiera cortejado si hubiese estado en sus cabales, no queriendo decir que su enfermedad le hubiera hecho escoger ciegamente, sino que una cara así, que inspiraba tales elogios en la gente sensible al encanto de una cara, se habría acompañado de una belleza similar si su mente no hubiera estado desequilibrada. Estas observaciones le hacían mucho daño porque en el fondo de su corazón ella las consideraba ciertas. Boone no poseía gran cosa, pero su rostro era su mayor gloria y provocaba tal devoción en las miradas que llegaba a inquietarle *y* a hacerle desconfiar. No le gustaba nada que le mirasen. Más de una vez, Lori había temido que se hiciese daño con la esperanza de destruir lo que tanto llamaba la atención, un impulso reiterado de total desinterés por su apariencia. Ella sabía que Boone se había pasado días sin ducharse, semanas sin afeitarse, casi medio año sin cortarse el pelo. Pero eso apenas le servía para disuadir a sus devotas. Le acechaban precisamente porque *él* a su vez se sentía acechado; era tan simple como eso.

Ella no perdió tiempo intentando persuadir a sus amigos del hecho. En vez de eso, hablaba lo menos posible de él, especialmente cuando la conversación giraba hacia el tema del sexo. Sólo había dormido tres veces con Boone y cada vez había sido un desastre Sabía lo que los cotillees podían hacer con este dato. Pero su ternura y su deseo hacia ella sugerían que sus proposiciones eran algo más que la voluntad de cumplir. Simplemente, no podía realizarlas, lo que le producía rabia, y le hacía caer en tales depresiones que ella tenía que retroceder, enfriando sus encuentros para no llevarlos a nuevos fracasos.

Pero soñaba con él a menudo, con escenas inequívocamente sexuales. Ahí no había simbolismo. Sólo Boone y ella en habitaciones desnudas, follando A veces había gente llamando a la puerta para entrar a ver, pero nunca llegaban a entrar. Él le pertenecía completamente, con toda su belleza y toda su desdicha.

Pero sólo en sueños. Ahora más que nunca, sólo en sueños.

Su historia juntos se había terminado. No habría más días oscuros, en que su conversación era un círculo de derrota, no habría momentos de repentina luz porque ella había acertado con

alguna frase que le hacía recobrar la esperanza. Ella no se había preparado para un final tan brusco, para algo como aquello. Como Boone desenmascarado como asesino v muerto a tiros en una ciudad cuyo nombre nunca había oído. Era un final equivocado.

Pero por malo que fuese, lo peor era la continuación.

Después de la llamada de teléfono vino la inevitable cruz del interrogatorio de la Policía: ¿Había sospechado ella de sus actividades criminales? ¿Había sido violento en sus relaciones con ella? Ella les dijo docenas de veces que sólo la había tocado para amarla, y sólo convenciéndole. Ellos creían encontrar una confirmación tácita en su relato de sus vanas tentativas, intercambiando miradas significativas mientras ella hacía un ruborizante relato de su forma de hacer el amor. Cuando acabaron con sus preguntas le preguntaron si quería identificar el cuerpo. Ella aceptó la responsabilidad. Aunque le habían advertido que no sería agradable, quería despedirse.

Fue entonces cuando las cosas, que ya se habían vuelto extrañas, se volvieron aún más extrañas.

El cuerpo de Boone había desaparecido.

Al principio, nadie le dijo por qué se había aplazado el proceso de identificación, la esquivaban con excusas que no sonaban creíbles. Pero al fin no tuvieron más remedio que decirle la verdad. El cuerpo, que había dejado en el depósito de la Policía la noche anterior, se había esfumado. Nadie sabía cómo lo habían robado —el depósito estaba cerrado y no había señales de que hubiesen forzado la puerta— ni del porqué Se había iniciado la investigación, pero a juzgar por la expresión molesta de los que le dieron la noticia, no tenían mucha esperanza de encontrar a los ladrones del cadáver. La encuesta sobre Aaron Boone tendría que llevarse a cabo sin el cadáver.

Librodot

2

La atormentaba pensar que él nunca pudiera descansar en paz. La idea de su cuerpo utilizado para algún juego perverso o algo peor, como terrible icono, la acosaba día y noche. Le sorprendió su capacidad para imaginar los usos que podían dar a la pobre carne de Boone. Su mente había entrado en una espiral morbosa que la hacía temer, por primera vez en su vida, por su propia salud mental.

Boone había sido un misterio en su vida y su afecto, un milagro que le daba una sensación de sí misma hasta entonces desconocida. Ahora, con la muerte, el misterio se había hecho más profundo. Parecía como si ella nunca le hubiese conocido, ni incluso en aquellos momentos de traumática lucidez juntos, cuando él estaba dispuesto a romperse el cráneo hasta que ella lograba mitigar su desazón, incluso entonces, él había estado ocultándole una vida secreta de asesinatos.

Parecía casi imposible. Ahora, cuando ella se lo imaginaba haciéndole muecas o sollozando en su regazo, la idea de que nunca le había conocido de verdad le dolía como una herida física. Tenía que curar aquella herida de alguna forma, o bien prepararse para sufrir la herida de la traición definitiva de Boone. Tenía que averiguar *por qué* su otra vida le había llevado lejos de todo. Quizá la mejor solución fuese ir a investigar donde le habían encontrado: ir a Midian. Tal vez allí encontraría la respuesta al misterio.

La Policía le había advertido que no abandonase Calgary hasta que acabase la investigación, pero ella era, como su madre, una criatura impulsiva. Se despertó a las tres de la madrugada con la idea de ir a Midian. A las cinco estaba haciendo el equipaje y una hora después del alba se dirigía al norte por la autopista número 2.

Librodot

3

Al principio todo iba bien. Era agradable estar lejos de su oficina —la echarían de menos, ¿pero qué demonios?— y de su apartamento, lleno de recuerdos de su época con Boone. No conducía a ciegas, pero casi; en ninguno de los mapas que había conseguido aparecía ninguna ciudad llamada Midian. Sin embargo, había oído mencionar otros lugares en sus conversaciones con la Policía. Uno era Shere Neck, lo recordaba, y aquél *sí* que aparecía en los mapas. Así que lo convirtió en su meta.

Conocía poco o nada del territorio que ahora atravesaba. Su familia era oriunda de Toronto, el civilizado Este, como solía llamarlo su madre hasta el día en que murió, reprochándole a su marido el haberles llevado al interior. Aquel prejuicio se había desvanecido. La visión de los campos de trigo extendiéndose hasta perderse de vista nunca le había sugerido nada a la imaginación de Lori y nada de lo que vio mientras conducía la hizo cambiar de opinión. El grano había crecido libremente; al parecer, quienes lo plantaban y segaban se habían dedicado a otra cosa. La clara monotonía de todo aquello la fatigó más de lo que había previsto. Interrumpió su viaje en McLennan, a una hora de automóvil de río Peace, y durmió toda la noche de un tirón en la cama de un motel, para levantarse temprano y fresca a la mañana siguiente y proseguir. Calculaba que llegaría a Shere Neck a mediodía.

Pero las cosas no salieron como esperaba. En algún lugar al este de río Peace, perdió el rumbo y tuvo que conducir durante sesenta y pico de kilómetros en una dirección equivocada hasta que encontró una gasolinera y alguien que podía orientarla.

Había dos niños gemelos jugando con soldaditos de plástico en medio de la suciedad de los escalones de la oficina. Su padre, cuyo pelo rubio era igual que el de los niños, alejó con el pie una colilla de entre los batallones de soldados y se dirigió hacia el coche.

—¿Qué desea?

—Gasolina, por favor. Y que me informe.

—Eso vale dinero —dijo sin sonreír.

—Estoy buscando una población llamada Shere Neck. ¿La conoce?

Los juegos de guerra se habían intensificado detrás suyo. Él se volvió hacia los niños.

—¿Queréis cerrar la boca de una vez? —les dijo.

Los chicos intercambiaron miradas de soslayo y se quedaron silenciosos hasta que él se volvió hacia Lori. Muchos años trabajando a la intemperie bajo el sol del verano le habían envejecido prematuramente.

—¿Qué quiere de Shere Neck? —le dijo.

—Estoy intentando... seguir la pista de alguien.

—¿Sí? —repuso, claramente intrigado. Le dedicó una son risa diseñada para mejores dientes—. ¿Alguien que yo conozco quizá? —dijo—. No tenemos muchos forasteros aquí.

Ella pensó que no pasaba nada por preguntar. Se volvió al asiento posterior y cogió una fotografía de su bolso.

—¿Ha visto alguna vez a este hombre?

Armageddon estaba mirando a las escaleras. Antes de fijarse en la fotografía se dirigió a los niños:

—¡Os he dicho que *cerrarais el pico!* —dijo y luego se volvió a examinar la foto. Su respuesta fue inmediata—. ¿Usted sabe quién es este tipo?

Lori dudó. La ruda cara que tenía enfrente estaba ceñuda. Pero era demasiado tarde para aparentar ignorancia.

Librodot

—Sí —dijo, intentando no parecer ofensiva—. Sé quién es.

—¿Y sabe lo que ha hecho? —los labios del hombre se curvaron mientras hablaba—. Había fotografías. Yo las vi —y otra vez se volvió a los niños—: ¿Queréis cerrar el pico?

—Yo no he sido —protestó uno de los dos.

—¡Me importa un huevo quién ha sido! —fue la respuesta.

Se movió hacia ellos con el brazo alzado. Ellos se alejaron en unos segundos, poniendo sus soldados a salvo de él Su rabia hacia los niños y su disgusto por la fotografía se convirtieron en una súbita aversión.

—¡Un jodido animal! —exclamó, volviéndose hacia Lori— . Eso es lo que era Un jodido animal

Le devolvió la fotografía manchada.

—Estuvo condenadamente bien lo que hicieron con él. ¿Qué quiere? ¿Ir a bendecir el sitio?

Ella recuperó la fotografía de sus grasientos dedos sin replicar, pero él vio perfectamente la expresión de su rostro. Sin amilanarse, continuó su andanada.

—A los hombres como ésos habría que matarles como a perros. Como jodidos perros.

Ella se retiró ante tanta vehemencia, las manos le temblaban de tal modo que casi no podía abrir la puerta del coche.

—¿No quiere gasolina? —preguntó él de pronto

—Váyase al infierno —contestó ella.

Él pareció perplejo

—¿Cuál es su problema? —espetó.

Ella puso el contacto, rezando entre dientes para que el coche se pusiera en marcha. Estaba de suerte. Alejándose a toda velocidad echó un vistazo al retrovisor para ver al hombre gritando tras ella a través de la polvareda que había levantado el coche.

Ella no sabía por qué estaba tan furioso pero se lo podía imaginar: por los niños. Era absurdo preocuparse por eso. El mundo estaba lleno de padres brutales y madres tiránicas y esto daba lugar a niños crueles y desamparados. Así era la vida. Ella no podía mejorar la especie humana.

Aliviada por no haber tenido que seguir contestando allí, donde se había sentido acorralada durante diez minutos, se alejó de prisa, pero le invadió un temblor tan violento que tuvo que detenerse al ver el primer signo de civilización y encontrar un lugar donde recobrar la calma. Había un pequeño comedor entre una docena de tiendas, y ella pidió café y un trozo de pastel y entró en los lavabos para echarse un poco de agua fresca en las ardientes mejillas. Soledad, aunque fuese un momento, era todo lo que necesitaba para poder llorar. Contemplando sus facciones agitadas y llenas de ronchas en el espejo roto empezó a sollozar con tal insistencia que nada —ni incluso la entrada de otra persona— pudo detenerla.

La recién llegada no hizo lo que hubiese hecho Lori en circunstancias similares: retirarse. En vez de eso, mirando a Lori, a los ojos en el espejo le preguntó:

—¿Qué le pasa? ¿Hombres o dinero?

Lori se secó las lágrimas con los dedos.

—Lo siento —dijo.

—Yo, si lloro —dijo la chica, pasándose un peine por su pelo teñido de *henna*—, es sólo por hombres o por dinero.

—Oh —la curiosidad impertérrita de la chica hizo cesar las lágrimas de Lori—. Un hombre —dijo.

—¿Te ha dejado, ha muerto?

—No exactamente.

—¡Jesús! —dijo la chica—. ¿Volvió? Eso es casi peor.

La observación arrancó una leve sonrisa al rostro de Lori.

—Siempre pasa lo mismo con los que no quieres, ¿verdad? —continuó la chica—. Mándales a hacer púnelas, siempre vuelven como perros.

La mención a los perros le recordó a Lori la escena del garaje y sintió que otra vez le

afluían las lágrimas.

—Cierra la boca, Sheryl —se dijo a sí misma la recién llegada—. Aún lo estás poniendo peor.

—No —dijo Lori—. De verdad que no. Necesito hablar.

Sheryl sonrió.

—¿Tanto como yo el café?

Sheryl Margaret Clark era su nombre y hubiera logrado hacer chismorrear hasta a los ángeles. Al cabo de dos horas de conversación y con el quinto café, Lori le había contado su triste historia, desde el primer encuentro con Boone hasta el momento en que ella y Sheryl habían intercambiado sus miradas en el espejo. Sheryl también tenía una historia que contar, más cómica que trágica, sobre la pasión de su amante por las noches y la suya por el hermano de él, que había terminado con palabras duras y ruptura. Ahora estaba en la carretera para aclarar la mente.

—No lo había hecho desde que era una cría —dijo—. Ir donde se me antoje. Había olvidado lo bien que sienta. Quizá podríamos ir juntas. A Shere Neck. Siempre he querido ver ese lugar.

—¿De verdad?

Sheryl se rió.

—No. Pero es un destino tan bueno como otro cualquiera. Cualquier dirección es igual para el despreocupado.

Librodot

VIII. DONDE ÉL CAYO

Así que continuaron el viaje juntas, tras ser orientadas por el propietario del restaurante que, según dijo, tenía una idea bastante aproximada de las cercanías de Midian. Las instrucciones resultaron ser correctas. Su ruta las llevó a través de Shere Neck, que era más grande de lo que Lori esperaba, y luego a una carretera sin señalizar que teóricamente conducía a Midian.

—¿Por qué quieren ir allí? —había querido saber el propietario del restaurante—. Ya no va nadie. Está vacío.

—Estoy escribiendo un artículo sobre la fiebre del oro —respondió Sheryl, una mentirosa entusiasta—. Ella es turista.

—Ha venido a admirar las vistas —fue la respuesta del hombre.

La observación era irónica, pero era más verdad de lo que suponía quien la había pronunciado. Era última hora de la tarde, con la luz dorada iluminando el camino de grava. Cuando la ciudad apareció a la vista y hasta que no llegaron a las propias calles, estaban seguras de haberse confundido de sitio porque no había ninguna ciudad fantasma tan acogedora como aquélla. Pero al ponerse el sol, aquella impresión cambió. Había algo desesperadamente romántico en las casas desiertas, pero la vista era desalentadora y bastante pavorosa. Al ver el lugar, el primer pensamiento de Lori fue:

—¿Por qué vendría aquí Boone?

Y el segundo:

—No vino por propia voluntad. Le perseguían. Fue un accidente que viniese a parar aquí.

Aparcaron en medio de la calle Mayor que, aparte de algún que otro callejón, era la única.

—No hace falta cerrar el coche —dijo Sheryl—. Nadie va a venir a robarlo.

Ahora que estaban allí, Lori estaba más contenta que nunca de la compañía de Sheryl. Su verborrea y su buen humor eran un desafío a aquel lúgubre sitio y mantenían a raya a todo lo que allí acechaba.

Los espectros podían vencerse con la risa, la desgracia estaba hecha de un tejido más inflexible. Por primera vez desde la llamada telefónica de Boone, sintió algo parecido al dolor del duelo. Era fácil imaginarse a Boone allí, solo y confuso, sabiendo que sus perseguidores se estaban acercando a él. Y todavía era más fácil encontrar el lugar donde le habían derribado a tiros. Los agujeros que habían hecho las balas perdidas estaban rodeados de marcas de tiza; las manchas y salpicaduras de sangre habían empapado los listones *de* madera del porche. Ella se quedó allí, fuera del lugar durante varios mi ñutos, incapaz de acercarse pero igualmente incapaz de alejarse. Sheryl se la llevó con mucho tacto a explorar: no había nadie que rompiera la hipnótica huella que la visión del lecho de muerte de Boone había dejado en ella

Le había perdido para siempre. Y sin embargo no había lágrimas. Quizá las había expulsado ya en el lavabo del restan rante. Lo que ahora sentía alimentando su sentimiento de pérfida era el misterio de que un hombre al que había conocido y amado —o amado y creído conocer— hubiera muerto allí por crímenes que ella nunca hubiese sospechado de él. Quizás era la rabia que sentía hacia él lo que le impedía llorar, sabiendo que pese a sus promesas de amor, él se había ocultado tanto de ella, y ahora estaba fuera del alcance de su demanda de explicación. ¿No podía haber dejado al menos una señal? Se encontró mirando las manchas de sangre y preguntándose si unos ojos más penetrantes que los suyos podrían encontrar les algún significado. Si se podían leer profecías en los posos del café, seguramente, la última marca que Boone había dejado en el mundo tendría algún significado. Pero ella no era

intérprete. Los signos eran sólo uno de los misterios sin resolver, y el principal de éstos era el sentimiento que ella expresó en voz alta mientras miraba las escaleras:

—Todavía te quiero, Boone.

Se sentía confusa pues, a pesar de su rabia y su enfado, hubiera dado la vida que le quedaba para que él cruzara aquella puerta y la abrazase.

Pero no hubo réplica a su declaración, ni siquiera indirectamente. Ningún aliento espectral contra su mejilla, ningún suspiro en su oído. Si Boone estaba aún allí en cualquier forma fantasmal, estaba mudo y sin aliento, no liberado por la muerte, sino prisionero de ella.

Alguien pronunció su nombre. Levantó la vista.

—¿...no crees? —estaba diciendo Sheryl.

—Perdona, ¿cómo decías?

—Es hora de irse —repitió Sheryl—. ¿No crees?

—Oh.

—No me hagas caso, ven.

—Gracias.

Lori tendió la mano, necesitaba apoyo. Sheryl la cogió.

—Has visto todo lo que tenías que ver, cariño —le dijo.

—Sí.

—Vámonos.

—¿Sabes? Aún no me parece *real* —dijo Lori—. Ni siquiera estando aquí de pie, ni viendo el sitio. No puedo creerlo. ¿Cómo puede ser tan... *irrecuperable?* Debe de haber alguna forma de que podamos alcanzarlo, ¿no crees?, alcanzarlo y tocarlo.

—¿A quién?

—Me refiero a la muerte. Si no, todo es tan absurdo, ¿no? Todo es de un sadismo absurdo —se deshizo del brazo de Sheryl, se puso la mano en la ceja y se la frotó con las puntas de los dedos—. Lo siento —dijo—. Estoy desvariando, ¿verdad?

—¿Sinceramente? No.

Lori le dedicó una mirada de disculpa.

—Oye —dijo Sheryl—, la vieja ciudad ya no es lo que era. Creo .que deberíamos irnos y dejar todo esto. ¿Qué dices?

—De acuerdo

—Sigo pensando... —Sheryl se detuvo—. No me gusta mucho esta compañía —dijo—. No os necesito —añadió rápidamente.

—¿A quién?

—A toda esa gente muerta —dijo.

—Encima de la colina hay un maldito cementerio.

—¿De verdad?

—No es una visión idónea para tu estado de ánimo —dijo Sheryl rápidamente. Pero por la expresión de Lori se dio cuenta de que no tenía que haberle suministrado la información.

—No quieres verlo —le dijo—. De verdad, no quieres.

—Sólo un par de minutos —dijo Lori.

—Si nos quedamos más rato tendremos que conducir en la oscuridad.

—Nunca más volveré aquí.

—Seguro que vuelves. A admirar las vistas. Magníficas vistas de casas de muertos.

Lori esbozó una leve sonrisa.

—Acabaré en seguida —dijo ella, empezando a bajar la calle en dirección al cementerio. Sheryl dudó. Se había dejado el jersey en el coche y empezaba a refrescar. Pero durante todo el tiempo que llevaban allí, no había podido evitar la sensación de que estaban siendo vigiladas. Estaba a punto de oscurecer y no quería quedarse sola en la calle.

—Espérame —dijo y alcanzó a Lori, que ya estaba mirando el muro del cementerio.

—¿Por qué es tan grande? —preguntó Lori en voz alta.

—Dios sabrá. Quizá murieron todos a la vez.

—¿Tantos? Es un pueblo pequeño.

—Es verdad.

—Y mira el tamaño de las tumbas.

—¿Debería impresionarme?

—¿Has entrado?

—No. Y no me gustaría entrar.

—Sólo un poco.

—¿Dónde he oído eso antes?

No hubo respuesta de Lori. Ya estaba ante las puertas del cementerio, metiendo la mano a través de la reja de hierro para abrir el picaporte. Lo consiguió. Empujando una de las puertas justo lo suficiente para poder deslizarse, entró. Sheryl la siguió de mala gana.

—¿Por qué tantas? —volvió a decir Lori. No era sólo curiosidad lo que reflejaba su voz. Aquel extraño espectáculo la movía a preguntarse de nuevo si Boone había aterrizado allí simplemente de un modo accidental o si Midian había sido su *destino.* ¿Había alguien enterrado allí a quien esperaba encontrar vivo? ¿O alguien ante cuya tumba quería confesar sus crímenes? Aunque todo eran conjeturas, las avenidas de tumbas parecían ofrecer una débil esperanza de comprensión de que la sangre que él había derramado no se perdería si ella se quedaba a observar hasta que anocheciera.

—Es tarde —le recordó Sheryl.

—Sí.

—Y yo tengo frío.

—¿Sí?

—Me gustaría irme, Lori.

—Ah... Lo siento. Sí. Desde luego. Está oscureciendo demasiado como para ver nada.

—Veo que te has dado cuenta.

Empezaron a alejarse de la colina hacia la ciudad. Sheryl abría el paso.

La poca luz que quedaba se había extinguido cuando llegaron a las afueras de la ciudad. Dejando que Sheryl se dirigiera hacia el coche, Lori se detuvo para echar una última mirada al cementerio. Desde su elevada perspectiva parecía una fortaleza. Quizá los altos muros impedían la entrada a los animales, pero parecía una precaución innecesaria. Los muertos estaban seguros bajo sus lápidas. Era más probable que los muros fueran la forma en que los vivos impedían que los muertos ejercieran poder sobre ellos. Dentro de aquel recinto, el suelo era sagrado para los que se habían ido, vigilado por sus nombres. Fuera, el mundo pertenecía a los vivos, que no habían dejado ninguna pista sobre aquellos a quienes habían perdido.

Ella no era tan soberbia. Aquella noche tenía mucho que decirles a los muertos y mucho que escuchar. Era una lástima.

Se volvió hacia el coche extrañamente vivificada. Sólo cuando las puertas estuvieron cerradas y el coche se puso en marcha, Sheryl dijo:

—Había alguien vigilándonos.

—¿Estás segura?

—Te lo juro. Lo he visto cuando iba hacia el coche. —Se estaba frotando los pechos vigorosamente— ¡Jesús, cuando tengo frío se me entumecen los pezones!

—¿Cómo era? —dijo Lori.

Sheryl se encogió de hombros.

—Estaba muy oscuro —dijo—. Ahora ya da igual. Como has dicho tú, no vamos a volver aquí nunca.

Era verdad, pensó Lori. Se alejarían conduciendo por una recta carretera y nunca mirarían atrás. Quizá los difuntos ciudadanos de Midian las envidiasen, tras sus muros fortificados.

Librodot

IX. ALCANZADO

1

No fue difícil elegir el lugar donde hospedarse en Shere Neck, sólo había dos sitios disponibles y uno estaba ya de bote en bote con los compradores y vendedores de una feria de maquinaria agrícola que acababa de celebrarse. Algunos ocupaban ya habitaciones en el otro establecimiento: el «Sweetgrass Inn.». Si no hubiera sido por la forma de sonreír de Sheryl hubieran tenido que volver a marcharse, pero después de unas palabras, consiguieron una habitación doble que podían compartir. Era sencilla pero confortable.

—¿Sabes lo que solía decirme mi madre? —dijo Sheryl mientras colocaban en el cuarto de baño sus respectivos utensilios de toilette.

—¿Qué?

—Solía decir: ahí fuera hay un hombre para ti, Sheryl. Deambula por ahí con tu nombre escrito en él. Piensa que era una mujer que se pasó treinta años buscando a su hombre y nunca lo encontró. Pero siempre siguió creyendo en esa romántica idea. Ya sabes, el hombre de tus sueños está a la vuelta de la esquina. Y me lo pegó a mí, maldita sea.

—¿Todavía?

—Ay, sí. Todavía lo estoy buscando. Tendría que haber aprendido después de todo lo que me ha pasado. ¿Quieres ducharte tú primero?

—No. Pasa tú.

En la habitación contigua se había iniciado una fiesta y las paredes eran demasiado delgadas como para contener tanto ruido. Mientras Sheryl se duchaba, Lori se echó en la cama y repasó en su mente los acontecimientos del día. El ejercicio no duró mucho. Lo siguiente que supo fue que Sheryl la despertó de su sueño, una vez duchada y dispuesta para pasar una noche en la ciudad.

—¿Vienes? —le preguntó.

—Estoy demasiado cansada —dijo Lori—. Que pases un buen rato.

—Si es que hay buenos ratos que pasar —respondió Sheryl melancólicamente.

—Seguro que tú encontrarás la manera —le dijo Lori—. Así tendrás algo que contarme.

Sheryl prometió intentarlo y dejó a Lori para que descansara, pero de pronto ya no tenía sueño y sólo pudo dormitar un poco, interrumpida a intervalos por estallidos de ebrias risas estrepitosas de la habitación adyacente.

Se levantó a sacar de la nevera una soda con hielo y volvió a su desasosegado lecho con su acalórico tentempié nocturno. Tomaría un baño placentero, decidió, hasta que la bebida o el cansancio pacificasen a sus vecinos. Sumergida hasta el cuello en agua caliente sintió cómo se le distendían los músculos y cuando salió del agua, se sentía mucho mejor. El baño no tenía extractor y ambos espejos se habían empañado. Ella se sintió aliviada por la discreción. El catálogo de sus defectos era demasiado largo como para resistir otro autoescrutinio en aquel momento. Su cuello era demasiado grueso, su rostro demasiado delgado, sus ojos demasiado grandes, su nariz demasiado pequeña. El conjunto estaba lleno de excesos y cada intento suyo de mitigar los defectos simplemente los empeoraba. Su pelo, que se dejaba largo para disimular los pecados de su cuello, era tan oscuro y exuberante que al enmarcar su rostro le daba un aire enfermizo. Su boca, que era idéntica a la de su madre, era de un rojo natural, casi

Librodot

indecente, pero cuando intentaba mitigar el tono con un pintalabios más pálido, sus ojos aún parecían más grandes y vulnerables que nunca.

El conjunto de sus rasgos no dejaba de ser atractivo. Tenía más hombres a sus pies de los que hubiera querido. No, el problema era que su aspecto no se parecía a su forma de sentir. Tenía un rostro dulce y ella no era dulce, no quería ser dulce ni parecerlo. Tal vez las fuertes emociones que habían invadido en las últimas horas —al ver la sangre y las tumbas— dejarían su huella en ella con el tiempo. Así lo esperaba. El recuerdo de todo aquello se agitó en su interior y se sentía más rica aunque hubiera sido doloroso.

Aún desnuda, vagó por la habitación. Tal como esperaba, los de la otra habitación se habían calmado. La música ya no era rock and roll sino algo más suave. Se sentó al borde de la cama y empezó a acariciarse los pechos de arriba abajo, disfrutando de su suavidad. Su aliento seguía el pausado ritmo de la música que llegaba a través del tabique, música para bailar mejilla contra mejilla, con los labios unidos. Se tumbó en la cama y su mano derecha se deslizó por su cuerpo. Le llegaba el olor del humo de los cigarrillos fumados durante meses sobre aquella colcha donde yacía. Hacía que la habitación pareciera un lugar público, con sus idas y venidas nocturnas. La idea de su desnudez en una habitación así y el olor de su piel fragante en aquella cama rancia le resultó muy excitante.

Introdujo los dedos índice y medio en su vulva, levantando ligeramente las caderas para facilitar la exploración. Era un goce que raramente se ofrecía; su educación católica había interpuesto la culpa entre sus dedos y su instinto. Pero aquella noche ella era una mujer distinta. Encontró rápidamente la abertura, puso el pie al borde de la cama y separó las piernas para permitir que sus dos manos pudiesen actuar.

No era Boone quien apareció en las primeras oleadas de su placer carnal. Los muertos son malos amantes. Era mejor olvidarle. Su rostro había sido hermoso, pero ella nunca podría volver a besarlo. Su pene también era hermoso, pero ella no podría acariciarlo ni volver a tenerlo dentro de sí. Sólo se tenía a sí misma y al placer por el placer. Esto era lo que se imaginaba: el propio acto que estaba realizando. Un cuerpo desnudo en una habitación rancia. Una mujer en una habitación disfrutando de su propia y extraña intimidad.

El ritmo de la música ya no la movía. Ella tenía su propio ritmo, levantando y cayendo, levantando y cayendo, subiendo cada vez más. No había clímax. Sólo altura y más altura, hasta que sintió que la recorría el sudor y la engulló aquella sensación. Se quedó echada unos minutos más. Luego, dándose cuenta de que el sueño la invadiría en seguida y de que no podía dormir en aquella posición, quitó todos los cobertores y dejó una simple sábana, apoyó la cabeza en la almohada y cayó en el espacio que había entre sus ojos cerrados.

Librodot

2

El sudor enfriaba su cuerpo a través de la fina sábana. En su sueño, estaba en la necrópolis de Midian y el viento la azotaba por entre sus avenidas, desde todas las direcciones a la vez —norte, sur, este y oeste— helándola mientras fustigaba su pelo en torno a su cabeza y le recorría la blusa. El viento no era invisible. Tenía textura, como si arrastrase un peso *de* polvo y las motas fuesen directamente a sus ojos y a su nariz, abriéndose camino entre su ropa interior y su cuerpo por las mismas rutas.

Sólo cuando el viento la cegó completamente se dio cuenta de lo que era: los restos de los muertos, de los muertos antiguos, volando con vientos contrarios desde pirámides y mausoleos, desde criptas y dólmenes, osarios y hornos crematorios. Polvo de féretros y cenizas humanas, huesos desmigajados, todo volando hacia Midian y ocultando sus encrucijadas ante ella.

Sintió a los muertos en su interior. Detrás de sus párpados, en la garganta, arrastrándose hacia su útero. Y a pesar del frío y de la furia de la tormenta, no le daban miedo ni deseaba expulsarlos. Veía su calor y su feminidad y no los rechazaba.

—¿Dónde está Boone? —preguntó en sueños, convencida de que los muertos lo sabrían. Al fin y al cabo, él era uno de ellos.

Sabía que no estaba lejos de ella, pero el viento se hacía cada vez más fuerte y la azotaba desde todas direcciones, ululando alrededor de su cabeza.

—¿Boone? —volvió a decir—. Quiero a Boone. Dádmelo.

El viento la oyó. Su aullido se volvió más alto.

Pero alguien estaba cerca, impidiéndole oír la respuesta del viento.

—Está muerto, Lori —dijo la voz.

Intentó ignorar aquella estúpida voz y concentrarse en la interpretación del viento. Pero había perdido el hilo de la conversación y tuvo que volver a empezar.

—Es a Boone a quien quiero —dijo—. Tráemelo.

—¡No!

Otra vez la maldita voz.

Lo intentó por tercera vez, pero la violencia del viento se convirtió en otra violencia. La estaban sacudiendo.

—¡Lori, despierta!

Se aferró al sueño del viento. Tal vez todavía pudiera decirle lo que necesitaba saber, si podía resistir el asalto de la consciencia durante un momento más.

—¡Boone! —llamó otra vez, pero los vientos se alejaban de ella llevándose a los muertos consigo. Sintió su roce cuando salían de ella, de sus venas y sus sentidos. Fuera cual fuese su conocimiento, se lo estaban llevando consigo. Ella no podía retenerlos.

—¡Lori!

Se habían ido, todos se habían ido, arrastrados por la tormenta.

Sólo le quedaba abrir los ojos, sabiendo que encontraría a Sheryl ante ellos, hecha de carne y hueso, sentada al borde de la cama y sonriéndole.

—¿Una pesadilla? —le preguntó.

—No, no exactamente.

—Le estabas llamando.

—Ya lo sé.

—Tendrías que haber salido conmigo —dijo Sheryl—. Despojarte de su recuerdo.

Librodot

—Tal vez.

Sheryl estaba radiante. Estaba claro que tenía noticias que darle.

—¿Has encontrado a alguien? —inquirió Lori.

La sonrisa de Sheryl se convirtió en una mueca.

—¿Quién lo iba a pensar? —dijo—. Mamá, tenía razón después de todo.

—¿Era él?

—Era él.

—Cuéntame.

—No hay mucho que contar. He salido buscando un bar y allí he conocido a este chico fantástico. ¿Quién lo iba a pensar? —repitió—. ¡En medio de estas malditas praderas! El amor viene a mi encuentro.

Su excitación era una dicha que compartir. Apenas podía contener su entusiasmo mientras le hizo a Lori un relato completo del romance nocturno. El nombre del hombre era Curtís, un banquero nacido en Vancouver, divorciado y recién trasladado a Edmonton. Según ella, eran tal para cual: signos astrológicos, gustos de comidas y bebidas, origen familiar. Y mejor aún, aunque habían hablado durante horas, él no había intentado convencerla de que se desnudase. Era un caballero: hablaba bien, era inteligente y anhelante de la sofisticada vida de la Costa Oeste, a la que pensaba volver cuando encontrase su compañera ideal. Quizás ella fuese esa persona.

—Volveré a verle mañana por la noche —dijo Sheryl—. Y si las cosas van bien quizá se quede unas semanas.

—Irán bien —repuso Lori—. Te mereces buenos tiempos.

—¿Volverás a Calgary mañana? —preguntó a Lori.

—Sí —fue la repuesta que dictó su mente. Pero el sueño estaba todavía ante ella, contestando de modo distinto—. Creo que primero volveré a Midian —dijo—. Quiero ver ese sitio otra vez.

Sheryl frunció el ceño.

—Por favor, no me pidas que te acompañe —le dijo—. No me apetece otra visita.

—No te preocupes —contestó Lori—. Me hace ilusión ir sola.



Librodot

X. SOL Y SOMBRA

El cielo estaba despejado de nubes sobre Midian y el aire era efervescente. Todo el desasosiego que había sentido durante su primera visita había desaparecido. Aunque aquélla seguía siendo la ciudad en la que había muerto Boone, ella no podía odiarla. Era más bien al contrario: la ciudad y ella eran aliadas, pues ambas estaban marcadas por el paso de aquel hombre.

No había venido a visitar la propia ciudad, sino el cementerio, y no le decepcionó. El sol refulgía sobre los mausoleos y las agudas sombras embellecían su factura. Incluso la hierba que brotaba entre las tumbas tenía un tono verde más brillante en aquel día. No soplaba el viento de ningún punto cardinal, ni el aire tempestuoso que en su sueño arrastraba a los muertos. En el interior de los altos muros había una quietud extraordinaria, como si el mundo exterior no existiese. Aquél era un lugar sagrado para los muertos, que no eran los que habían cesado de vivir, sino que se convertían casi en otra especie y requerían ritos y oraciones que les pertenecían únicamente a ellos. Estaba rodeada por todas partes de aquellos signos: epitafios en inglés, francés, polaco y ruso, imágenes de mujeres cubiertas con velos y urnas diseminadas, santos sobre cuyos martirios ella sólo podía conjeturar, perros de piedra sobre las tumbas de sus amos, todo el simbolismo que acompañaba a aquella otra gente. Y cuanto más exploraba, más se sorprendía planteándose la misma pregunta del día anterior: ¿por qué era tan grande aquel cementerio? ¿Y por qué había tantas nacionalidades distintas en las tumbas que iba examinando? Pensó en su sueño, en el viento que había venido desde todos los puntos cardinales de la tierra. Era como si aquel sueño hubiera tenido algo profetice. La idea no le preocupaba. Si el mundo funcionaba así —a base de presagios y profecías—, entonces habría al menos un *sistema, y* ella había vivido demasiado tiempo sin tener ninguno. El amor le había fallado, quizás esto no le fallara.

Pasó una hora errando por las silenciosas avenidas hasta alcanzar el muro posterior del cementerio. Contra el muro había una hilera de tumbas de animales, gatos enterrados junto a pájaros, perros junto a gatos, en paz con los demás y convertidos en polvo. Era una extraña visión. Aunque sabía de otros cementerios de animales, nunca había oído que los animales yacieran en el mismo suelo sagrado que sus amos. ¿Pero debía sorprenderse por algo de lo que viera allí? El lugar era una ley en sí mismo, construido lejos de cualquiera que pudiese cuidarlo o condenarlo.

Volviendo desde el muro posterior, no pudo ver ningún rastro de la puerta principal, y tampoco recordaba cuál de aquellas avenidas conducía hasta allí. No importaba. Se sentía segura en aquel lugar desierto y había mucho por ver: sepulcros cuya arquitectura, elevándose sobre las demás, invitaba a la admiración. Escogiendo una ruta entre media docena de las más prometedoras, emprendió un ocioso viaje de vuelta. El sol calentaba aún más mientras ascendía hacia su mediodía. Aunque su marcha era lenta, empezó a sudar y se le secó rápidamente la garganta. Seguramente, no habría ningún camino corto hasta llegar a un lugar donde mitigar su sed. Pero pese a su garganta seca, no se apresuró. Sabía que nunca más volvería y quería irse con un recuerdo muy preciso.

A lo largo del camino, había varias tumbas que habían sido virtualmente cubiertas por los arbustos plantados frente a ellas. La mayoría siemprevivas, recordando la vida eterna, los arbolillos florecían en el aislamiento de los muros, bien alimentados por el rico suelo. En algunos casos, sus raíces extendidas habían quebrado las propias lápidas a las que tenían que dar sombra y protección. Lori encontró particularmente conmovedoras aquellas escenas de

Librodot

ruinas y verdor. Se había rezagado frente a una de ellas cuando el perfecto silencio que reinaba se rompió.

Oculto tras el follaje, alguien o *algo* jadeaba. Ella se echó hacia atrás automáticamente, fuera de la sombra de los árboles y a pleno sol. El susto hizo latir furiosamente su corazón y su latido ahogaba a sus oídos el ruido que lo había espoleado. Tuvo que esperar unos instantes y aguzar el oído para asegurarse de que no lo había imaginado. No había error. Algo se escondía tras las ramas del árbol, que pesaban tanto con su carga de hojas que casi rozaban el suelo. Al escucharlo con más atención, se dio cuenta de que el sonido no era humano ni saludable. Su rudeza y su irregularidad hacían pensar en un animal agonizante.

Se quedó al calor del sol durante un minuto o más, mirando entre la masa de follaje y sombras, intentando captar la visión de la criatura. Hubo algún que otro movimiento: un cuerpo intentando enderezarse en vano, un pateo desesperado en el suelo mientras la criatura intentaba levantarse. Su desamparo la conmovió. Si no hacía lo que pudiera por él, el animal moriría ciertamente, sabiendo —y esta idea fue lo que la puso en acción— que alguien había oído su agonía y había pasado de largo.

Volvió hacia la sombra. Por un momento, el jadeo cesó completamente. Quizá la criatura sintiera miedo de ella e interpretando su acercamiento como una agresión, se preparaba para un acto final de defensa. Dispuesta a retroceder ante garras y dientes, partió las ramas exteriores y escudriñó a través de la masa de ramas. Su primera impresión no fue visual ni auditiva, sino olfativa: un olor amargo y dulce que no le resultó desagradable, y su procedencia era la pálida criatura que ahora salía de la lóbrega sombra mirando a sus atónitos ojos. Era un animal joven, pensó, pero de ninguna especie conocida. Una especie de gato salvaje quizá, pero con la piel más parecida a la de un ciervo. La observó cauteloso. Su cuello estaba demasiado débil como para soportar el peso de su cabeza, delicadamente contorneada. Aunque la estaba mirando parecía sin vida. Con los ojos cerrados apoyó la cabeza en el suelo.

La profusión de ramas desafiaba cualquier aproximación. En vez de intentar acercarse, ella empezó a romperlas para poder coger a la criatura muriente. Eran de madera sólida y se resistían. A medio camino de la espesura, una rama especialmente salvaje le golpeó la cara con una fuerza tan punzante que ella lanzó un grito de dolor. Se llevó la mano a la mejilla. La piel se le había desgarrado en el lado derecho de la boca. Secándose la sangre, atacó la rama con renovado vigor, consiguiendo al fin alcanzar al animal. Casi respondía a su tacto, con los ojos momentáneamente abiertos y parpadeantes mientras ella lo cogía por el flanco, y luego volviendo a cerrarlos. No había trazas de ninguna herida, pero el cuerpo que yacía bajo su mano estaba tembloroso y febril.

Mientras luchaba por levantar al animal, éste empezó a orinar mojándole las manos y la blusa, pero aun así ella lo sostuvo como un peso muerto en sus brazos. Aparte de los espasmos que le recorrían el sistema nervioso, no le quedaba fuerza en los músculos: Sus miembros caían inertes, al igual que la cabeza. Sólo el olor que había percibido al principio tenía cierta fuerza y se intensificaba a medida que la criatura se acercaba a su fin.

Algo parecido a un sollozo llegó a sus oídos. Ella se estremeció.

Otra vez aquel sonido. En algún lugar a su izquierda y levemente ahogado. Ella retrocedió y salió de la sombra y de las siemprevivas, llevando consigo al animal agonizante. Cuando la luz del sol cayó sobre la criatura, ésta reaccionó con una virulencia que contrastaba con su debilidad aparente, y se le contrajeron extrañamente los miembros. Ella volvió a la sombra, guiada por su instinto más que por su capacidad de análisis y concluyendo que la luz era la responsable. Sólo entonces se volvió hacia la dirección de donde había venido el sollozo.

Más abajo, en la misma avenida, la puerta de uno de los mausoleos, una estructura maciza de mármol agrietado, estaba entreabierta, y en la columna de oscuridad de más allá, pudo ver vagamente una figura humana. Vagamente, porque iba vestida de negro y parecía llevar un velo.

No acababa de entender la escena. El animal agonizante atormentado por la luz, la mujer sollozante —seguramente era una mujer— en el umbral, vestida de luto. ¿Cuál era la

Librodot

relación?

—¿Quién es usted? —exclamó ella.

La doliente pareció retroceder hacia las sombras, pero luego se arrepintió y se acercó otra vez a la puerta abierta, aunque lo hizo con tanta precaución que empezó a aclararse la relación entre la mujer y el animal.

Ella *también* teme al sol, pensó Lori. Ellos estaban juntos, el animal y la doliente, y la mujer lloraba por la criatura que Lori llevaba en brazos.

Miró el pavimento que se extendía entre ella y el mausoleo. ¿Podía llegarse hasta la puerta de la tumba sin tener que pasar por el sol ni acelerar así la muerte de la criatura? Quizá, si tenía cuidado. Planeó su ruta antes de moverse, empezó a cruzar hacia el mausoleo, utilizando las sombras como piedras en un río. No volvió a mirar a la puerta —estaba concentrada en proteger al animal de la luz—, pero podía sentir la presencia de la doliente deseando que ella llegase. Una vez, la mujer dijo algo, no una palabra sino un sonido suave, un sonido de arrullo, que no iba dirigido a Lori sino al animal muriente.

A unos cuatro o cinco metros de la puerta del mausoleo, Lori se atrevió a mirar. La mujer del umbral no podía esperar más. Salió de su refugio y sus brazos se desnudaron cuando la tela que la cubría cayó hacia atrás y su piel quedó expuesta a la luz del sol. Pero fue sólo un instante. Mientras sus dedos intentaban liberar a Lori de su carga se oscurecieron e hincharon como si se le hubieran magullado instantáneamente. La doliente dio un grito de dolor y casi cayó en la tumba mientras retiraba los brazos, pero no antes de que la piel se le abriera, cayéndole de los dedos motas de polvo amarillento, como polen, bajo la luz del sol, y depositándose en el suelo.

Segundos después; Lori estaba en el umbral y al atravesarlo entró en la oscuridad protectora. La habitación era apenas más que una antecámara. Dos puertas conducían respectivamente a una capilla y a una cripta bajo tierra. La mujer de luto estaba de pie ante esta segunda puerta, que estaba abierta, lo más lejos posible de la hiriente luz. Con la prisa, se le había caído el velo. Su rostro era huesudo, delgado y demacrado, lo que prestaba a sus ojos una fuerza especial. Incluso en la esquina más oscura de la habitación, aquellos ojos captaban un reflejo de la luz de la puerta abierta, de modo que parecían brillar.

Lori no sentía ningún miedo. Era la otra mujer la que temblaba tocándose sus manos heridas por el sol y su mirada iba del rostro perplejo de Lori al animal.

—Me temo que está muerto —dijo Lori, ignorando el mal que afligía a aquella mujer, pero reconociendo el mismo pesar que ella misma había sentido hacía poco.

—No —dijo la mujer con serena convicción—. Ella no puede morir.

Sus palabras no eran una súplica, sino una constatación, pero la inmovilidad que había en los brazos de Lori parecía contradecir aquella certeza. Si la criatura no estaba muerta ya, sin duda le faltaba poco.

—¿Quiere traérmela? —preguntó la mujer.

Lori dudó. Pese a que el peso de aquel cuerpo le dolía en los brazos y ella quería cumplir con su deber, no quería cruzar la habitación.

—Por favor —dijo la mujer, tendiendo sus manos heridas.

Lentamente, Lori dejó la seguridad de la puerta y la luz del sol fuera. Pero cuando había bajado dos o tres escalones oyó el rumor de un susurro. Sólo podía venir de un sitio: las escaleras. Había gente en la cripta. Se detuvo mientras la invadían supersticiones de su infancia. Miedo a las tumbas, miedo a las escaleras que *bajaban,* miedo al otro mundo.

—No es nadie —dijo la mujer con el rostro dolorido—. Por favor, tráigame a Babette.

Como para animar a Lori, dio un paso alejándose de la escalera y empezó a murmurar hacia el animal al que había llamado Babette. Tal vez las palabras, la proximidad de la mujer o la fría oscuridad de la habitación motivaron una respuesta por parte de la criatura, un temblor le recorrió el espinazo como una descarga eléctrica, tan fuerte que Lori estuvo a punto de dejarla caer. El murmullo de la mujer se hizo más alto, como si estuviera regañando a la criatura agonizante, con una ansiedad cada vez más apremiante. Pero había un problema.

Librodot

Lori no quería acercarse a la entrada de la cripta ni la mujer a la puerta exterior, y en los segundos de estancamiento, el animal cobró nueva vida. Una de sus garras aferró un pecho de Lori, como retorciéndose en su abrazo.

El murmullo dio paso a un chillido:

—¡Babette!

Pero si la criatura lo oyó, no dio señales de ello. Su movimiento se hizo violento, una mezcla de espasmo y de sensualidad. Se estremeció un instante como torturada y al siguiente onduló como una serpiente desprendiéndose de su piel.

—*¡No mire! ¡No mire!* —oyó decir a la mujer, pero Lori no podía apartar los ojos de aquella horrenda danza. Tampoco podía entregarle la criatura a la mujer, porque la zarpa la aferraba con tal fuerza que no podía separarse sin hacerse sangre.

Pero aquel *¡No mire!* tenía sentido. Ahora le tocó a Lori gritar aterrada mientras se daba cuenta de que lo que estaba sucediendo en aquella habitación desafiaba a la razón.

—*¡Dios mío!*

El animal se transformaba ante sus ojos. En la exuberancia del cambio de piel y los espasmos, perdía su bestialidad, no reorganizando su anatomía sino licuando su cuerpo —hasta los huesos— hasta que lo que había sido sólido se redujo a una confusión de materia. Aquél era el origen del olor dulce y amargo que ella había percibido entre los arbustos: el olor de la "disolución de la bestia. En el momento en que perdió su coherencia, la materia estaba preparada para desvanecerse, pero algo en su esencia —tal vez su voluntad o tal vez su *alma*— la hizo volver al acto de reconstruirse. La última parte de la bestia que se mezcló fue su garra y su desintegración envió una oleada de placer a través del cuerpo de Lori. Ello no le impidió darse cuenta de que su pecho se había liberado de la garra. Horrorizada, no podía soportar por más tiempo su carga y la arrojó en los brazos extendidos de la doliente como si fuera un montón de excrementos.

—*Dios mío* —dijo retrocediendo—. *Dios mío, Dios mío.*

En el rostro .de la mujer ya no había horror, sólo dicha. Lágrimas de bienvenida rodaban por sus pálidas mejillas y caían sobre la mezcolanza que sostenía. Lori miró hacia la luz de fuera. Después de la oscuridad del interior le resultó cegadora. Momentáneamente desorientada, cerró los ojos para adaptarse a los cambios de luz y sombra.

Fue el ruido de un sollozo lo que le hizo abrir los ojos. Esta vez no era la mujer, sino una niña, una niña de cuatro o cinco años que yacía desnuda en el lugar donde se había producido la transformación.

—Babette —dijo la mujer.

Imposible, replicó la razón. La delgada y blanca niña no podía ser el animal que ella había rescatado de debajo del árbol. Era un juego de manos o cualquier espejismo absurdo. Imposible, del todo imposible.

—Le gusta jugar por ahí fuera —estaba diciendo la mujer mientras miraba a la niña y luego a Lori—. Y yo se lo digo: nunca, nunca juegues al sol. No juegues al sol nunca. Pero es una niña y no lo comprende.

Imposible, repetía la razón. Pero en sus tripas, algo le decía a Lori que era verdad. El animal era real. La transformación había sido real. Ahora había una niña viva, llorando en brazos de su madre. Ella también era real. Cada momento que dedicaba a negar lo que *sabía, era* un momento perdido para su comprensión. Que su visión del mundo no pudiera asumir tal misterio sin quebrantarse era su responsabilidad, y un problema para otro día. Ahora simplemente quería salir a la luz, donde sabía que aquellas criaturas de forma cambiante temían seguirla. No se atrevía a apartar sus ojos de ellas hasta que estuviera al sol, de modo que se arrastró por la pared para guiarse hasta los escalones. Pero la madre de Babette quería retenerla todavía.

—Le debo algo... —dijo.

—No —replicó Lori—. No quiero nada... de ustedes.

Sentía una urgencia de expresar su repulsión, pero la escena de la reunión que se

desarrollaba ante sus ojos —la niña tocando la barbilla de la madre y dejando de sollozar— era demasiado tierna. El disgusto se convirtió en desconcierto, miedo, confusión.

—Déjeme ayudarla —dijo la mujer—. Yo sé por qué ha venido hasta aquí.

—Lo dudo —dijo Lori.

—No pierda el tiempo aquí —replicó la mujer—. Aquí no hay nada para usted. Midian en un lugar para los Engendros de la Noche, sólo los Engendros de la Noche.

Su voz había bajado de volumen, era apenas un susurro.

—¿Los Engendros de la Noche? —preguntó Lori en voz más alta.

La mujer parecía afligida.

—Ssssst... —dijo—. No debería decirle esto. Pero se lo debo, es lo mínimo.

Lori se había detenido en su retirada hacia la puerta. Su instinto le indicaba que debía esperar.

—¿Conoce a un hombre llamado Boone? —dijo.

La mujer abrió la boca para responder. Su rostro era una mezcla de sentimientos contradictorios. Quería contestar, eso estaba claro, pero el miedo le impedía contestar. No importaba. Su duda era una respuesta suficiente. Conocía a Boone, o lo había conocido.

—Rachel.

Una voz emergió de la puerta que llevaba bajo tierra. Una voz de hombre.

—Venga aquí —le dijo—. No tiene nada que decir.

La mujer miró hacia las escaleras.

—Mister Lylesburg —dijo en tono formal—. Ella ha salvado a Babette.

—Lo sabemos —la respuesta surgió de la oscuridad—. Ya lo hemos visto. Pero venga aquí.

Nosotros, pensó Lori. ¿Cuántos otros habría allí abajo? ¿Cuántos *Engendros de la Noche?*

Confiada por la proximidad de la puerta al exterior, desafió a la voz que intentaba silenciar a su informadora.

—He salvado a la niña —dijo—. Creo que merezco algo a cambio.

Hubo un silencio en la oscuridad, luego brilló un puntito de brasa ardiente y Lori se dio cuenta de que Mister Lylesburg estaba de pie casi arriba de las escaleras, donde la luz del exterior le habría luminado, al menos ligeramente, si no hubiera sido porque las sombras se cernían de algún modo sobre él, manteniéndole invisible excepto su cigarrillo.

—La niña no tiene ninguna vida que salvar —le dijo a Lori—. Pero lo que tiene es suyo, si lo quiere —hizo una pausa—. ¿La quiere? Si es así, llévesela. Es suya.

La idea de aquel intercambio la horrorizó.

—¿Por quién me toma? —exclamó.

—No lo sé —replicó Lylesburg—. Es usted la que ha pedido una recompensa.

—Sólo quería que me contestaran unas preguntas —protestó Lori—. No quiero a la niña. No soy una salvaje.

—No —dijo la voz suavemente—. No lo es. Así que váyase. No tiene nada que hacer aquí.

Levantó el cigarrillo, y gracias a su débil luz Lori entrevió los rasgos de su interlocutor. Sintió que él quería descubrirse en aquel instante, quitándose el velo de sombras para encontrarse cara a cara con ella por un momento. Él, como Rachel, estaba demacrado, y su delgadez era aún más exagerada por la amplitud de sus huesos, concebidos para un revestimiento más grueso. Ahora, con los ojos hundidos en sus cuencas y los músculos de su rostro demasiado planos bajo su apergaminada piel, dominaban el arco de sus cejas, surcados y enfermizos.

—Esto no podría entenderse —dijo—. Usted no tenía que haberlo visto.

—Lo sé —respondió Lori.

—Entonces también sabrá que hablar de ello traería consecuencias fatales.

—No me amenace.

—No para usted —dijo Lylesburg—. Para *nosotros.*

Ella sintió cierta vergüenza de haberse confundido. No era ella la vulnerable, ella podía

Librodot

andar a la luz del sol.

—No diré nada —le dijo.

—Gracias —dijo él.

Alzó de nuevo su cigarrillo y el humo oscuro ocultó su rostro.

—Lo que hay abajo... —dijo desde detrás del velo—, permanecerá abajo.

Rachel suspiró suavemente al oír esto, mirando a la niña mientras la acunaba con dulzura.

—Váyase —le dijo Lylesburg, y las sombras que le ocultaban se movieron escaleras abajo.

—Tengo que irme —dijo Rachel y se volvió—. Olvide que estuvo aquí alguna vez. No puede hacer nada. Ya ha oído a mister Lylesburg. Lo que está abajo...

—... Permanecerá abajo. Sí, lo he oído.

—Midian es para los Engendros. Nadie de aquí la necesita...

—Sólo dígame —preguntó Lori—. ¿Está Boone aquí?

Rachel ya estaba junto a las escaleras y ahora empezó a descender.

—Está aquí, ¿verdad? —dijo Lori, abandonando la seguridad de la puerta abierta y cruzando la habitación hacia Rachel—. ¡Ustedes robaron el cuerpo!

Tenía un sentido terrible y macabro. Aquellos guardianes de tumbas, aquellos Engendros de la Noche impidiéndole a Boone que descansara en paz.

—*¡Fueron ustedes! ¡Robaron su cuerpo!*

Rachel hizo una pausa y miró a Lori, con el rostro apenas visible en la negrura de las escaleras.

—Nosotros no robamos nada —dijo, y en su respuesta no había rencor.

—*¿Entonces dónde está?* —preguntó Lori.

Rachel se volvió y las sombras la ocultaron totalmente.

—*¡Dígamelo! ¡Por favor, por Dios!* —gritó Lori tras ella. Súbitamente lloraba, en un torbellino de rabia, miedo y frustración—. *¡Dígamelo, por favor!*

La desesperación la llevó escaleras abajo tras Rachel, convirtiendo sus gritos en súplicas.

—Espere... Háble me...

Bajó tres escalones, luego un cuarto. En el quinto se detuvo, o quizá fue su cuerpo el que se detuvo, los músculos de sus piernas se tensaron sin esperar sus instrucciones, rehusando llevarla un escalón más abajo en la oscuridad de la cripta. De pronto, se le puso la piel de gallina y el pulso le retumbaba en los oídos. Toda su fuerza de voluntad no habría podido vencer el imperativo animal que le prohibía bajar, lo único que podía hacer era quedarse allí pegada y mirar en la oscuridad. Hasta sus lágrimas se habían secado repentinamente y la saliva habla huido de su boca, de modo que tampoco podía hablar. Tampoco quería seguir gritando en la oscuridad, por miedo a convocar a las fuerzas que allí se ocultaban. Aunque no podía verles, sus tripas le decían que eran mucho más terroríficas que Rachel y su niña-bestezuela. El cambio de forma era un acto natural comparado con las otras técnicas que manejaban allí. Ella sintió su perversidad como una cualidad del aire. Lo aspiró y expiró. Le frotó los pulmones y aceleró su corazón.

Si habían cogido el cadáver de Boone como un juego no había forma de reclamarlo. Tendría que consolarse con la esperanza de que su espíritu estuviera en un lugar más radiante.

Derrotada, subió unos escalones más arriba, pero las sombras parecían reacias a abandonarla. Las sintió ondular por dentro de su blusa y engancharse de sus pestañas, un millar de pequeñas garras sobre ella, retrasando su retirada.

—No se lo diré a nadie —murmuró—. Por favor, dejad que me vaya.

Pero las sombras la retuvieron y su fuerza era una promesa de venganza si ella las desafiaba.

—Lo prometo —dijo ella—. ¿Qué más puedo hacer?

Y súbitamente capitularon. Ella no se había dado cuenta de cuan fuerte era su tirón hasta que desapareció. Ella retrocedió, subiendo las escaleras a la débil luz que venía de la antecámara. Dando la espalda a la cripta, corrió hacia la puerta y salió a la luz del sol.

Era una luz demasiado radiante. Se tapó los ojos y se apoyó agarrándose al soportal de

piedra para acostumbrarse a la virulencia de la luz. Tardó varios minutos, de pie contra *el* mausoleo, temblando y tensándose alternativamente. Sólo cuando empezó a ver con los ojos semientornados, intentó andar, iniciando la ruta hacia la puerta principal, un laberinto de callejones sin salida y vías erróneas.

Pero cuando llegó, ya se había acostumbrado más o menos a la brutalidad de la luz y del cielo. Pero su cuerpo todavía no apoyaba la disposición de su mente. Las piernas se negaban a andar más de unos pasos colina arriba hacia Midian, amenazando con tirarla al suelo. Su sistema hacía cabriolas por el exceso de adrenalina. Pero al menos estaba viva. Durante un breve lapso de tiempo en las escaleras había corrido peligro. Las sombras que la retenían sosteniéndola por las pestañas, podían haberse apoderado de ella, no tenía ninguna duda. Arrastrada hacia el otro mundo y muerta. ¿Por qué la habían liberado? Quizá porque había salvado a la niña, quizá porque había prometido guardar silencio y confiaban en ella. En cualquier caso, ignoraba los motivos de los monstruos y creía que los que vivían bajo el cementerio de Midian merecían dicho nombre. ¿Quién sino unos monstruos anidaban entre los muertos? Ellos podían llamarse a sí mismo Engendros de la Noche, pero ni las palabras ni los gestos de buena fe podían disfrazar su verdadera naturaleza.

Ella había escapado a los demonios —a cosas de desdicha y putrefacción— y hubiera ofrecido una oración de gracias por su liberación si el cielo no hubiera sido tan inmenso y brillante, y tan claramente desprovisto de dioses que pudieran escuchar.



Tercera parte

ÉPOCAS SOMBRÍAS

... fuera en la ciudad, con dos pieles. El cuero y la carne. Tres, si cuentas la frente. Todas fuera para ser tocadas esta noche, sí señor. Todas preparadas para ser frotadas, acariciadas y amadas esta noche, sí señor.

CHARLES KID, *Colgado de un hilo*



Librodot

XI. EL TERRENO ACECHANTE

1

Conduciendo de vuelta a Shere Neck, puso la radio a un volumen ensordecedor, para confirmar su existencia y para no perderse. Cada vez veía más claro que ciertas promesas no pueden mantenerse y que no podría resistir sin contarle su experiencia a Sheryl. ¿Cómo podía ser que no se le notara en la cara y en la voz? Estos miedos demostraron ser infundados. O bien ella era más cumplidora de lo que pensaba, o Sheryl era más insensible. En cualquier caso, Sheryl sólo le preguntó las cuestiones más superficiales de su segunda visita a Midian, antes de desviar el tema hacia Curtís.

—Quiero que lo conozcas —le dijo—. Sólo para asegurarme de que no estoy soñando.

—Me voy a casa, Sheryl —dijo Lori.

—Esta noche no te irás. Ya es demasiado tarde.

Tenía razón, el día estaba demasiado avanzado para que Lori se plantease un viaje de vuelta a casa. Y tampoco pudo inventarse ninguna razón para negarse a la petición de Sheryl sin ofenderla.

—No te sentirás como una carabina, te lo prometo —le dijo Sheryl—. Él me ha dicho que quería conocerte. Le he hablado de ti. Bueno... no le he contado *todo.* Pero ya sabes, lo suficiente sobre cómo nos conocimos —puso una cara afligida—. Dime que vendrás —dijo.

—Iré.

—¡Fabuloso! Ahora mismo le voy a llamar.

Mientras Sheryl iba a hacer su llamada, Lori aprovechó para ducharse. Al cabo de dos minutos había noticias sobre su cita de aquella noche.

—Nos encontraremos con él en un restaurante que él conoce, hacia las ocho —vociferó Sheryl—. Incluso traerá un amigo para ti...

—No, Sheryl...

—Creo que lo ha dicho en broma —fue la respuesta. Sheryl apareció en el cuarto de baño—. Tiene mucho sentido del humor —dijo—. Nunca sabes si está hablando en serio o en broma. Él es así.

Muy bien, pensó Lori, un cómico fallido. Pero había algo innegablemente reconfortante en volver con Sheryl y su pasión juvenil. Su interminable charla sobre Curtís sólo le dio a Lori un retrato del hombre como los que hacen los artistas callejeros: todo superficie sin contenido. Pero era la distracción perfecta para olvidar sus pensamientos sobre Midian y sus revelaciones. El atardecer estuvo tan lleno de buen humor y de los rituales de preparación para una noche en la ciudad, que de vez en cuando, Lori se sorprendió preguntándose si todo lo que había pasado en la necrópolis no había sido una alucinación. Pero tenía una prueba que confirmaba su recuerdo: el corte junto a su boca que le había inflingido la rama díscola. Era una señal pequeña, pero el agudo escozor que le seguía produciendo le impedía dudar de su mente. Ella había ido a Midian. Había sostenido a la cambiante criatura en sus brazos y se había quedado parada en las escaleras de la cripta mirando un miasma tan profundo que podía haber quebrantado la fe de un santo.

Aunque el profano mundo que había bajo el cementerio estuviera tan lejos de Sheryl y sus romances como la noche del día, no por ello era menos real. A la vez, le hubiera gustado

orientar aquella realidad, encontrarle un lugar aunque desafiase toda lógica y todo sentido común. De momento, la guardaría en su mente con el corte como vigilante y disfrutaría de los placeres de la velada que venía.

Librodot

2

—Es una broma —dijo Sheryl mientras estaban fuera del Hudson Bay Sunset—. ¿No te he dicho que tiene un extraño sentido del humor?

El restaurante que él había nombrado había sido completamente devorado por el fuego hacía unas pocas semanas, a juzgar por el estado de la madera.

—¿Estás segura de que tienes bien la dirección? —preguntó Lori.

Sheryl se echó a reír.

—Te digo que es una de sus bromas —le dijo.

—Entonces habrá que reírse —dijo Lori—. ¿Cuándo iremos a cenar?

—Probablemente nos está observando —dijo Sheryl, con un humor levemente forzado.

Lori miró a su alrededor buscando algún signo del *voyeur.* Aunque no había nada que temer en las calles de una ciudad como aquélla, ni siquiera en un sábado por la noche, el vecindario estaba lejos de ser acogedor. Todas las tiendas del edificio estaban cerradas, algunas permanentemente, y las aceras desiertas en ambas direcciones. No había ningún sitio donde esperar.

—No le veo —dijo.

—Yo tampoco.

—¿Y qué hacemos? —preguntó Lori, haciendo lo posible por disimular su irritación. Si aquélla era la idea que Curtís tenía de pasar un buen rato, había que cuestionar el buen gusto de Sheryl, ¿pero cómo iba a juzgarla ella, que había amado y perdido a un psicópata?

—Debe de estar en alguna parte —dijo Sheryl esperanzada—. ¡Curtís! —le llamó, empujando la destrozada puerta.

—¿Por qué no le esperamos fuera de aquí, Sheryl?

—Probablemente estará dentro.

—Este sitio puede ser peligroso.

Su observación fue ignorada.

—*Sheryl.*

—Ya te he oído. Estoy bien —se había sumergido en la oscuridad del interior. El olor a madera y tapicería quemadas irritó la nariz de Lori.

—¡Curtis! —oyó decir a Sheryl.

Pasó un coche con el motor mal ajustado. Su ocupante, un joven prematuramente calvo se asomó por la ventanilla.

—¿Necesitan ayuda?

—No, gracias —contestó Lori, sin saber con certeza si la pregunta era por cortesía o era un pretexto. Más bien lo último, concluyó mientras el coche tomaba velocidad y desaparecía; la gente era igual en todas partes. Su ánimo, que había mejorado a pasos agigantados al volver con Sheryl, se estaba agriando. No le gustaba aquella calle vacía, a la luz agonizante del día. La noche, que siempre había sido un tiempo de promesas, pertenecía demasiado a los Engendros, que se habían apropiado de su nombre. ¿Y por qué no? Al fin y al cabo, toda la oscuridad era una. Del corazón de los cielos, una oscuridad. Incluso ahora, en Midian, se abrirían las puertas de los mausoleos, sabiendo que la luz del sol no les heriría. Se estremeció al pensarlo.

Más allá, en una de las calles, se oyó el motor del coche rugiendo y luego el chillido de los frenos. ¿Volvían los Buenos Samaritanos a echar una segunda ojeada?

—¡Sheryl! —gritó—. ¿Dónde estás?

La broma, si es que había sido una broma y no un error de Sheryl, había acabado con su humor hacía rato. Quería volver al coche y marcharse, de vuelta al hotel si hacía falta.

—¡Sheryl! ¿Estás ahí?

Hubo una risa en el interior del edificio, la risa gorgoteante de Sheryl. Sospechando su implicación en el fiasco, Lori atravesó la puerta en busca de los bromistas.

De nuevo oyó la risa, que se interrumpió cuando Sheryl dijo:

—*¡Curtís!* —en un tono de burlona indignación que acabó en nuevas risas. Así que su gran amor estaba allí. Lori consideró la posibilidad de volver a la calle, dirigiéndose al coche y dejando atrás aquellos estúpidos jueguecitos. Pero la idea de pasar la velada sola en la habitación del hotel, escuchando otras fiestas, la movió a dirigirse hacia los muebles quemados.

Si no hubiera sido por el brillo de las baldosas del suelo que proyectaban su luz hacia las vigas del techo, no se habría atrevido a avanzar. Pero más adelante apenas veía oscuramente los corredores donde había flotado antes la risa de Sheryl. Se abrió camino hacia allí. Habían cesado los ruidos. Debían de estar observando cada uno de sus pasos. Ella sentía sus miradas.

—Venga, chicos —dijo—. Se acabó la broma. Tengo hambre.

No hubo respuesta. Tras ella, en la calle, oyó gritar a los samaritanos. La retirada no era aconsejable. Avanzó a través del corredor.

Su primer pensamiento fue: sólo les había mentido en parte, aquello *era* efectivamente un restaurante. La exploración la había llevado a la cocina, donde seguramente se habría iniciado el fuego. También estaba embaldosada de blanco, con la superficie llena de humo pero aún lo bastante brillante como para reflejar el interior, que era amplio y con una extraña luminiscencia. Se quedó en el umbral y examinó la habitación. La cocina más grande estaba en el centro e hileras de utensilios pendían sobre ella, cortando la visión. Los bromistas debían de haberse escondido al otro lado de aquella hilera, era el único refugio que ofrecía la habitación.

A pesar de su ansiedad, sintió el eco de sus recuerdos de juegos de escondite. El primer juego, el más simple. Cómo le gustaba ser asustada por su padre, perseguida y finalmente atrapada. Si hubiera sido él el escondido ahora, se sorprendió pensando, esperando para abrazarla... Pero el cáncer se lo había llevado hacía mucho tiempo, un cáncer de garganta.

—¡Sheryl! —dijo—. ¿Dónde estás?

Mientras hablaba, siguió avanzando y pudo ver a uno de los jugadores, de forma que el juego se terminó.

Sheryl no estaba escondida, a menos que la muerte fuese una forma de escondite. Estaba en el suelo, apoyada en la cocina y la rodeaba una oscuridad demasiado apagada como para ocultarla, con la cabeza hacia atrás y su rostro abierto a cuchillazos.

—*¡Dios mío!*

Detrás de Lori hubo un ruido. Alguien venía a su encuentro. Era demasiado tarde para esconderse. La cogerían. Y no unos brazos afectuosos, no sería su padre jugando al monstruo. Sería el monstruo mismo.

Se volvió para verle el rostro antes de que la alcanzase, pero lo que corría hacia ella era una mueca de trapo con boca de cremallera, dos botones en vez de ojos y todo cosido sobre sábana blanca y atado a la cabeza del monstruo tan tirante que su saliva humedecía un trozo alrededor de la boca. No veía su rostro pero sí sus dientes. Colgaban en lo alto de la cabeza, cuchillos brillantes con hojas finas como briznas de hierba que parecían a punto de cortarle los ojos. Ella se alejó de su alcance, pero en seguida volvió a tenerlo tras de sí, mientras aquella boca que había bajo la cremallera voceaba su nombre.

—Es mejor que abandones, Lori.

Las hojas se acercaban a ella, pero ella era más rápida. La máscara no parecía tener prisa, se acercaba a ella con paso firme, con una confianza obscena.

—Sheryl lo ha hecho mejor —dijo—. Se ha quedado quieta y me ha dejado hacer.

—Jódete.

—Quizás un poco más tarde.

Pasó una de las hojas a lo largo de la hilera de cazos colgantes, dando alaridos y produciendo chispazos.

—Más tarde, cuando estés un poco más fría.

Él se rió, abriendo la cremallera.

—Hay que esperar una cosa.

Ella le dejó hablar mientras intentaba calcular qué posibles salidas tenía. Las perspectivas no eran buenas. La salida de incendios estaba bloqueada por maderas quemadas, su única salida era el pasillo abovedado por donde había entrado y la máscara se interponía entre ella y dicho pasillo, afilando sus dientes uno con otro.

Él empezó a acercarse otra vez. Esta vez no hizo ningún comentario, el tiempo de hablar se había terminado. Mientras se aproximaba, ella pensó en Midian. Seguramente no había sobrevivido a aquellos horrores para ser asesinada por un psicópata solitario. *¡Que se jodiera él mismo!*

Cuando los cuchillos se acercaron a ella, Lori arrancó un cazo de la hilera y lo dirigió con fuerza hacia su rostro. Apenas dio en el blanco. Se sorprendió de su propia fuerza. La máscara se tambaleó y dejó caer uno de sus cuchillos. Pero no hubo ningún ruido detrás de la sábana. Simplemente, cambió el cuchillo de la mano derecha a la izquierda, movió la cabeza como para que dejase de zumbar y se precipitó rápidamente hacia ella. Ella apenas tuvo tiempo de alzar la cazuela como un escudo. La hoja cayó sobre su mano. Por un instante no hubo sangre ni dolor. Luego ambos llegaron profusamente y el cazo cayó a sus pies. Entonces él hizo un ruido, un ruido de arrullo y la inclinación de su cabeza sugería que estaba mirando la sangre, como si corriese hacia la herida que él había originado.

Ella miró hacia la puerta, calculando el tiempo que tardaría en llegar y la velocidad de su persecutor. Pero antes de que pudiera actuar, la máscara empezó su último avance. No había alzado el cuchillo, ni tampoco alzó la voz al hablar:

—Lori, tú y yo tenemos que hablar.

—Aparta ese maldito cuchillo.

Para su sorpresa, él obedeció su orden. Ella consideró el poco tiempo que tenía para recoger el otro cuchillo del suelo. Su mano herida la hacía menos eficaz, pero él ofrecía un gran blanco. Podía hacerle daño, preferiblemente en el corazón.

—Con él he matado a Sheryl —dijo—. Lo hubiera dejado si hubieras estado tú.

Tenía el filo pegado a la palma.

—Sí, esto ha rajado a la pequeña Sheryl. De oreja a oreja —continuó—. Y ahora tiene tus huellas por todas partes. Tendrías que llevar guantes, como yo.

El pensamiento de lo que había hecho aquella hoja la llenó de consternación, pero no podía cogerlo y siguió desarmada.

—Desde luego, podrías seguir inculpando a Boone —estaba diciendo la máscara—. Dile a la Policía que fue él.

—¿Qué sabes de Boone? —dijo ella. ¿Acaso no le había jurado Sheryl que no le había contado nada de su amante?

—¿Sabes dónde está? —preguntó la máscara.

—Está muerto —contestó ella.

La cara cosida negó con un temblor.

—No, me temo que no. Se levantó y se fue. ¿Te lo imaginas? El hombre estaba lleno de agujeros de balas. Tú viste la sangre que derramó...

Nos estaba vigilando todo el tiempo, pensó. *Nos siguió hasta Midian el primer día.* ¿Pero por qué? Aquello era lo que tenía que descifrar. *¿Por qué?*

—... Toda aquella sangre, todas aquellas balas y todavía no se ha muerto.

—Alguien robó el cuerpo —dijo ella.

—No —fue la respuesta—. No fue así.

—¿Quién demonios es usted?

—Buena pregunta. No hay razón para que no tengas una respuesta.

Su mano fue a su rostro y apartó la máscara. Tras ella estaba Decker, sudoroso y sonriente.

—Me gustaría haberme traído la cámara —dijo—. La cara que has puesto.

Ella no podía abofetearle, aunque odiaba divertirle. El shock le hizo abrir la boca como un pez. Decker era Curtís, el Mister Magnífico de Sheryl.

—¿Por qué? —le preguntó.

—¿Por que qué?

—¿Por qué ha matado a Sheryl?

—Por la misma razón que maté a todos los demás —dijo ligeramente, como si la pregunta le hubiera molestado mucho. Luego añadió muy serio—: Por divertirme, naturalmente. Por placer. Boone y yo solíamos hablar mucho del por qué. Escarbando muy hondo, ya sabes, intentando comprender. Pero la realidad es que yo lo hice porque me gusta.

—Boone era inocente.

—*Es* inocente, se esconda donde se esconda. Lo cual es un problema porque él conoce los hechos reales y uno de estos días puede encontrar a alguien y convencerle de la verdad.

—¿Entonces usted quiere detenerle?

—¿Y quién no querría? Con lo que me costó dar con él para que muriera como culpable a ojos de todos. Incluso le disparé yo mismo una bala y todavía pudo levantarse y marcharse.

—Ellos me dijeron que se había muerto. Estaban totalmente seguros.

—El depósito fue abierto *desde dentro.* ¿Te contaron eso? Sus huellas dactilares estaban en el picaporte, las huellas de sus zapatos en el suelo, ¿te contaron eso? No, claro que no. Pero yo te lo digo. Yo lo sé. *Boone está vivo.* Y tu muerte le hará salir de su escondite. Me apuesto lo que quieras. Tendrá que salir a la luz.

Lentamente, mientras hablaba, iba levantando el cuchillo.

—Es lamentable.

Súbitamente estaba frente a ella. Ella se puso la hoja que había matado a Sheryl entre ella y su perseguidor. Eso le hizo ir más despacio, pero no evitó que se acercase.

—¿De verdad puedes hacerlo? —le dijo—. No lo creo. Y te hablo por experiencia. La gente es *escrupulosa* incluso cuando su vida está en peligro. Y ese cuchillo, desde luego, ya se ha hundido en la pobre Sheryl. Tendrías que clavármelo muy hondo para causarme alguna impresión.

Hablaba casi en broma y seguía avanzando.

—Aunque me gustaría ver cómo lo intentas —dijo—. De verdad. Me gustaría verte intentarlo.

Por el rabillo del ojo, ella había visto que había pilas de platos apenas a unos centímetros de su codo. ¿Le daría eso tiempo suficiente' como para llegar a la puerta? No había duda de que si luchaba en un combate a cuchillo con aquel maníaco, ella perdería. Pero todavía podía escapar de él.

—Venga. Inténtalo. Mátame si puedes. Por Boone. Por el pobre y loco Boone.

Mientras las palabras se confundían con las risas, ella alargó su mano herida hacia los platos, los cogió y los empujó al suelo frente a Decker. Siguió una segunda pila y una tercera, y los fragmentos de porcelana volaban en todas direcciones. Él dio un paso atrás y se llevó las manos a la cara para protegerse. Ella aprovechó la oportunidad corriendo hacia el pasillo. Lo atravesó y cruzó al restaurante antes de oír a su perseguidor. Pero ya había llegado a la puerta exterior y salió a la calle. Una vez en la acera se volvió a la puerta por donde él tenía que salir. Pero él no tenía intención de seguirla a plena luz.

—Zorra lista —dijo él desde la oscuridad—. Te atraparé. Cuando tenga a Boone volveré a por ti en un abrir y cerrar de ojos.

Con los ojos todavía fijos en la puerta, ella retrocedió por la acera hasta el coche. Sólo entonces se dio cuenta de que aún llevaba el arma mortal y lo agarraba tan fuerte que casi se le había pegado. Lo único que podía hacer era llevárselo consigo y entregarlo como prueba a la Policía. De vuelta al coche, abrió la puerta y entró y sólo se volvió a mirar el edificio

Librodot

incendiado cuando hubo cerrado las puertas. Entonces dejó el cuchillo en el asiento de al lado, puso el motor en marcha y se alejó.

Librodot

3

Se planteó el siguiente dilema: ir a la Policía o a Midian. Una noche de interrogatorio o regresar a la necrópolis. Si elegía lo primero, no podría avisar a Boone de que Decker iba tras él. Pero, ¿y si Decker había mentido y Boone no había sobrevivido a las balas? Entonces no sólo se estaría alejando del lugar del crimen sino que además se pondría al alcance de los Engendros, y sería en vano.

El día anterior habría elegido acudir a las autoridades. Hubiera confiado en sus procedimientos para aclarar los misterios, ellos hubieran creído su historia y Decker hubiera sido entregado a la justicia. Pero el día anterior ella creía que las bestias eran bestias y los niños, niños. Pensaba que sólo los vivos habitaban la tierra y que existía la paz. Pensaba que los médicos curaban y cuando el loco se hubiera quitado la máscara habría dicho: «es el rostro de un loco».

Todo aquello era un error. El viento se había llevado las creencias de ayer. Cualquier cosa era posible.

Boone podía estar vivo.

Condujo hacia Midian.

Librodot

XII. ARRIBA Y ABAJO

1

En la autopista la asaltaron visiones producidas por los efectos retardados del shock y de la pérdida de sangre de su mano herida y vendada. Empezaron a caer como copos de nieve sobre el parabrisas, copos tan refulgentes que desafiaban el cristal y volaban hacia ella, gimoteando. Mientras su estado de ensoñación empeoraba, creyó ver rostros volando hacia ella, y embriones de vida como fetos que susurraban al caer. El espectáculo no le inquietó, al contrario. Parecía confirmar una idea creada por su mente alucinada: que ella, como Boone, estaba viviendo una vida hechizada. Nada podría hacerle daño, al menos aquella noche. Su mano cortada estaba tan agarrotada que ya no podía asir el volante y lo dejaba navegar por una carretera oscura, con una sola mano en el acelerador, pues si el destino la había dejado sobrevivir al ataque de Decker no sería simplemente para dejarla morir en la autopista.

Había una reunión en el aire. Por eso venían las visiones, corriendo con los reflectores y saltando sobre el coche para caer sobre ella en chorros de luces blancas. Le daban la bienvenida.

A Midian.

Librodot

2

En una ocasión miró al retrovisor y vio un coche detrás con las luces apagadas. Pero cuando volvió a mirar ya se había ido. Quizá nunca había estado allí. Más adelante se extendía la ciudad, con las casas ocultas por sus faros. Ella condujo por la calle principal hasta las puertas del cementerio.

Los efectos mezclados de la pérdida de sangre y el agotamiento habían hecho desvanecerse todos sus temores hacia aquel lugar. Si podía sobrevivir a la maldad de los vivos, también sobreviviría a la de los muertos o a la de sus compañeros. Y Boone estaba allí, aquella esperanza se había convertido en certidumbre mientras conducía. Boone estaba allí y al fin podría cogerle en sus brazos.

Salió del coche y sintió que la invadía el desánimo.

—Adelante... —se dijo.

Las luces aún se dirigían hacia ella aunque ya no se movía, pero todos los detalles se habían desvanecido. Sólo quedaba su brillo, su ferocidad amenazando con barrer el mundo entero. Sabiendo que el colapso total estaba cerca, cruzó las puertas llamando a Boone por su nombre. Obtuvo una respuesta inmediata, aunque no era la que esperaba.

—¿Está aquí? —preguntó alguien—. ¿Está Boone aquí?

Agarrándose a la puerta, volvió la cabeza y a través de la ola de luz vio a Decker, que estaba de pie a unos metros de ella. Detrás de él estaba su coche sin luces. A pesar de su estado de confusión, comprendió cómo la había utilizado. Decker la había dejado escapar sabiendo que ella buscaría a Boone.

—¡Qué estúpida! —se dijo.

—Claro, claro. ¿Y qué ibas a hacer? Seguro que pensabas que podrías salvarle.

Ella no tenía la fuerza ni la capacidad mental para resistir a aquel hombre. Empujando el picaporte de las puertas, entró en el cementerio.

—¡Boone! —gritó—. ¡Boone!

Decker no fue tras ella en seguida, no lo necesitaba. Ella era un animal herido en busca de otro animal herido. Miró hacia atrás y le vio buscar su revólver a la luz de sus faros. Luego abrió más la puerta y empezó a perseguirla.

Ella apenas podía ver las avenidas que tenía frente a sí, cegada por la luz de su cabeza. Era como una ciega, llorando y tambaleándose, sin saber si Decker estaba detrás o delante. En cualquier momento podía eliminarla. Una bala y su hechizada vida llegaría a su fin.

Librodot

3

Bajo tierra, los Engendros oyeron su llegada con los sentidos atenazados por el pánico y la desesperación. También conocían las pisadas del cazador, las habían oído tras ellos demasiado a menudo. Ahora esperaron compadeciendo a la mujer en sus últimos momentos, pero demasiado codiciosos de su refugio como para arriesgarlo. Había muy pocos lugares ocultos donde los monstruos pudieran encontrar paz. No pondrían en peligro su morada de ermitaños por una vida humana.

Pero aún así les dolía oír sus llamadas y sus súplicas. Y para uno de ellos el sonido era casi insoportable.

—Déjame ir por ella.

—No puedes. Sabes que no puedes.

—Puedo matarle. ¿Quién sabrá nunca que había venido?

—Tal vez no esté solo. Puede haber otros esperándole tras los muros. Recuerda cómo vinieron a por ti.

—No puedo dejarla morir.

—¡Boone! ¡Dios mío, por favor!

Era peor de lo que nunca había sufrido, oírla llamándole y sabiendo que la ley de Midian no le dejaría contestar.

—¡Escúchala, por Dios! —dijo—. *Escúchala.*

—Cuando te acogimos hiciste unas promesas —le recordó Lylesburg.

—Lo sé. Lo comprendo.

—Lo dudo. No se pueden tomar a la ligera, Boone. Si las rompes, no pertenecerás a ningún sitio. Ni a nosotros ni a ellos. —Me estás pidiendo que escuche cómo muere. —Tápate los oídos. Pronto habrá terminado.

4

Ya no le quedaba aliento para llamarle. No importaba. Él no estaba allí. Y si estaba, estaría muerto bajo tierra, descomponiéndose. Más allá de la ayuda, de la entrega y la posesión.

Ella estaba sola y el hombre de la pistola se estaba acercando a ella.

Decker cogió la máscara del bolsillo, la máscara de botones tras la cual se sentía a salvo. Ah, cuántas veces en aquellos días agotadores con Boone, enseñándole las fechas y lugares de los asesinatos que había heredado, cuando Decker rebosaba de orgullo y casi deseaba reivindicar sus crímenes. Pero necesitaba la cabeza de turco más que la emoción fugaz de la confesión, para mantener controladas las sospechas. Si Boone hubiera admitido los crímenes todo hubiera acabado ahí. Al mismo tiempo, la máscara hubiera empezado a hablarle a su dueño otra vez, pidiéndole que la llenase de sangre, y los crímenes se hubieran reanudado. Aunque primero, Decker tenía que encontrar otro nombre y otra ciudad para abastecerse. Boone había echado por tierra sus cuidadosos planes, pero no le daría la oportunidad de contar lo que sabía. El viejo Cara de Botón acabaría con él.

Decker se puso la máscara. Olió su excitación. Tan pronto como respiraba en ella se acercaba al clímax. No al pequeño clímax del sexo, sino al de la muerte, el clímax de la muerte. La máscara olía el aire por él incluso a través del espesor de sus pantalones y de su ropa interior. Olía a la víctima que corría delante de él. A la máscara no le importaba que su presa fuera mujer, sentía la misma excitación con cualquiera. A veces, sentía una debilidad por los viejos, que se meaban en los pantalones mientras intentaban huir, a veces por las jóvenes, otras por las mujeres o por los niños. El viejo Cara de Botón miraba con los mismos ojos amenazadores a la humanidad entera.

Aquella mujer que corría ante él en la oscuridad no significaba para la máscara más que ninguno de los otros. Una vez les invadía el pánico y corrían, todos eran iguales. Él la seguía con paso firme; era una de las marcas de fábrica de Cara de Botón, el paso del ejecutor. Y ella corría ante él, y sus súplicas degeneraban en jadeo y mucosas. Aunque ya no le quedaba aliento para llamar a su héroe, sin duda aún rezaba para que acudiera a ella. Pobre perra. ¿No sabía que nunca se mostraban? Él había oído llamar, suplicar, rogar, a los sacrosantos padres y madres, a los campeones y los intermediarios, y ninguno había aparecido.

Pero su agonía acabaría pronto. Un tiro en la nuca la derribaría y entonces él cogería el cuchillo grande, el pesado cuchillo, y lo llevaría a su rostro del mismo modo en que lo había hecho con todos. Cris eras, cris eras, como los rayos de sus ojos, porque sólo debía verse carne sin rostro.

¡Ah! Ella estaba cayendo. Demasiado cansada como para seguir corriendo.

Abrió la boca de acero del viejo Cara de Botón y le habló a la joven caída:

—Estate quieta —dijo—. Así será mucho más rápido.

Ella intentó levantarse por última vez, pero sus piernas la habían abandonado completamente y la luz blanca se estaba consumiendo. Aturdida, volvió la cabeza en dirección a la voz de Decker y entre las olas blancas, vio que llevaba puesta la máscara. Su rostro era el rostro de la muerte.

Él levantó la pistola.

Ella sintió un temblor en el suelo que había bajo su cuerpo. ¿Era acaso el sonido de un disparo? Ya no podía ver la pistola, ni a Decker. Una ola final le había barrido de su vista.

Librodot

Pero su cuerpo sintió el impacto de la tierra y a través del gemido que había en su cabeza, oyó a alguien pronunciar el nombre del hombre al que ella esperaba encontrar allí.

—*¡Boone!*

Ella no oyó la respuesta o quizá no la hubo, pero la llamada se repitió como si el eco la devolviera desde la tierra.

Antes de que pudiera reunir sus últimas fuerzas para localizar la llamada, su brazo bueno cedió y ella cayó boca abajo en el suelo.

Cara de Botón caminó hacia su presa, decepcionado de que la mujer no estuviera consciente para escuchar su bendición final. Le gustaba ofrecer unas pocas palabras inteligentes en el penúltimo instante, palabras que nunca planeaba pero que surgían como poesía de la boca de cremallera. A veces se reían de su sermón y entonces él se volvía cruel. Pero si lloraban, y solían hacerlo a menudo, él lo tomaba en cuenta y hacía que el último momento, el definitivamente último, fuese rápido y sin dolor.

Le dio una patada a la mujer en la espalda para ver si podía despertarla de su sueño. Y sí, sus ojos parpadearon abriéndose ligeramente.

—Bien —dijo, apuntando con la pistola a la cara.

Cuando sintió que la sabiduría le llegaba a los labios, oyó el gruñido. Por un instante, apartó la vista de la mujer. De alguna parte llegaba un viento silencioso que agitaba los árboles. El suelo gemía bajo sus pies.

La máscara no fue tocada. El viento erró por entre las tumbas pero no le levantó ni un pelo de la nuca. Él era la Nueva Muerte, su rostro actual: ¿Qué daño podía amenazarle?

Se echó a reír del melodrama. Echó la cabeza hacia atrás y se rió.

A sus pies, la mujer empezó a gemir. Era tiempo de acallarla. Apuntó a su boca abierta.

Cuando reconoció la palabra que ella estaba pronunciando, la oscuridad que había frente a él se abrió y aquella palabra dio un paso fuera de su escondite.

—Boone —decía ella.

Y era.

Emergió de entre las sombras de los árboles trémulos, vestido tal como lo recordaba la máscara, con una camiseta y pantalones vaqueros. Pero había un brillo en sus ojos que la máscara no recordaba, y andaba —a pesar de las balas que le habían agujereado— como un hombre que nunca en su vida hubiese conocido el dolor.

Era misterio suficiente, pero había más. Incluso cuando apareció ante sus ojos, empezó a *cambiar,* exhalando un velo de humo que transformó su carne en una fantasía.

Era su cabeza de turco. Todavía no. En absoluto.

La máscara bajó la vista hacia la mujer para comprobar que compartía su visión, pero ella había caído en la inconsciencia. Tuvo que confiar en lo que sus ojos cosidos le decían y le dijeron horrores.

Los tendones de los brazos de Boone y su cuello ondeaban entre la luz y la oscuridad, sus dedos crecían más y más, su rostro, tras el humo que exhalaba, parecía correr con confusos filamentos que describían una forma oculta en el interior de su cabeza, donde se unían músculo y huesos.

Y fuera de aquella confusión, una voz. No era la voz que recordaba la máscara. No era la voz de su cabeza de turco, impregnada de culpa. Era un grito de furia.

—*¡Eres hombre muerto, Decker!* —gritó el monstruo.

La máscara odiaba aquel nombre, *Decker.* El hombre era sólo una vieja llama que había ardido una vez. En un ardor como aquél, con el clímax de la muerte tan alto, el viejo Cara de Botón apenas podía recordar si el doctor Decker estaba vivo o muerto.

Pero el monstruo volvió a llamarle por aquel nombre.

—¿Me oyes, *Decker?* —dijo.

«Pedazo de bastardo —pensó la máscara—. Especie de engendro, aborto hijo de perra.» Apuntó con la pistola hacia su corazón. Había terminado de exhalar sus transformaciones y se

erguía frente a su enemigo entero, si una cosa nacida del cuchillo de un carnicero podía llamarse entera. Infantado por una loba y un payaso, era ridículo. No habría bendición para aquél, decidió la máscara. Sólo el escupitajo de aquella cabeza híbrida cuando estuviera muerto en el suelo.

Sin pensar más, disparó.

La bala abrió un agujero en el centro de la camiseta de Boone y en la cambiante carne que había debajo, pero la criatura sólo hizo una mueca.

—Ya lo intentaste otra vez, Decker —dijo Boone—. ¿No has aprendido aún?

—No soy Decker —replicó la máscara y volvió a disparar. Otro agujero se abrió bajo el primero, pero no salió sangre de ninguno de los dos.

Boone había empezado a avanzar hacia el arma. No iba de prisa, sino con paso firme que la máscara reconoció como su propio paso de ejecutor. Podía oler la suciedad de la bestia, incluso a través de la sábana que cubría su rostro. Era dulce y *amarga y* le enfermaba el estómago.

—Estate quieto —le dijo el monstruo.

—Así será más rápido.

El paso copiado del suyo ya era bastante insultante, pero oír la pureza de sus propias palabras en aquella garganta antinatural desazonó a la máscara. Gimió tras la tela y apuntó con la pistola a la boca de Boone. Pero antes de que pudiera disparar contra la ofensiva lengua de Boone, unas abultadas manos le alcanzaron y sujetaron el arma. Mientras se la arrancaba, la máscara apretó el gatillo disparando a la mano de Boone. Las balas le arrancaron el dedo pequeño. La expresión de su rostro se oscureció con disgusto. Separó el arma de las manos de la máscara y la arrojó lejos. Luego *alcanzó a su* mutilador y lo acercó a él.

Enfrentado a una destrucción inminente, la máscara se separó de quien la llevaba. El viejo Cara de Botón no creía que pudiese morir. Decker sí. Sus dientes castañeteaban contra la jaula que los encerraba mientras él empezaba a suplicar.

—Boone... no sabes lo que estás haciendo.

Sintió cómo la máscara se tensaba en su cabeza furiosa de su cobardía, pero él habló, intentando recobrar aquel tono sereno que utilizara una vez con aquel hombre.

—Estás enfermo, Boone.

«No supliques —oyó decir a la máscara—, no te atrevas a suplicar.»

—¿Y tú podrás curarme? —dijo el monstruo.

—Claro que sí —contestó Decker—. Desde luego. Sólo tienes que darme un poco de tiempo.

La mano herida de Boone agarró la máscara.

—¿Por qué te escondes detrás de esta cosa? —le preguntó.

—Me *obliga* a ocultarme. Yo no quiero, pero ella me obliga.

La furia de la máscara no tenía límites. Chillaba en la mano de Boone, oyendo cómo él traicionaba a su maestro. Si sobrevivía a aquella noche, le exigiría la compensación más vil por sus mentiras. Él pagaría alegremente, mañana. Pero ahora tenía que vengar a la bestia para vivir más.

—Debes sentir lo mismo qué yo —dijo—. Debajo de esa piel que tienes que llevar.

—¿Lo mismo? —dijo Boone.

—Atrapado. Obligado a derramar sangre. Tú no quieres derramar sangre y yo tampoco.

—No entiendes —dijo Boone—. No estoy detrás de esta cara. Yo soy esta cara.

Decker negó con la *cabeza.*

—No lo creo. Creo que en alguna parte, todavía eres Boone.

—Boone está muerto. Boone fue derribado a tiros frente a ti. ¿Te acuerdas? Tú mismo le disparaste.

—Pero sobreviviste.

—Vivo no.

El corpachón de Decker estaba temblando, pero ahora dejó de temblar. Todos sus

músculos se tensaron, como si se aclarasen todos los misterios.

—Tú me llevaste a manos de los monstruos, Decker. Y me he convertido en uno de ellos. No monstruos de tu especie. No monstruos sin alma —se acercó mucho a Decker, con el rostro a unos pocos centímetros de la máscara—. Estoy muerto, Decker. Tus balas no me hacen daño. Llevo a Midian en mis venas. Eso significa que me curo a mí mismo una y otra vez. Pero tú...

La mano que agarraba la máscara arrugó la tela.

—Tú, Decker..., cuando mueras, morirás. Y quiero ver tu cara mientras eso ocurre.

Boone tiró de la máscara. Estaba muy bien sujeta y no cedió. Tuvo que clavar sus garras para rasgarla y abrirla descubriendo los sudorosos rasgos que había debajo. ¿Cuántas horas había pasado mirando aquel rostro, dependiendo de cada destello de aprobación suya? Tanto tiempo perdido. Aquélla era la verdadera condición del doctor: perdido, débil y sollozante.

—Tenía miedo —dijo Decker—. Entiendes eso, ¿verdad? Iban a encontrarme y castigarme. Necesitaba culpar a alguien

—Elegiste al hombre equivocado.

—*¿Hombre?* —dijo una voz suave desde la oscuridad—. ¿Puedes llamarte a ti mismo hombre?

Boone corrigió:

—Monstruo.

Siguieron risas. Luego:

—¿Vas a matarle o no?

Boone apartó la vista de Decker hacia el que hablaba, acuclillado sobre una tumba. Su rostro era una masa de tejido desgarrado.

—¿Se acuerda él de mí? —le preguntó aquel hombre a Boone.

—No sé. ¿Te acuerdas? —le preguntó Boone a Decker—. Se llama Narcisse.

Decker lo miró.

—Otro de la tribu de Midian —dijo Boone.

—No estaba seguro de pertenecer a ella —musitó Narcisse—. Hasta que me quité las balas de la cara. Seguía pensando que era un sueño.

—Asustado —dijo Boone.

—Lo estaba. Ya sabes lo que hacen las balas a los hombres naturales.

Boone asintió.

—Mátalo —dijo Narcisse—. Cómete sus ojos o lo haré yo por ti.

—Espera a que le haga confesar.

—Confesar —dijo Decker y sus ojos se abrieron más ante la posibilidad de un aplazamiento—. Si eso es lo que quieres, dilo.

Empezó a buscar en su chaqueta, como si buscase una pluma.

—¿De qué cono sirve una confesión? —dijo Narcisse—. ¿Crees que alguien iba a perdonarte? ¡Mírate!

Saltó de la tumba.

—Oye —susurró—. Si Lylesburg se entera de que he venido aquí, me echará. Sólo dame sus ojos, por los viejos tiempos. Luego, el resto es para ti.

—No dejes que me toque... —suplicó Decker a Boone—. Haré lo que quieras..., confesaré todo..., cualquier cosa. ¡Pero aléjalo de mí!

Demasiado tarde. Narcisse ya le alcanzaba, con o sin el permiso de Boone. Boone intentó apartarle con su mano libre, pero el hombre estaba demasiado impaciente por vengarse como para ser detenido. Se puso entre Boone y su presa.

—Mira por última vez —se rió, levantando las garras de sus pulgares.

Pero cuando Decker rebuscaba en su chaqueta no era sólo por el pánico. Cuando las garras se acercaron a sus ojos, sacó el cuchillo del escondite de su chaqueta y lo clavó en el vientre de su atacante. Había estudiado largamente aquella técnica. El corte que le hizo a Narcisse era una maniobra destripadora aprendida de los japoneses: profundizar en los intestinos y subir

hacia el ombligo, llevando la hoja de doble filo contra el peso de la carne. Narcisse gritó, más por el recuerdo del dolor que porque lo sintiera de verdad.

Con un suave movimiento, Decker sacó el gran cuchillo sabedor, por las investigaciones en aquel campo, de que con el cuchillo iría su bien preparado contenido. No se equivocaba. Las tripas de Narcisse cayeron como un pedazo de carne a las rodillas de su dueño. La herida, que habría hecho caer inmediatamente a un hombre vivo a tierra, sólo puso en ridículo a Narcisse. Gruñendo con disgusto ante la visión de sus intestinos, se agarró a Boone.

—Ayúdame —se quejó—. Estoy descompuesto.

Decker aprovechó el momento. Mientras Boone estaba sujeto, corrió hacia las puertas. No había mucha distancia. Cuando Boone consiguió liberarse de Narcisse, su enemigo había desaparecido de aquella tierra sin consagrar. Boone salió en pos de él, pero cuando llegaba a medio camino de las puertas oyó cerrarse la puerta del coche del doctor y el motor se puso en marcha. [Maldito!

—¿Qué mierda puedo hacer con esto? —oyó gemir a Narcisse. Volvió al lugar. El hombre tenía sus intestinos en las manos sin saber cómo arreglarlos.

—Ves abajo —dijo rotundamente. Era inútil quejarse de la intromisión de Narcisse—. Alguien te ayudará.

—No puedo. Sabrán que he estado aquí.

—¿Te crees que no lo saben ya? —replicó Boone—. Ellos lo saben todo.

Ya no estaba preocupado por Narcisse. Era el cuerpo tendido en el camino lo que reclamaba su atención. En su ansia de aterrorizar a Decker, había olvidado completamente a Lori.

—Nos echarán a los dos —decía Narcisse.

—Tal vez —dijo Boone.

—¿Qué podemos hacer?

—Vete abajo —dijo Boone cansadamente—. Dile a mister Lylesburg que yo te he descarriado.

—¿Has sido tú? —dijo Narcisse. Luego, acariciando la idea, añadió—: Sí, creo que sí.

Se marchó llevándose sus intestinos.

Boone se arrodilló junto a Lori. Su aroma le aturdió, la suavidad de su piel bajo sus palmas era casi abrumadora. Todavía estaba viva y su pulso latía con fuerza, a pesar de todo lo que habría soportado de manos de Decker. Mirando su suave rostro, se le ocurrió que podía despertarse y verle en la forma que tenía tras el mordisco de Peloquin y esto le desazonó sobremanera. En presencia de Decker se había sentido orgulloso de llamarse *monstruo,* de exhibir su condición de Engendro de la Noche. Pero ahora, mirando a la mujer que había amado y que le había amado a su vez por su fragilidad y su condición humana, se sentía avergonzado.

Inhaló. Su voluntad hizo que la carne humease y que sus pulmones volvieran a su cuerpo. Era un proceso tan extraño en su facilidad como en su naturaleza. Cuan rápidamente se había acostumbrado a lo que una vez llamara milagroso...

Pero él no era ninguna maravilla comparado con aquella mujer. El hecho de que ella hubiera tenido tanta fe como para venir a buscarle con la muerte en los talones era más de lo que podía esperar ningún hombre natural, y para uno como él, era un auténtico milagro.

La condición humana de ella le enorgulleció de lo que había sido y de lo que pretendía ser todavía.

Así, fue en su forma humana cómo la recogió y la llevó tiernamente bajo tierra.

XIII. LA NIÑA PROFÉTICA

Lori escuchó las voces furiosas.

—¡Nos has engañado!

La primera era de Lylesburg.

—¿Y qué otra opción tenía?

La segunda era de Boone.

—¿Te parece justo arriesgar a Midian por tus buenos sentimientos?

—Decker no se lo dirá a nadie —respondió Boone—. *¿Qué iba a decir? ¿Que intentaba matar a una mujer y un hombre muerto lo ha impedido? Es de sentido común.*

—De pronto resulta que tú eres el experto. Unos días aquí y ya estás cambiando las leyes. Vete a hacerlo a otra parte, Boone. Coge a la mujer y márchate.

Lori quería abrir los ojos y acercarse a Boone, calmarle antes de que su enfado le hiciera decir alguna estupidez. Pero tenía el cuerpo agarrotado. Ni siquiera los músculos de la cara le respondían. Sólo podía seguir allí tumbada y escuchar la exaltada conversación.

—Yo pertenezco aquí —dijo Boone—. *Ahora soy un Engendro de la Noche.*

—No por mucho tiempo.

—No puedo vivir allí fuera.

—Nosotros hemos vivido allí. Durante generaciones intentamos vivir en el mundo natural y estuvieron a punto de extinguirnos. Ahora llegas tú y estás a punto de destruir nuestra única esperanza de sobrevivir. Si Midian es desenterrado, esa mujer y tú seréis los responsables. Piensa en eso durante el viaje.

Hubo un largo silencio. Luego Boone dijo:

—Déjame arreglarlo.

—Es demasiado tarde. La ley no hace excepciones. El otro también tiene que marcharse.

—¿Narcisse? No, le romperías el corazón. Se ha pasado media vida esperando venir aquí.

—La decisión está tomada.

—¿Por quién? ¿Por ti o por Baphomet?

Al oír aquel nombre, Lori sintió un escalofrío. La palabra no significaba nada para ella, pero estaba claro que sí significaba algo para los que estaban allí. Oyó susurros que se hacían eco de ella a su alrededor, frases reiteradas como palabras de culto.

—Quiero hablar con él —dijo Boone.

—Eso no es posible.

—¿De qué tienes miedo? ¿De perder tu poder sobre nuestra tribu? Quiero ver a Baphomet. Quiero intentarlo. Detenme, hazlo.

Cuando Boone hizo su desafío, Lori abrió los ojos. Había un techo abovedado sobre ella, donde tendría que haber estado el cielo. Estaba pintado de estrellas, aunque parecían fuegos de artificio en vez de cuerpos celestiales, girándulas de fuegos arrojando chispas mientras cruzaban el cielo.

Ella ladeó la cabeza ligeramente. Estaba en una cripta. Había ataúdes sellados a ambos lados de donde estaba ella, situados verticalmente contra la pared. A su izquierda, había una profusión de gruesas velas, cuya cera se derramaba y con llamas tan débiles como Lori. A su derecha, Babette estaba sentada en el suelo, con las piernas cruzadas, mirándola resueltamente. La niña iba vestida totalmente de negro. Sus ojos reflejaban la luz de las llamas, afirmando su parpadeo. No era guapa. Su rostro era demasiado solemne para la belleza. Incluso en la sonrisa que le dedicó a Lori al verla despertar, no se desvanecía la

tristeza de sus rasgos. Lori hizo lo que pudo para devolverle la mirada de bienvenida, pero no estaba segura de que sus músculos le obedecieran.

—Nos ha hecho una mala herida —dijo Babette.

Lori creyó que se refería a Boone. Pero la siguiente frase de la niña le hizo ver que no.

—Rachel la ha limpiado. Ahora ya no duele.

Levantó la mano derecha. Estaba vendada con tela oscura alrededor del pulgar y del índice.

—La tuya tampoco.

Haciendo acopio de voluntad, Lori levantó su propia mano derecha. Estaba vendada de modo idéntico.

—¿Dónde... está Rachel? —preguntó Lori con una voz apenas audible para ella misma. Pero Babette oyó claramente la pregunta.

—Por aquí cerca —dijo.

—¿Puedes pedirle que venga?

El ceño perpetuo de Babette se intensificó.

—¿Te vas a quedar para siempre? —le preguntó.

—No —fue la respuesta, pero no de Lori sino de Rachel, que había aparecido en la puerta—. No, no se quedará. Se irá muy pronto.

—¿Por qué? —dijo Babette.

—He oído a Lylesburg —murmuró Lori.

—*Mister* Lylesburg —dijo Rachel acercándose a donde yacía Lori—. Boone ha quebrantado su palabra yendo arriba a buscarte. Nos ha puesto en peligro a todos.

Lori conocía una pequeña fracción de la historia de Midian, pero era suficiente para saber que la máxima que había oído de labios de Lylesburg —«lo que está abajo permanece abajo»— no era una extraña frase casual. Era una ley que los habitantes de Midian habían jurado por su vida o algo similar so pena de perder su derecho a estar allí.

—¿Puede ayudarme? —preguntó. Se sentía vulnerable echada en el suelo.

No fue Rachel la que vino en su ayuda, sino Babette, que puso su pequeña mano vendada en el estómago de Lori. Su cuerpo respondió inmediatamente al tacto de la niña y todos los restos de agarrotamiento desaparecieron súbitamente. Recordó haber tenido una sensación igual o parecida en su anterior encuentro con la niña, aquella sensación de poder transferido que la había invadido cuando la bestia se disolvió en sus brazos.

—Se ha formado un lazo entre ella y usted —dijo Rachel.

—Eso parece. —Lori se sentó—. ¿Está ella herida?

—¿Por qué no me lo pregunta a mí? —dijo Babette—. Yo también estoy aquí.

—Lo siento —corrigió Lori—. ¿Tú también te has cortado?

—No. Pero siento tu herida.

—Ella es empática —dijo Rachel—. Siente lo que sienten los demás, especialmente si tiene alguna conexión emocional con ellos.

—Yo sabía que venías aquí —dijo Babette—. Lo vi a través de tus ojos. Y tú puedes ver a través de los míos.

—¿Es verdad? —preguntó Lori a Rachel.

—Créela —fue la respuesta.

Lori no estaba segura de poder ponerse de pie, pero decidió poner su cuerpo a prueba. Era más fácil de lo que pensaba. Se levantó rápidamente, con los miembros fuertes y la mente clara.

—¿Pueden llevarme con Boone? —inquirió.

—Si eso es lo que quieres.

—Él estaba aquí todo el tiempo, ¿verdad? —dijo.

—Sí.

—¿Quién le trajo?

—¿Traerle?

—A Midian.

Librodot

—Nadie.

—Estaba medio muerto —dijo Lori—. Alguien debió de sacarle del depósito.

—Todavía no lo has entendido, ¿verdad? —dijo Rachel sombríamente.

—¿Midian? No; en realidad, no.

—No me refiero a Midian. Quiero decir lo de Boone, por qué está aquí.

—Cree que es un Engendro de la Noche —dijo Lori.

—Lo *era,* hasta que rompió su palabra.

—Entonces nos iremos —replicó Lori—. Es lo que quiere Lylesburg, ¿verdad? Y yo tampoco creo que me gustara quedarme.

—¿Adonde iréis? —preguntó Rachel.

—No lo sé. Quizá volvamos a Calgary. Será difícil probar que Decker es el culpable. Luego podemos empezar en otra parte.

—Eso no será posible —dijo Rachel moviendo la cabeza.

—¿Por qué? ¿Tienen alguna demanda más importante que hacerle?

—Vino aquí porque es uno de nosotros.

—*Nosotros.* ¿Qué significa? —replicó Lori vivamente. Estaba cansada de evasión y alusiones veladas—. ¿Quiénes sois vosotros? Gente enferma que vive en la oscuridad. Boone no está enfermo. Es un hombre sano. Un hombre sano y fuerte.

—Te sugiero que le preguntes a él lo saludable que se siente —fue la respuesta de Rachel.

—Oh, claro que se lo preguntaré, cuando llegue el momento.

A Babette le había afectado aquel desdeñoso intercambio.

—No debes irte —le dijo a Lori.

—Tengo que irme.

—A la luz no —agarró a Lori fieramente de la manga—. Yo no podría ir allí contigo.

—Ella tiene que irse —dijo Rachel, intentando soltar a su niña—. Ella no es de los nuestros.

Babette la cogió rápidamente.

—Puedes serlo —dijo mirando a Lori—. Es muy fácil.

—Ella no quiere —dijo Rachel.

Babette volvió a mirar a Lori.

—¿Es verdad eso? —le preguntó.

—Díselo —dijo Rachel, claramente satisfecha de la incomodidad de Lori—. Dile que ella también forma parte de la gente enferma.

—Pero nosotros viviremos siempre —dijo Babette. Miró a su madre—. ¿A que sí?

—Algunos de nosotros.

—*Todos nosotros.* Si queremos vivimos eternamente. Y un día, cuando el sol se vaya...

—*¡Basta!* —dijo Rachel.

Pero Babette tenía más cosas que decir.

—... Cuando el sol se vaya y sólo haya noche, viviremos sobre la tierra. Será nuestra.

Ahora le tocaba a Rachel sentirse mal.

—No sabe lo que dice —musitó.

—Creo que lo sabe muy bien —dijo Lori.

La proximidad de Babette y la idea de que un lazo las unía la hizo estremecerse súbitamente. La escasa paz que su mente racional había logrado con Midian se resquebrajaba. Deseaba marcharse de allí más que nunca, alejarse de niños que hablaban del fin del mundo, de velas y ataúdes y de la vida en las tumbas.

—¿Dónde está Boone? —le preguntó a Rachel.

—Ha ido al santuario. A ver a Baphomet.

—¿Quién es o qué es Baphomet?

Rachel hizo un gesto ritual a la mención de Baphomet, tocándose la lengua y el corazón con el dedo índice. Para ella era tan familiar y lo había hecho tantas veces que Lori se preguntó si se habría dado cuenta de que lo hacía.

—Baphomet es el Bautista —dijo—. El que fundó Midian. El que nos llamó aquí.

El dedo volvió a tocar lengua y corazón.

—¿Puedes llevarme al santuario? —preguntó Lori.

La respuesta de Rachel fue clara y simple:

—No.

—Al menos dime cómo se llega allí.

—Yo te llevaré —dijo Babette voluntariamente.

—No, no lo harás —dijo Rachel, esta vez arrancando la mano de la niña de la manga de Lori tan de prisa que Babette no tuvo oportunidad de resistirse.

—He pagado mi deuda contigo —le dijo Rachel—, curándote la herida. Ya no tenemos nada que ver.

Cogió a Babette en brazos. Babette se volvió para mirar a Lori.

—Quiero que veas cosas bonitas para mí.

—Estate quieta —gritó Rachel.

—Lo que tú veas, *yo lo veré.*

Lori asintió.

—¿Sí? —preguntó Babette.

—Sí.

Antes de que la niña pudiera pronunciar otra palabra de pesadumbre, Rachel se la llevó de la habitación, dejando a Lori en compañía de los ataúdes.

Ella echó la cabeza hacia atrás y exhaló el aire lentamente.

Calma, pensó. Ten calma. Pronto terminará todo esto.

Las estrellas pintadas jugueteaban sobre su cabeza y parecían moverse cuando las miraba. ¿Era una licencia del capricho del artista?, se preguntó, ¿o así era cómo se les aparecía en el cielo a los Engendros, cuando salían de sus mausoleos por la noche a tomar el aire?

Era mejor no saberlo. Ya era bastante malo que aquellas criaturas tuvieran hijos y arte, que además pudieran tener una *visión* era un pensamiento demasiado peligroso como para entretenerse en él.

La primera vez que les había visto, a medio camino entre las escaleras y el mundo de bajo tierra, había temido por su vida. Todavía tenía miedo, en algún rincón oculto de sí misma. No de que se la arrebataran, sino de que la *cambiaran,* de que de algún modo, la contaminaran con sus ritos y visiones y ella no pudiera borrarlos de su mente.

Cuanto antes se alejara de allí, junto con Boone, antes llegaría a Calgary. Allí brillaba la luz en las calles, apagando a las estrellas.

Tranquilizada por aquella idea, fue en busca del Bautista.



Librodot

XIV. SANTUARIO

Aquél era el verdadero Midian. No la ciudad vacía sobre la colina, ni tampoco la necrópolis que había sobre ella, sino aquella red de túneles y cámaras que presumiblemente se extendían bajo todo el cementerio. Algunas de las tumbas estaban ocupadas sólo por muertos que descansaban en paz, sus ataúdes yacían en repisas vaciadas. ¿Eran aquéllos los primeros ocupantes del cementerio, que yacían allí antes de que los Engendros de la Noche tornasen posesión del lugar? ¿O eran Engendros los que habían muerto de su media vida, tal vez sorprendidos por el sol, o que se habían marchitado por la melancolía? En cualquier caso, eran minoría. Muchas de sus cámaras eran ocupadas por espíritus más vitales, y sus cuartos iluminados por velas o lamparillas y en algún caso, por el propio ocupante: un ser que ardía con su propia luz.

Una sola vez vio algo así, indolente sobre un colchón en el rincón de su *boudoir.* Estaba desnudo, era corpulento y sin sexo definido, y su cuerpo solemne tenía una piel aceitosa y oscuramente moteada, con erupciones larvadas que parecían fosforescentes empapando su sencillo lecho. Parecía que todas las demás puertas conducían a lugares igualmente misteriosos, con un significado tan complejo como los cuadros que lo inspiraban. ¿Era el mero disgusto lo que le agitaba su estómago al ver al estigmatizado derramándose, con adherencias afiladas como dientes chupándole ruidosamente las heridas? ¿O era la excitación de ver la representación de la leyenda del vampiro en carne y hueso? ¿Y qué sensación le produjo ver a aquel hombre cuyo cuerpo se rompió en pájaros cuando vio que ella le miraba? ¿Y el pintor con cabeza de perro que se volvió, apartando la mirada de su fresco, y le hizo señas para que se uniera a su aprendiz mezclando pinturas? ¿O las bestias-máquinas que recorrían las paredes sobre piernas calibradoras? Después de recorrer doce pasillos, ya no podía separar el horror de la fascinación. Quizá nunca los hubiera distinguido.

Podía haber pasado días perdidos contemplando aquellas «vistas», pero el azar o el instinto la llevaron cerca de Boone, de modo que se interrumpió su vagar. Fue la sombra de Lylesburg la que apareció ante ella, como si hubiera atravesado un sólido muro.

—No puede seguir más adelante.

—Estoy intentando encontrar a Boone —le dijo ella.

—No la culpo por eso —dijo Lylesburg—. Es perfectamente comprensible. Pero usted también debe comprender que Boone nos ha puesto en peligro a todos...

—Entonces déjeme hablarle. Nos iremos de aquí.

—Eso habría sido posible no hace mucho —dijo Lylesburg, y su voz emergía de su abrigo de sombras tan mesurada y autoritaria como siempre.

—¿Y ahora?

—No está en mis manos. Ni en las suyas. Hay que apelar a otra fuerza totalmente distinta.

Mientras él hablaba se oía ruido más allá, en las catacumbas, un estrépito que Lori ya había oído antes. Por un momento, estuvo segura de que se trataba de un terremoto. El sonido parecía provenir de la tierra que les rodeaba. Pero cuando empezó la segunda ola, percibió algo animal en él, quizás un gemido de dolor o de éxtasis... Seguramente aquello era Baphomet. *El que fundó Midian,* había dicho Rachel. ¿Qué otra voz hubiera podido sacudir la propia estructura de aquel lugar?

Lylesburg confirmó su idea.

—Es el ser con quien Boone ha oído hablar —dijo—. O al menos, eso pensaba él.

—Déjeme ir con él.

—Ya le ha devorado —dijo Lylesburg—. Le ha sumido en su llama.

—Quiero verlo por mí misma —pidió Lori.

Sin querer esperar ni un momento más, ella se abrió paso empujando a Lylesburg, esperando que opondría resistencia. Pero sus manos atravesaron la oscuridad que le rodeaba y tocaron la pared que había tras él. No tenía sustancia. No podía impedirle que fuera a donde quisiera.

—Eso la matará a usted también —le oyó advertir mientras corría en pos del sonido. Aunque el sonido la rodeaba, sentía de dónde venía. A cada paso que daba lo oía más alto y más complejo y sus ondas la alcanzaban en distintas partes de su cuerpo: cabeza, corazón, ingle...

Una rápida mirada hacia atrás le confirmó lo que ya sospechaba. Lylesburg no tenía ninguna intención de seguirla. Dobló una esquina, luego otra, y las corrientes de la voz seguían multiplicándose hasta que se encontró andando como en un fuerte viento, con la cabeza baja y los hombros encorvados. A lo largo de aquel corredor no había cámaras y por tanto, tampoco luces. Había un resplandor frente a ella, frío e intermitente, pero lo bastante brillante como para iluminar el suelo que ella pisaba, que era de tierra desnuda, y la escarcha plateada de las paredes.

—¡Boone! —exclamó—. ¿Estás ahí? ¡Boone!

Después de lo que Lylesburg le había dicho, ya no esperaba obtener una respuesta, pero sí la tuvo. La voz de él vino a su encuentro desde el corazón de la luz y el sonido que tenia frente a sí. Pero lo único que oyó entre aquel estruendo fue:

—¡No!

—¿No *qué?*—preguntó ella.

—¿No avances más? ¿No me dejes aquí?

Ella avanzó más despacio y volvió a llamar, pero el ruido que hacía el Bautista ahogaba virtualmente el sonido de su voz y de cualquier posible respuesta. Habiendo llegado ya tan lejos ella tenía que seguir, ignorando si aquella respuesta había sido una advertencia o no.

Más adelante, el pasillo se convirtió en una pendiente escarpada. Ella se detuvo en la cima y escudriñó la oscuridad. Aquél era el agujero de Baphomet, sin ninguna duda. El estruendo que hacía erosionaba los muros de la pendiente y le llenaba la cara de polvo. Las lágrimas empezaron a afluir a sus ojos para lavarlos de aquella arena, pero ésta seguía inundándolos. Ensordecida por la voz y cegada por el polvo, se tambaleó en la cima de la pendiente, sin poder avanzar ni retroceder.

Súbitamente, el Bautista se quedó silencioso y las oleadas de sonido bajaron de pronto para acallarse definitivamente.

La calma que sobrevino era aún más alarmante que el estruendo que la había precedido. ¿Se había callado porque sabía que había un intruso en su centro? Ella contuvo el aliento, temerosa de hacer ruido.

La cumbre de la pendiente era un lugar sagrado, ella no tenía la más mínima duda. Años atrás, cuando visitara las grandes catedrales de Europa con su madre, mirando los ventanales y los altares, no había sentido aquel reconocimiento que ahora sentía. Nunca, en toda su vida despierta o en sueños, había sentido en su interior impulsos tan contradictorios. Deseaba apasionadamente irse de aquel lugar, ponerse a salvo y olvidarlo, y al mismo tiempo *le atraía.* No era la presencia de Boone lo que la llamaba, sino lo sagrado, lo profano, los dos en uno, y no podía resistirse.

Sus lágrimas acabaron de aclarar el polvo de sus ojos. Ya no tenía más excusa que la cobardía para quedarse allí. Empezó a descender por la pendiente. Era un descenso que no llegaría a los treinta metros, pero cuando había recorrido la mitad del camino vio aparecer ante sus ojos a una figura familiar al fondo.

La última vez que había visto a Boone había sido arriba, cuando él apareció para enfrentarse con Decker. En aquellos segundos antes de desvanecerse, le había visto como nunca, como un hombre que había olvidado y vencido totalmente el dolor. Ahora no era así.

Apenas podía mantenerse en pie.

Ella susurró su nombre y la palabra fue cobrando peso al dirigirse a él.

Él la oyó y levantó la cabeza hacia ella. Ni siquiera en los peores tiempos, cuando ella le convencía y ayudaba a controlar sus terrores, nunca había visto tanto pesar en su rostro como ahora. Las lágrimas fluían a borbotones y sus rasgos estaban tan contraídos de pena que parecían los de un bebé.

Ella reanudó su descenso y cada ruido que hacían sus pies, cada leve respiración suya, eran multiplicadas por la acústica de la pendiente.

Viéndola acercarse, él intentó ahuyentarla, pero al hacerlo perdió sus medios de apoyo y cayó pesadamente. Ella apretó el paso, sin importarle el ruido que hacía. Sabía que fuera cual fuese el poder que ocupaba el hoyo del fondo, era consciente de la presencia de ella. Conocía su historia. De alguna forma, ella esperaba que así fuese. No temía su juicio. Ella tenía una razón de amor para su incursión, había venido sola e inerme. Si Baphomet era además el arquitecto de Midian, entonces comprendería la vulnerabilidad y no querría actuar contra ella. Ya estaba a menos de cinco metros de Boone. Él intentaba rodar sobre su espalda.

—¡Espera! —le dijo ella, angustiada de ver su desesperación.

Pero él no miró hacia ella. Era Baphomet quien miró por sus ojos cuando él se volvió hacia ella, ya vuelto sobre la espalda. Su mirada fue con él a una habitación con paredes de tierra helada y un suelo igual, con una hendidura que iba de una esquina a otra y en medio, una fisura abierta en la que se elevaba una columna de fuego de una altura cuatro o cinco veces superior a la de un hombre. Despedía un frío punzante en vez de calor y en su corazón no se veía la reconfortante oscilación del fuego. Sus entrañas se reabsorbían, dando vueltas constantes a una carga de material que al principio no pudo reconocer, pero que finalmente distinguió.

Había un *cuerpo* en el fuego, con los miembros cortados pero lo suficientemente humano como para que ella simplemente /reconociera carne pero nada más. Probablemente, Baphomet le había inflingido aquel tormento a un trasgresor.

Boone pronunció el nombre del Bautista y ella se dispuso a obtener una visión de su rostro. Lo vio, pero en el interior de la llama, y la criatura que allí había estaba viva y no muerta. El creador de Midian hacía rodar su cabeza en el torbellino de llamas y miraba en dirección a ella.

Aquél era *Baphomet.* Aquella cosa cortada y dividida. Al ver su rostro, ella gritó. Ninguna película, ninguna desolación, ninguna dicha la había preparado para ver al hacedor de Midian. Debía de ser sagrado, como cualquier cosa extrema debe serlo. Una cosa más allá de las cosas. Más allá del amor o el odio y de la suma de ambos. Y finalmente, más allá de la capacidad de su mente para comprender o catalogar. En el instante en que apartó la vista de aquello, había borrado toda fracción de la visión de su memoria consciente y lo encerró allí donde ningún tormento o súplica podría hacerle volver a mirar nunca más.

Ella había ignorado su propia fuerza hasta que el frenesí de alejarse de aquella presencia la llevó a levantar a Boone y arrastrarle pendiente arriba. Él no podía hacer nada para ayudarla. El tiempo que había pasado con el Bautista había acabado con toda la fuerza de sus músculos. A Lori le pareció que pasaban siglos tambaleándose hacia la cima de la pendiente mientras la luz de la llama helada arrojaba sus sombras ante ellos como profecías.

El corredor de arriba estaba desierto. Ella había esperado que Lylesburg estaría esperándoles junto con cohortes de personajes más sólidos, pero el silencio de la cámara de abajo se había extendido a todo el túnel. Cuando ella hubo arrastrado a Boone unos pocos metros desde la cima de la pendiente, hizo un alto. Le quemaban los pulmones del esfuerzo de cargar con él. Él estaba emergiendo de la confusión de pesar y terror en que ella le había hallado.

—¿Conoces un camino para salir de aquí? —le preguntó ella.

—Creo que sí —dijo él.

—Tendrás que ayudarme un poco. No puedo soportar tu peso mucho tiempo más.

Él asintió y luego miró hacia atrás, hacia la entrada del hoyo de Baphomet.

—¿Qué has visto? —le preguntó.

—Nada.

—Bien.

Él se cubrió el rostro con las manos. Le faltaba uno de sus dedos y la herida era reciente, ella pudo observarlo. Pero él parecía indiferente a ello, así que ella no le hizo preguntas, sino que se concentró en animarle a moverse. Él era reacio, casi sombrío como resultado de su intensa emoción, pero ella le acosaba hasta que llegaron a una empinada escalera que les llevó a través de uno de los mausoleos hacia la noche.

El aire olía a *lejanía* después del confinamiento bajo tierra, pero en vez de pararse a disfrutarlo, ella insistió en que salieran del cementerio, abriéndose camino entre las tumbas hacia la puerta. Allí, Boone se detuvo.

—El coche está ahí fuera —dijo ella.

Él estaba temblando, pese a que la noche era cálida.

—No puedo ... —dijo.

—¿No puedes qué?

—Yo soy de aquí.

—No es verdad —dijo ella—. Tú me perteneces. Nos pertenecemos.

Ella se acercó a él, pero él estaba vuelto hacia las sombras. Ella le cogió el rostro con sus manos y le obligó a mirarla.

—Nos pertenecemos, Boone. Por eso estás vivo. ¿No lo ves? Después de todo lo que ha pasado. Después de todo lo que hemos pasado. Hemos sobrevivido.

—No es tan fácil.

—Ya lo sé. Hemos vivido tiempos terribles. Comprendo que las cosas no pueden ser como antes. Tampoco querría que lo fuesen.

—Tú no sabes... —empezó él.

—Entonces tú me lo explicarás —dijo ella—. Cuando sea el momento. Tienes que olvidar Midian, Boone. Ellos casi te han olvidado ya.

Los estremecimientos no eran de frío, sino que precedían a las lágrimas. Boone echó a llorar.

—No puedo irme —dijo—. No puedo.

—No tenemos otra elección —le recordó—. Sólo nos tenemos el uno al otro.

El dolor de su herida le encorvaba.

—Levántate, Boone —le dijo ella—. Rodéame con tus brazos. Los Engendros no te quieren, no te necesitan. Yo sí. Boone, por favor.

Lentamente, logró erguirse y abrazarla.

—Más fuerte —dijo ella—. Cógeme fuerte, Boone.

Él la estrechó más fuerte. Cuando ella le puso las manos en la cara para abrazarle a su vez, su mirada no volvió a la necrópolis. La miraba a ella.

—Vamos a volver al motel a recoger mis cosas, ¿eh? Tenemos que hacerlo. Hay cartas, fotografías, montones de cosas que no queremos que encuentren.

—¿Y luego? —dijo él.

—Luego encontraremos un lugar a donde ir, donde nadie nos busque y buscar un modo de probar tu inocencia.

—No me gusta la luz —dijo él.

—Entonces nos mantendremos alejados de ella —contestó—. Hasta que pierdas la perspectiva de este maldito lugar.

No pudo encontrar en su rostro ningún eco del optimismo que intentaba transmitirle. Sus ojos brillaban, pero era sólo por las lágrimas. El resto de él estaba *frío,* todavía llevaba consigo una parte de la oscuridad de Midian. Esto no le sorprendía. Después de todo lo que aquella noche (y los días que la habían precedido) había traído, ella se sorprendía de encontrar en sí misma tanta capacidad para la esperanza. Pero allí estaba, fuerte como un latido del

Librodot

corazón, y ella no permitiría que los miedos inspirados por los Engendros la rompieran.

—Te quiero, Boone —le dijo, sin esperar respuesta.

Quizá con el tiempo, él hablaría. Si no con palabras de amor, al menos de explicación. Y si no lo hacía o *no podía,* tampoco sería tan terrible. Ella tenía algo mejor que las explicaciones. Tenía el hecho de su presencia en carne y hueso. Su cuerpo era sólido entre sus brazos. Por mucho que Midian volviese a su memoria, Lylesburg había sido muy explícito: nunca le permitirían volver allí. En lugar de eso, él estaría junto a ella en la noche y su simple presencia le sería más preciada que cualquier despliegue de pasión.

Y con el tiempo, ella le aliviaría de los tormentos de Midian igual que le había aliviado de los que se autoinflingía con su locura.



Ella no se había equivocado en esto, pese a las sombrías observaciones de Decker. Boone no le había ocultado ninguna vida secreta, era inocente. Como ella. Inocentes ambos, habían sobrevivido a aquella precaria noche hasta la salvaguardia del día.

Librodot

Cuarta parte

SANTOS Y PECADORES

¿Quieres mi consejo? Besa al Diablo, devora a la lombriz.
JAN DE MOOY, *Another matter; or, Man remade*

.

Librodot



Librodot

XV. EL TRIBUTO

1

El sol salió como un desnudista, guardando su gloria oculta por una nube como si no fuera a mostrarse nunca, y luego fue asomando sus rayos uno a uno. A medida que la luz aumentaba, aumentaba la desazón de Boone. Revolviendo en la guantera, Lori encontró unas gafas de sol con las que Boone se resguardó sus sensibilizados ojos. Aun así, tuvo que bajar la cabeza desviando el rostro del resplandeciente Este.

Apenas hablaron. Lori estaba demasiado preocupada intentando concentrar su agitada mente en la tarea de conducir, y Boone no intentó romper el silencio. Pensaba en muchas cosas, pero ninguna que pudiera expresar a la mujer que había a su lado. En el pasado, Lori había sido de gran ayuda para él, lo sabía, ahora, contactar con aquellos sentimientos no estaba a su alcance. Se sentía muy lejos de su vida con ella y de la vida en general. A través de sus años de enfermedad, se había fijado siempre a las consecuencias que veía en la vida: cómo una acción daba lugar a otra, y en los sentimientos que le producía. Había pasado por ello, casi a pasos tambaleantes, viendo cómo el camino que quedaba tras él se convertía en el camino hacia delante. Ahora no podía avanzar ni retroceder, excepto nebulosamente.

Lo más claro en su mente era Baphomet, el Dividido. Uno de los ocupantes de Midian era el más poderoso y el más vulnerable, al margen de antiguas enemistades pero protegido, sufriendo y sufriendo en la llama que Lylesburg había llamado el Fuego Mortificador. Boone había ido al hoyo de Baphomet esperando defender su caso, pero era el Bautista el que había hablado, oráculos de una severa cabeza. No podía recordar sus palabras, pero sabía que sus nuevas habían sido sombrías.

Entre sus recuerdos, el más intenso era el de Decker. Podía unir múltiples fragmentos de su historia juntos, y aunque sabía que debía enfurecerle, no podía ya odiar al hombre que le había conducido a las profundidades de Midian, como tampoco amar a la mujer que le había sacado de ellas. Eran parte de alguna otra vida, no de la *suya.*

No sabía hasta qué punto conocía Lori su condición, pero sospechaba que ignoraba la mayor parte. Fuera lo que fuese lo que ella sospechaba, parecía contenta de aceptarle como era, y en un modo simple, animal, él necesitaba su presencia demasiado como para arriesgarse a contarle la verdad, suponiendo que hubiera encontrado palabras para hacerlo. Él era como era. Hombre. Monstruo. Muerto. Vivo. En Midian había visto todos aquellos estados en una sola criatura, probablemente todos se cumplían en él. La única gente que podía haberla ayudado a comprender que aquellas contradicciones podían coexistir en él se habían quedado atrás, en la necrópolis. Apenas habían iniciado el largo, larguísimo proceso de educarle en la historia de Midian cuando él les había desafiado. Ahora estaba desterrado de su presencia para siempre y nunca llegaría a saber.

Había una paradoja. Lylesburg le había avisado con suficiente claridad cuando estaban juntos en los túneles y escuchaban los gritos de socorro de Lori. Le había dicho inequívocamente que si salía al aire libre rompería su acuerdo con los Engendros.

—*Recuerda lo que eres ahora* —le había dicho—. *No puedes salvarla y seguir refugiándote aquí. Tienes que dejar que muera.*

Pero él no podía. Aunque Lori pertenecía a otra vida, una vida que él había perdido para

siempre, no podía dejarla en manos del loco. Lo que aquello significaba, si significaba algo, estaba más allá de su capacidad de comprensión, incluso ahora. Aparte de aquellos pensamientos, estaba marcado, y en aquel momento estaba viviendo, y al momento siguiente y al otro, moviéndose segundo tras segundo a través de su vida como el coche se movía por la carretera, ignorando el lugar donde había estado y a ciegas, sin saber a dónde se dirigía.

Librodot

2

Cuando estaban a punto de llegar a Sweetgrass Inn, a Lori se le ocurrió que si habían encontrado el cuerpo de Sheryl en el Hudson Bay Sunset, era posible que la Policía estuviese allí.

Paró el coche.

—¿Qué pasa? —preguntó Boone.

Ella se lo dijo.

—Quizá sería más seguro que fuera yo sola —dijo—. Será más seguro que vaya a buscar mis cosas y luego vuelva a por ti.

—No —dijo él—. No sería buena idea.

Ella no podía ver sus ojos a través de sus gafas de sol, pero había temor en su voz.

—Iré muy de prisa —dijo.

—No.

—¿Por qué?

—Es mejor que estemos juntos —replicó él. Se cubrió el rostro con las manos como había hecho en la entrada de Midian—. No me dejes solo —dijo, y su voz se sosegó—. No sé dónde estoy, Lori. Ni siquiera sé *quién* soy. Quédate conmigo.

Ella se inclinó hacia él y le besó el dorso de la mano. Él le besó la mejilla y luego la boca. Se dirigieron juntos al motel.

De hecho, sus temores resultaron infundados. Si el cuerpo de Sheryl había sido localizado durante la noche, lo que era improbable dada su situación, no se había establecido ninguna relación con el motel. No sólo no había Policía para cortarles el paso, sino que apenas había señales de vida. Sólo un perro ladrando en una de las habitaciones de arriba y un bebé llorando en alguna parte. Incluso el vestíbulo estaba desierto, y el recepcionista demasiado ocupado con el espectáculo de la mañana como para quedarse en su puesto. El sonido de risas y música les acompañó a través del vestíbulo y las escaleras hasta el primer piso. A pesar de lo fácil que había sido, a Lori le temblaban las manos cuando llegaron a la habitación y apenas podía meter la llave en la cerradura. Se volvió para que Boone la ayudase, pero descubrió que él se había quedado rezagado allí cerca, en el rellano de la escalera, mirando a ambos lados del corredor. Ella maldijo de nuevo las gafas de sol, que le impedían ver sus sentimientos con mayor claridad. Luego, él se puso contra la pared, buscando con los dedos aunque no había nada que coger.

—¿Qué pasa, Boone?

—Aquí no hay nadie —dijo él.

—Bueno, eso es mejor para nosotros, ¿no?

—Pero huele a...

—¿A qué huele?

Él movió la cabeza.

—*Dímelo.*

—Huele a *sangre.*

—¡Boone!

—Huelo mucha *sangre.*

—¿Dónde? ¿De dónde?

Él no contestó ni la miró, pero miró hacia el fondo del corredor.

—Iré muy de prisa —le dijo ella—. Quédate donde estás y en seguida vuelvo.

Agachándose, ella introdujo torpemente la llave en la cerradura, luego se incorporó y abrió la puerta. No olía a sangre en la habitación, sino al perfume rancio de la otra noche. Aquello le recordó instantáneamente a Sheryl y a los buenos ratos que habían pasado juntas, incluso en medio de todo lo malo. Menos de veinticuatro horas antes, se había estado riendo en aquella misma habitación y hablando de su asesino como del hombre de sus sueños.

Pensando en esto, Lori miró hacia atrás buscando a Boone. Todavía estaba apoyado contra la pared, como si fuera la única forma de estar seguro de que el mundo no se volcara. Lo dejó y volvió a la habitación a por su equipaje. Primero al baño para recoger el neceser y luego otra vez a la habitación, para recoger su desparramada ropa. Sólo cuando puso su maleta en la cama para guardarlo todo, vio la grieta en la pared. Era como si alguien hubiera dado un golpe desde el otro lado, con muchísima fuerza. El yeso había caído a trozos y llenaba el suelo entre las dos camas. Miró el agujero durante un momento. ¿Había sido tan tumultuoso como para que empezaran a tirar los muebles contra las paredes?

Curiosa, se acercó a la pared. Era algo más que yeso lo que se había quebrado. El impacto del otro lado había hecho un agujero en el tabique, quitó un trozo de yeso y miró por el orificio.

Las cortinas de la habitación contigua aún estaban echadas, pero el sol era lo bastante fuerte como para atravesarlas, tiñendo el aire de un resplandor ocre. La fiesta de anoche debía de haber sido aún más alocada que la de la anterior, pensó. Manchas de vino en las paredes y los festejantes aún dormidos en el suelo.

Pero el olor no era de vino.

Se apartó de la pared con el estómago revuelto.

La fruta no desprendía aquel jugo...

Otro paso.

La sangre, sí. Y si era sangre lo que olía y sangre lo que veía, entonces los durmientes no estaban durmiendo porque, ¿quién yace en un matadero? Sólo los muertos.

Fue rápidamente hacia la puerta. En el corredor, Boone ya no estaba de pie, sino agazapado contra la pared, abrazándose las rodillas. Cuando se volvió a mirarla, vio que su cara estaba llena de tics nerviosos.

—Levántate —le dijo.

—Huelo a sangre —dijo él suavemente.

—Tienes razón. Levántate. De prisa. Ayúdame.

Pero él estaba rígido, pegado al suelo. Conocía su postura de los viejos tiempos: agachado en un rincón, temblando como un perro apaleado. En el pasado, ella tenía palabras reconfortantes que ofrecer, pero ahora no había tiempo para aquel alivio. Quizás alguien hubiera sobrevivido al baño de sangre de la habitación contigua. Si era así, ella tenía que ayudar, con o sin Boone. Giró el picaporte de la habitación de la carnicería y la abrió.

Cuando le llegó el olor a muerte, Boone empezó a gemir.

—... *sangre* —le oyó decir.

Sangre por todas partes. Se quedó de pie durante un minuto, mirando, hasta que se forzó a atravesar el umbral para buscar *algún* signo de vida. Pero incluso sus miradas más penetrantes a cada uno de los cuerpos confirmaron que la misma pesadilla les había atacado a los seis. Ella conocía su nombre también. Tres de los seis habían sido pillados *in fraganti.* Dos hombres y una mujer, semidesnudos y caídos en la cama unos sobre otros, en una maraña fatal. Los demás habían muerto inhalando fármacos alrededor de la habitación, sin llegar a despertarse de su letargo. Tapándose la boca para mantener el olor fuera y los sollozos dentro, se retiró de la habitación, con aquel sabor en el estómago y en la garganta. Cuando salió al corredor, su visión periférica alcanzó a Boone. Ya no estaba sentado, sino moviéndose hacia ella por el pasillo.

—Tenemos..., tenemos que... irnos —dijo ella.

No dio señales de haber oído su voz, pero pasó de largo hacia la puerta abierta.

—Decker... —dijo ella—. Ha sido Decker.

Librodot

Él tampoco respondió.

—Háblame, Boone.

Él murmuró algo.

—Quizás esté aquí todavía —dijo ella—. Tenemos que darnos prisa.

Pero él estaba entrando a ver la carnicería más de cerca. Ella no quería volver a verlo. Volvió a la habitación contigua para acabar su apresurado equipaje. Mientras lo hacía, oyó a Boone moverse por la otra habitación, con un jadeo casi doloroso. Asustada de dejarle más tiempo solo, acabó de recoger las cosas más significativas —sobre todo fotografías y una agenda entre ellos—, y una vez terminó, salió al corredor.

El aullido de las sirenas de la Policía le llegó a los oídos y se llenó de pánico. Aunque los coches sonaban aún lejos, no cabía duda de cuál era su destino. Cada vez más alto, estaban acercándose al Sweetgrass, el lugar más caliente de culpa.

Ella llamó a Boone.

—¡Ya he acabado! —gritó—. ¡Vámonos!

No hubo respuesta de la otra habitación.

—¡Boone!

Ella fue a la puerta intentando apartar los ojos de los cadáveres. Boone estaba en la parte más alejada de la puerta y su silueta se recortaba contra las cortinas. Su aliento ya no era audible.

—¿Me oyes? —dijo ella.

Él no movió ni un músculo. No pudo distinguir ninguna expresión en su rostro, pues estaba demasiado oscuro. Pero si vio que se había quitado las gafas de sol.

—No tenemos mucho tiempo —le dijo—. ¿Quieres venir?

Mientras ella hablaba, él exhalaba. No era una respiración normal, ella lo supo incluso antes de que el humo empezara a salir de su garganta. Mientras el humo subía, él levantó las manos hacia la boca como si quisiera detenerlo, pero al llegar a la altura de la barbilla, las manos se detuvieron y empezaron a agitarse convulsivamente.

—*Vete* —le dijo, con el mismo aliento del que salía el humo.

Ella no pudo moverse ni apartar sus ojos de él. La oscuridad no era tan densa como para impedirle ver el cambio que se iniciaba, su rostro reorganizándose tras el velo, la luz quemando sus brazos y trepando a su cuello en oleadas que llegaban a los huesos de su cabeza.

—*No quiero que lo veas* —le pidió, con una voz que se iba distorsionando.

Era demasiado tarde. En Midian, había visto al hombre que tenía fuego en la piel, y al pintor con cabeza de perro y además, Boone tenía todas las heridas en su sistema mientras disolvía su humanidad ante los ojos de ella. Él estaba hecho del mismo material de las pesadillas. No era extraño que aullase, con la cabeza echada hacia atrás mientras su propio rostro se perdía.

Pero el sonido fue casi ahogado por las sirenas. Ya no tardarían más de un minuto en llegar a la puerta. Si salía ahora tal vez aún tuviera tiempo de escapar de ellos.

Frente a ella, Boone ya estaba totalmente hecho, o deshecho. Bajó la cabeza y ráfagas de humo se evaporaron en torno a él. Entonces empezó a moverse y sus nuevos tendones le llevaban con ligereza, como si fuera un atleta.

Todavía entonces, ella esperaba que él entendiera el peligro que corría y se acercarse a la puerta para salvarse. Pero no. Se movió hacia los muertos, hacia donde yacía el *ménage á trois* y antes de que a ella se le ocurriera mirar a otro lado, una de sus garras cogía a un cuerpo del montón y se lo llevaba a la boca.

—¡No, Boone! —gritó ella—. *¡No!*

Su voz le llegó, o al menos a una parte de lo que había sido Boone, perdida en el caos de aquel monstruo. Soltó la carne y la miró. Todavía tenía los ojos azules y estaban llenos de lágrimas.

Ella le miró.

—No lo hagas —le pidió.

Por un instante, pareció como si sopesara amor y apetito. Luego la olvidó y llevó la carne humana a sus labios. Ella no quería ver sus mandíbulas cerrarse, pero el ruido la alcanzó y lo único que podía hacer era seguir consciente, oyéndole llorar y masticar.

Desde abajo llegaba el sonido de los frenos chirriando y las puertas cerrándose. En pocos momentos habrían rodeado el edificio y bloqueado todas las salidas, momentos después subirían por las escaleras. Ella no tenía otra opción que dejar a la bestia entregada a sus apetitos. Boone estaba perdido para ella.

Decidió no marcharse por donde había venido y tomar la escalera posterior. La decisión fue acertada, pues cuando doblaba la esquina hacia el pasillo de arriba, oyó a la Policía en el otro extremo, golpeando las puertas. Inmediatamente después oyó un ruido arriba forzando alguna puerta y exclamaciones de disgusto. No podía ser que hubieran encontrado a Boone, él no tenía la puerta cerrada. Estaba claro que habían descubierto *otra cosa* en el pasillo de arriba. No necesitaba escuchar las noticias de la mañana para saberlo. Su instinto le decía alto y fuerte cómo había pasado la noche Decker. Había un perro ladrando en alguna parte, y había olvidado a un bebé en su arrebato, pero el resto habían caído. Había venido directamente después de su fracaso en Midian y matado a todo bicho viviente de aquel lugar.

Arriba y abajo, los agentes de investigación descubrían el mismo hecho, y el shock les volvía ineficaces. Ella no tuvo ninguna dificultad en deslizarse fuera del edificio hasta los matorrales que había en la parte posterior. Sólo cuando llegaba a la protección de los árboles, uno de los agentes apareció por una esquina del edificio, pero tenía otras cosas que hacer en vez de buscar por allí. Una vez fuera de la vista de sus colegas, vomitó el desayuno en las basuras, luego se limpió escrupulosamente la boca con su pañuelo y volvió al trabajo que tenía entre manos.

Seguro que no empezarían a buscar fuera hasta que no hubieran terminado dentro, pensó ella. ¿Qué harían con Boone cuando le encontraran? Lo más probable era que le disparasen. Ella no podía imaginar cómo evitarlo. Pero pasaron los minutos, y aunque se oían exclamaciones desde dentro, no hubo ningún ruido de disparos. Tenían que haberle encontrado ya. Quizá desde la parte delantera del edificio vería mejor lo que había ocurrido.

El motel estaba rodeado de setos y árboles por tres lados. No le era difícil abrirse camino a través de los arbustos hacia el lado, pero su movimiento se detuvo por una afluencia de agentes armados de rifles que tomaban posiciones en la salida trasera. Dos coches patrulla más aparecieron en escena. El primero contenía más tropas armadas, el segundo una selección de agentes especializados. Dos ambulancias tipo camioneta iban detrás.

Necesitarán más, pensó ella sombríamente. *Muchos más.*

Aunque la congregación de tantos coches *y* hombres armados había atraído a un público de paseantes, la escena frontal era discreta, casi indiferente. Había tantos hombres de pie, mirando al edificio como entrando y explorándolo. Ahora se daba cuenta de lo que había. El edificio era un ataúd de dos pisos. Probablemente habían asesinado a más gente allí, en una sola noche, que en todas las muertes violentas que habían tenido lugar en toda la historia de Shere Neck. En aquella radiante mañana, cualquiera que estuviese allí era parte de aquella historia. El conocimiento les serenaba.

Su atención se desvió de los testigos a un grupo de gente que había de pie en torno al coche guía. El círculo se abrió súbitamente y le permitió ver de modo fugaz al hombre que había en el centro. Decker presidía. ¿Qué estaba reclamando? ¿Una posibilidad de convencer a su paciente de que saliera a la luz? Si éste era su juego, era contestado por el único miembro del círculo que llevaba uniforme, probablemente el jefe de Policía de Shere Neck, que denegaba aquella petición con un gesto de la mano y al fin desestimó totalmente la idea. Desde la distancia en que se hallaba, Lori no podía entender la respuesta de Decker, pero parecía controlarse perfectamente, inclinándose a hablarle al oído a uno de los otros, quien asentía sensatamente a la susurrante observación.

La noche pasada, Lori había visto a Decker, el loco desenmascarado. Ahora quería

desenmascararle otra vez. Romper su fachada de civilización. ¿Pero cómo? Si salía de su escondite y le desafiaba, intentaba empezar a explicar todo lo que había sentido y experimentado en las últimas veinticuatro horas, le habrían tomado medidas para una camisa de fuerza antes de que hubiera respirado por segunda vez.

Él era el mejor vestido, con su traje bien cortado, con su doctorado y sus amigos influyentes, *él era el hombre,* la voz de la razón y el análisis, mientras que ella ¡era una simple mujer! ¿Qué credenciales tenía? ¿Amante de un lunático que se volvía animal? El rostro de medianoche de Decker estaba a buen recaudo.

Hubo una repentina erupción de exclamaciones en el interior del edificio. A una orden del jefe, las tropas de fuera apuntaron sus armas hacia la puerta frontal, el resto se retiró a unos metros de distancia. Dos agentes, apuntando las pistolas hacia dentro, salieron por la puerta. Un poco después, Boone, con las manos esposadas ante él, fue empujado hacia la luz. Casi le cegó. Intentó protegerse de su brillo y volver a la sombra, pero dos hombres armados le seguían y le empujaron hacia delante.

No había nada en él que recordase a la criatura en la que Lori le había visto convertirse, pero sí quedaban restos de su hambre. La sangre le empapaba la camiseta en el pecho y le impregnaba el rostro y los brazos.

Hubo un aplauso del público, uniformado y sin uniforme, a la vista del asesinato encadenado. Decker se unió a ellos, asintiendo y sonriendo, mientras se llevaban a Boone, que ocultaba la cabeza del sol, y le hicieron sentarse en la parte de atrás de uno de los coches.

Lori vigilaba la escena con un montón de sentimientos intentando captar la atención de su mente. Aliviada de que no hubieran tiroteado a Boone allí mismo, horrorizada por lo que ahora sabía de Boone, furiosa por la actuación de Decker y disgustada por todos aquellos a quienes éste había engañado.

Muchas máscaras. ¿Era ella la única que no tenía vida secreta, ningún otro yo en el núcleo de su mente? Si no, entonces quizá no hubiera lugar para ella en aquel juego de apariencias. Quizá Boone y Decker eran ahí los verdaderos amantes, intercambiando golpes y caras, pero *necesitándose* el uno al otro.

Y ella había abrazado a aquel hombre, pidiéndole que la abrazase, había puesto los labios en su rostro. Nunca más podría volver a hacerlo, sabiendo lo que había tras sus labios, tras sus ojos. Nunca podría *besar a la bestia.*

¿Entonces por qué aquel pensamiento hacía que su corazón latiese como un martillo?

Librodot

XVI. AHORA O NUNCA

1

—¿Qué me dice? ¿Que hay más gente implicada? ¿Una especie de secta?

Decker contuvo el aliento antes de expresar por segunda vez su advertencia sobre Midian a aquel hombre. Sus tropas le llamaban de todo a sus espaldas y nunca por su nombre. Cinco minutos en su presencia le bastaron a Decker para saber la razón; cinco más y Decker ya estaba planeando su desmembramiento. Pero no sería hoy. Aquel día necesitaba a Irwin Eigerman: y ahora sabía que Eigerman le necesitaba a él. Mientras hubiese luz del día Midian sería vulnerable, pero tenían que actuar con rapidez. Era casi la una. El crepúsculo aún estaba lejos, pero también lo estaba Midian. Sacar de allí un Ejército para despejar el lugar era una tarea de varias horas; cada minuto perdido en discusiones era tiempo que se quitaba a la acción.

—Bajo el cementerio —dijo Decker volviendo a empezar por el mismo sitio que una hora y media antes.

Eigerman ni siquiera hizo amago de escuchar. Su euforia se había incrementado en proporción directa al número de cuerpos que habían sacado del Sweetgrass Inn, en un número que hasta el momento llegaba a dieciséis. Él tenía esperanzas de encontrar más. El único superviviente humano era un bebé de un año envuelto en unas sábanas empapadas de sangre. Él lo había sacado del edificio para que las cámaras pudieran fotografiarlo. Mañana todo el país sabría su nombre.

Nada de eso hubiera sido posible sin el aviso de Decker, por supuesto, por eso le seguía dando cuerda al hombre, aunque a esta altura de las investigaciones, con el ruido de reporteros y flashes, él maldecía para sus adentros por tener que perseguir a unos pocos locos a los que les gustaba la compañía de los cadáveres, que era lo que Decker le estaba sugiriendo.

Sacó un peine y se puso a rastrillar su débil cabellera con la esperanza de engañar a las cámaras. Sabía que no era una belleza. Y por si acaso si se le olvidaba, tenía a Annie para recordárselo. Pareces un cerdo, solía decirle con orgullo antes de irse a la cama los sábados por la noche. Pero la gente veía lo que quería. Después de hoy, les parecería un héroe.

—¿Me escucha? —dijo Decker.

—Le oigo. Hay unos tipos que asaltan tumbas. Le oigo.

—No violan tumbas, y no son tipos.

—Locos —dijo Eigerman—. Los he visto.

—Pero no son como éstos.

—¿No estará diciendo que alguno de ésos estaba en el Sweetgrass, verdad?

—No.

—¿Tenemos al responsable aquí mismo?

—Sí.

—Bajo llave.

—Sí, pero hay otros en Midian.

—¿Asesinos?

—Probablemente.

—¿No está seguro?

—Sólo tiene que llevar a su gente hasta allí.

—¿Por qué tanta prisa?

—Ya se lo he dicho más de un millón de veces.

—Pues vuélvamelo a contar.

—Hay que cogerlos a la luz del día.

—¿Pero qué son? ¿Una especie de vampiros? —se rió para sí—. ¿Es eso lo que son?

—En cierto modo, sí —replicó Decker.

—Pues también en cierto modo, le diré que tenemos que esperar. Hay gente que me quiere entrevistar, doctor. No puedo hacerme de rogar, no sería muy correcto.

—A la mierda la educación. ¿No tiene ayudantes? ¿Es que sólo hay un poli en toda la ciudad?

Eigerman encajó el golpe.

—Sí que los tengo.

—¿Puedo sugerirle entonces que mande algunos a Midian?

—¿Para hacer qué?

—Cavar.

—Eso es tierra consagrada, señor —replicó Eigerman—. Tierra santa.

—Lo que hay debajo no lo es —replicó Decker con tal seriedad que Eigerman se quedó mudo—. Usted ha confiado en mí una vez, Irwin —dijo—. Y ha cazado a un asesino. Vuelva a confiar en mí. Tiene que registrar Midian de pies a cabeza.

Librodot

2

Había sufrido terrores, sí, pero los viejos imperativos permanecían: el cuerpo tenía que comer y tenía que dormir. Después de dejar Sweetgrass Inn, Lori satisfizo la primera de las necesidades. Vagó por las calles hasta que encontró la tienda apropiada, un lugar anónimo y bullicioso, compró una comida instantáneamente gratificante: dónuts, chirimoyas, manzanas, chocolate con leche y queso. Luego se sentó al sol y se puso a comer. Su abotargada mente era incapaz de pensar en otra cosa que no fuese morder, masticar y tragar. La comida le dio tanto sueño que no pudo evitar que se le cerrasen los párpados. Cuando se despertó, el lado de la calle en que se hallaba, antes soleado, estaba en sombra. La piedra estaba fría y le dolía el cuerpo. Pero la comida y el descanso, aunque precario, le habían sentado bien. Su pensamiento estaba un poco más en orden.

Tenía pocas razones para el optimismo, eso era cierto, pero la situación había sido más desoladora aún cuando llegó a aquella ciudad por vez primera, de camino hacia el lugar donde había caído Boone. Entonces aún creía que el hombre al que amaba estaba muerto y la suya había sido la peregrinación de una viuda. Ahora al menos estaba vivo, aunque sólo Dios sabía el horror que le poseía desde su estancia bajo las tumbas de Midian. Dado aquel hecho, quizá fuese mejor que estuviera a salvo en manos de la Ley, cuyo lento proceso le daría tiempo a ella para pensar en sus problemas juntos. El más urgente era encontrar un modo de desenmascarar a Decker. Nadie podía matar a tanta gente sin dejar ningún rastro de pruebas. Quizá volviendo al restaurante donde había matado a Sheryl. Dudaba que él hubiera conducido a la Policía allí como había hecho llevándoles al motel. Conocer todos los lugares del delito hubiera implicado mostrar demasiada complicidad con el acusado. Seguramente esperaba que el otro cadáver fuese hallado accidentalmente, convencido de que el crimen le sería imputado a Boone. Esto significaba que *quizás* el lugar estuviera igual y quizás ella pudiera encontrar alguna pista para incriminarle, o al menos, para abrir una grieta en su respetabilidad.

Volver al lugar donde había muerto Sheryl y donde ella misma había sufrido las provocaciones de Decker no sería ningún plato de gusto, pero era la única alternativa que tenía para derrotarle.

Fue rápidamente. A la luz del día, tenía la esperanza de reunir el suficiente coraje como para atravesar el umbral de aquella puerta chamuscada. De noche hubiera sido muy distinto.

3

Decker observó a Eigerman instruyendo a sus hombres, cuatro hombres que tenían el mismo aspecto de pendencieros redimidos que su propio jefe.

—Ahora confiamos en nuestra fuente —dijo magnánimamente volviéndose a mirar a Decker—. Y si él me dice que algo malo está ocurriendo debajo de Midian, creo que será mejor escucharle. Quiero que cavéis un poco por los alrededores y veáis lo que haya que ver.

—¿Qué estamos buscando exactamente? —quiso saber uno de los números. Su nombre era Pettine. Un cuarentón con el rostro amplio y vacío de un Policía de película cómica, una voz demasiado alta y una barriga demasiado gruesa.

—Ningún fantasma —le dijo Eigerman.

—¿Gente que se mezcla con los muertos? —preguntó el más joven de los cuatro.

—Algo así, Tommy —contestó Eigerman.

—Es algo más que eso —interrumpió Decker—. Creo que Boone tiene buenos amigos en el cementerio.

—¿Un cabrón como ése tiene amigos? —dijo Pettine—. Vamos a ver qué pinta tienen esos bastardos.

—Traedlos para acá, chicos.

—¿Y si no quieren venir?

—¿Qué me estás preguntando, Tommy?

—¿Les reducimos por la fuerza?

—Reducidles vosotros, chico, antes de que os reduzcan ellos.

—Son buenos chicos —le dijo Eigerman a Decker cuando el cuarteto desapareció—. Si hay algo que encontrar allí, ellos lo encontrarán.

—Muy bien.

—Voy a ver al prisionero. ¿Quiere venir?

—He visto a Boone mucho más de lo que quisiera.

—No hay problema —dijo Eigerman, y dejó a Decker sumido en sus cálculos.

Él casi hubiera preferido ir con los agentes a Midian, pero tenía mucho trabajo que hacer allí preparando el terreno para las revelaciones que haría más adelante. *Habría* revelaciones. Aunque Boone había declinado responder siquiera a las preguntas más simples, seguro que rompería el silencio en alguna ocasión y cuando lo hiciese Decker tendría preguntas que hacerle. No había ninguna posibilidad de que las acusaciones de Boone fueran creídas, pues le habían encontrado con carne en la boca, ensangrentado de pies a cabeza. Pero había elementos de los acontecimientos recientes que habían confundido incluso a Decker, y él tendría miedo hasta que cada pieza del entramado fuese localizada y comprendida.

Por ejemplo, ¿qué le había ocurrido a Boone? ¿Cómo había podido el cabeza de turco, con el cuerpo lleno de balas y dado por muerto, convertirse en aquel monstruo rapaz que había estado a punto de acabar con él la noche anterior? Boone le había dicho que estaba *muerto,* por Dios, y en el terror del momento, Decker casi había compartido su psicosis. Ahora veía con mayor claridad. Eigerman tenía razón. Los *freaks* existían, por extraño que pudiera parecer. Cosas que desafiaban a la Naturaleza, y que debían ser desenterrados de bajo las piedras y rociados en gasolina. Por suerte, él dirigía el cotarro.

—¡Decker!

Dejó sus pensamientos para encontrar a Eigerman cerrando la puerta a la muchedumbre de

periodistas que esperaban fuera. Toda huella de su confianza anterior había desaparecido. Estaba sudando profusamente.

—Sí. ¿Qué cono pasa?

—Tenemos un problema, Irwin.

—Mierda, ¿cuál es el problema? ¿Boone?

—Por supuesto, Boone.

—¿Qué?

—Los médicos acaban de examinarle. Es parte del procedimiento.

—¿Y?

—¿Cuántas veces le dispararon? ¿Tres? ¿Cuatro?

—Sí, más o menos.

—Bueno, pues tiene las balas dentro todavía.

—No me sorprende —dijo Decker—. Ya le he dicho que no estamos tratando con gente ordinaria. ¿Qué dicen los médicos? ¿Que debería estar muerto?

—*Está* muerto.

—¿Cuándo ha sido?

—No quiero decir que yazga muerto, mierda —dijo Eiserman— Quiero decir que está sentado en mi jodido suelo, pero muerto. Quiero decir que no le late el corazón.

—Eso es imposible.

—Dos cabrones han venido a decirme que el hombre estaba andando muerto y me han invitado a escucharlo por mí mismos. ¿Qué tiene que decirme ahora de esto, *doctor?*



Librodot

XVII. DELIRIUM

Lori se quedó de pie al otro lado de la calle frente al restaurante incendiado, y lo observó durante cinco minutos para ver si había algún signo de actividad. No había ninguno. Sólo ahora, a plena luz del día, se daba cuenta de cuan abandonado estaba aquel vecindario. Decker había elegido bien. La posibilidad de que alguien le hubiera visto entrar o salir del lugar era casi inexistente. Incluso a media tarde, ningún paseante cruzó aquella calle en ninguna dirección, y los pocos vehículos que pasaban por allí aceleraban para dirigirse a algún lugar más prometedor.

Algo de aquella escena, quizás el calor del sol contrastando con la lápida invisible de Sheryl, le recordó a su solitaria aventura en Midian, o más especialmente, a su encuentro con Babette. No eran los ojos de su mente los que la niña había conjurado. Le parecía que su cuerpo entero estaba reviviendo su primer encuentro. Podía sentir el peso de la bestezuela cuando la recogió de bajo el árbol y la sostuvo contra su pecho. Su esforzado jadeo estaba en sus oídos y su amarga dulzura le llegaba a la nariz.

Las sensaciones le llegaban con tal fuerza que era casi una *unión:* el peligro pasado señalando al presente. Le parecía ver a la niña mirándola desde sus brazos, aunque nunca había llevado a Babette en forma humana. La boca de la niña se abría y cerraba, formulando una llamada que Lori no podía leer de sus labios.

Luego, como una pantalla de cine que se volviese blanca a mitad de película, las imágenes desaparecieron y ella se quedó sólo con un tipo de sensaciones: la calle, el sol y el edificio quemado enfrente.

No servia para nada posponer el mal momento por más tiempo. Ella cruzó la calle, subió a la acera y sin dejarse aminorar el paso ni un ápice, atravesó el marco de la carbonizada puerta hacia el vestíbulo. ¡Qué de prisa se hizo oscuro! ¡Qué de prisa sintió frío! A un solo paso de la luz del sol y estaba ya en otro mundo. Ahora ralentizó un poco la marcha, mientras atravesaba el montón de escombros que yacía entre la puerta frontal y la cocina. En su mente estaba fijada una sola intención : encontrar alguna pista que pudiera implicar a Decker. Tenía que controlar todos los demás pensamientos y emociones: repulsión, pesar y miedo. Tenía que mantenerse fría y serena. Jugar el juego de Decker.

Apresurándose, cruzó el pasillo abovedado.

Pero no hacia la cocina, sino hacia *Midian.*

Supo dónde estaba en el mismo momento en que ocurrió: el frío y la oscuridad de las tumbas eran inconfundibles. La cocina había desaparecido con todas sus vigas.

Al otro lado de la habitación estaba Rachel, mirando hacia el techo con expresión desazonada. Miró a Lori un momento, sin sorprenderse de su presencia. Luego volvió a mirar y escuchar.

—¿Qué ocurre? —dijo Lori.

—Calma —dijo Rachel vivamente. Luego pareció arrepentirse de su dureza y abrió los brazos—. Ven conmigo, hija —dijo.

Hija. Así que era eso. No estaba en Midian, estaba en Babette, viendo con los ojos de la niña. Los recuerdos que había sentido tan intensamente en la calle no eran sino un preludio de la unión de sus mentes.

—¿Es esto real? —dijo ella.

—¿Real? —susurró Rachel—. Desde luego que es real. .

Sus palabras se quebraron y miró a su hija interrogativamente.

Librodot

—Babette... —dijo.

—No... —contestó Lori.

—Babette, ¿qué has hecho?

Se movió hacia la niña, que retrocedió. Su visión a través de aquellos ojos robados tenía un regusto a su pasado. Rachel parecía increíblemente alta y su acercamiento desmañado.

—¿Qué has hecho? —le preguntó por segunda vez.

—La he traído —dijo la niña—. Para que vea.

El rostro de Rachel se llenó de furia. Intentó agarrar a su hija del brazo. Pero la niña era mucho más rápida. Antes de que pudiera cogerla, se escapó fuera de su alcance. Los ojos mentales de Lori fueron con ella, confusos con la carrera.

—Vuelve aquí —susurró Rachel.

Babette ignoró sus instrucciones y se fue hacia los túneles, doblando esquina tras esquina con la facilidad de alguien que conocía el laberinto como la palma de su mano. La ruta le llevó rápidamente a atravesar las principales vías y la condujo hacia pasajes más oscuros y estrechos, hasta que Babette se aseguró de que no era perseguida. Habían llegado a una abertura en la pared, demasiado pequeña como para permitir el paso de un adulto. Babette se metió por ella y entró a un espacio no mayor que una nevera e igualmente helado, que era el escondite de la niña. Allí se sentó a tomar aliento y sus sensitivos ojos veían perfectamente en la oscuridad total. La rodeaban sus escasos tesoros. Una muñeca hecha con hierbajos y coronada de flores de primavera, dos cráneos de pájaros y una pequeña colección de piedras. Pese a todo lo que la distinguía, Babette era en esto como cualquier otra niña: sensitiva y ritualista. Allí estaba su mundo. Dejárselo ver a Lori no era un cumplido insignificante.

Pero no había llevado a Lori allí simplemente para enseñarle su guarida. Había voces por encima de su cabeza, lo bastante cerca como para oírlas claramente.

—¡Eeeehh! ¿Habéis visto esta mierda? Aquí se podría esconder un ejército entero.

—No digas eso, Cas.

—¿Estás cagado en los pantalones, Tommy?

—No.

—Huele como si te hubieras cagado.

—Vete a la mierda.

—Cerrad la boca los dos. Hay que currar.

—¿Por dónde empezamos?

—Busquemos señales de desorden.

—Aquí hay gente. Lo siento. Decker tenía razón.

—Pues vamos a sacar a esos cabrones a donde podamos verlos.

—¿Quieres decir... *bajar ahí?* Yo no bajo.

—No hace falta.

—¿Pues cómo cono quieres que lo subamos, pedazo de animal?

La respuesta no fue una palabra sino un tiro que levantó las piedras.

—Será corno pescar peces en un barril —dijo alguien—. Si no quieren subir, se quedarán abajo para siempre.

—¡Nos ahorraremos tener que enterrarles!

¿Quién es esa gente? pensó Lori. Tan pronto como se planteó la pregunta, Babette se levantó y se dirigió a un estrecho canal que llevaba a su sala de juegos. Era apenas lo bastante amplia como para acomodar su pequeño cuerpo. A Lori le invadió una ráfaga de claustrofobia. Pero había una compensación. La luz del día enfrente y la fragancia del aire libre que al calentar la piel de Lori calentaba la de Babette.

El pasaje era al parecer una especie de sistema de drenaje. La niña esquivó una montaña de escombros, deteniéndose sólo para darle la vuelta al cadáver de una musaraña que había muerto en el canal. Las voces de arriba sonaban inquietantemente cerca.

—Digo que empecemos por aquí y abramos cada maldita tumba hasta encontrar a alguien que llevarnos a casa.

—Aquí no hay nada que llevarse a casa.

—¡Mierda, Pettine, quiero prisioneros! La máxima cantidad de cabrones que podamos atrapar.

—¿No deberíamos llamar primero? —preguntó entonces un cuarto. Aquella voz disidente se había oído hacía poco—. Quizás el jefe tenga instrucciones frescas que darnos.

—Que le den al jefe —dijo Pettine.

—Sólo si lo pide por favor —fue la respuesta de Cas.

En medio de las risas que siguieron hubo muchos otros comentarios, la mayoría obscenos. Fue Pettine el que hizo callar las risas.

—Vale ya. Dejad esas guarradas para otro momento y empecemos.

—Cuanto antes mejor —dijo Cas—. ¿Listo, Tommy?

—Yo siempre estoy listo.

Entonces se hizo visible la fuente de la luz hacia la que se arrastraba Babette: era una rejilla metálica que había al fondo del túnel.

—*Aléjate del sol* —se encontró pensando Lori.

—*Está bien* —contestaron los pensamientos de Babette. Estaba claro que no era la primera vez que utilizaba el agujero para espiar. Como un prisionero sin esperanza de liberación, aprovechaba cualquier entretenimiento para soportar el paso del tiempo. Contemplar el mundo desde allí era una distracción y ella había elegido bien su punto de mira. La rejilla ofrecía una vista de las avenidas pero estaba situada en la pared del mausoleo con tal orientación que la luz del sol no le llegaba directamente. Babette puso la cara junto a la rejilla para obtener una visión más clara de la escena que se producía en el exterior.

Lori pudo ver a tres de los cuatro interlocutores. Todos llevaban uniforme, y todos —a pesar de su charla bravucona— tenían el aire de quien piensa en una docena de lugares mejores que aquél para pasar el tiempo. Incluso a plena luz del día, armados hasta los dientes y protegidos por el sol, se sentían mal. No era difícil comprender el porqué. Si hubieran ido a hacer prisioneros a un bloque de pisos, no hubiera habido aquellas miradas fugaces y tics nerviosos que se producían allí. Aquél era el territorio de la Muerte y ellos se sentían como transgresores.

En cualquier otra circunstancia ella hubiera disfrutado al ver su sufrimiento. Pero allí y en aquel momento no podía. Sabía lo que temían aquellos hombres y temía lo que su miedo les haría hacer.

—*Nos encontrarán* —oyó pensar a Babette.

—*Ojalá que no* —replicaron sus pensamientos. "—*Nos encontrarán* —dijo la niña—. *Lo dice el profeta.*

—*¿Quién?*

La respuesta de Babette fue una imagen, la imagen de una criatura que Lori había entrevisto cuando perseguía a Boone por los túneles: la bestia de las heridas larvadas que yacía en un colchón de una celda vacía. Ahora lo vio en circunstancias distintas, levantado por dos Engendros por encima de las cabezas de una congregación. Su ardiente sangre chorreaba por los brazos de los que le sostenían. Hablaba, pero ella no podía oír sus palabras. Pensó que se trataba de profecías, y entre ellas, aquella misma escena.

—*Nos encontrarán e intentarán matarnos a todos* —pensó la niña.

—*¿Y lo conseguirán?*

La niña se quedó en silencio.

—*¿Lo harán, Babette?*

—*El profeta no puede verlo porque él es uno de los que matarán. Quizá yo muera también.*

El pensamiento no tenía voz, le llegaba como un puro sentimiento, una oleada de tristeza que Lori no podía resistir ni aliviar.

Entonces Lori advirtió que uno de los hombres se acercaba a uno de sus colegas y señalaba supersticiosamente hacia una tumba que había a su derecha. Su puerta estaba ligeramente abierta. En su interior había movimiento. Lori veía lo que iba a venir, igual que la niña. Sintió

Librodot

un estremecimiento en la columna de Babette, sintió cómo sus dedos se agarraban a la rejilla anticipándose al horror que vendría. Repentinamente, los dos hombres se dirigieron a la puerta de la tumba y la tumbaron a patadas. Se oyó un grito de dentro y alguien cayó. El jefe estuvo dentro en unos segundos, seguido de su pareja, y el estrépito alertó al tercero y al cuarto, que fueron hacia la puerta del mausoleo.

—¡Apártate! —gritó el agente desde dentro. El otro retrocedió y con una mueca de satisfacción en el rostro, el oficial arrastró a su prisionero fuera del escondite mientras su colega pateaba desde dentro.

Lori sólo pudo ver fugazmente a su víctima, pero rápidamente, Babette la nombró con el pensamiento.

—*Ohnaka.*

—Arrodíllate, cerdo —le ordenó el policía que cubría la retaguardia, y le dio una patada en las piernas al prisionero. El hombre cayó, agachando la cabeza para protegerse del sol con su sombrero de ala ancha.

—Buen trabajo, Gibbs —dijo Pettine con una mueca.

—¿Y dónde está el resto de ellos? —preguntó el más joven de los cuatro, un chico tapado, con un compañero fanfarrón.

—Bajo tierra, Tommy —anunció el cuarto hombre—. Eso ha dicho Eigerman.

Gibbs se encaró con Ohnaka.

—Queremos ver vuestras jodidas caras —le dijo. Miró al compañero de Tommy, un hombre bajo y grueso—. Tú eres bueno interrogando, Cas.

—Nadie me ha dicho nunca que no —replicó el hombre—. ¿Es verdad o no?

—Es verdad —dijo Gibbs.

—¿Quieres que este hombre se ocupe de tu caso? —le preguntó Pettine a Ohnaka. El prisionero no dijo nada.

—No creo que te haya oído —dijo Gibbs—. Pregúntale, Cas.

—Claro.

—Pregúntaselo *fuerte.*

Cas se acercó a Ohnaka alcanzando y arrancándole el sombrero de la cabeza. Instantáneamente, Ohnaka empezó a gritar.

—¡Calla, joder! —le gritó Cas pateándole la barriga.

Ohnaka continuó gritando, con los brazos cruzados sobre su cabeza desnuda para protegerse del sol mientras se incorporaba. Desesperado, buscó el auxilio de la oscuridad volviendo hacia la puerta abierta, pero el joven Tommy ya estaba allí para cerrarle el paso.

—¡Buen chico, Tommy! —exclamó Pettine—. ¡Cógele, Cas!

Forzado a volver al sol. Ohnaka se había echado a temblar como si fuera presa de un ataque.

—¿Qué mierda le pasa? —dijo Gibbs.

Los brazos del prisionero ya no tenían fuerza para protegerle la cabeza. Cayeron a ambos lados, humeantes, dejando así a Tommy mirarle fijo a la cara. El joven policía no habló. Se limitó a retroceder dos pasos, tambaleándose y dejando caer el rifle.

—¿Qué haces, cabeza de chorlito? —le gritó Pettine. Se acercó y sujetó el brazo de Ohnaka para evitar que se apoderase del arma caída. En la confusión del momento, a Lori le costó ver lo que ocurría después, pero al parecer, la carne de Ohnaka se estaba descomponiendo. Hubo un grito de disgusto de Cas y uno de furia de Pettine, que había soltado el brazo encontrándose con un pedazo de tela y de polvo en la mano.

—*¿Qué coño pasa?* —exclamó Tommy—. *¿Qué coño pasa? ¿Qué coño pasa?*

—¡Cierra el pico! —le dijo Gibbs, pero el chico había perdido el control. No dejaba de repetir la misma frase:

—*¿Qué cono pasa?*

Sin dejarse conmover por el pánico de Tommy, Cas se acercó a pegarle a Ohnaka en las rodillas. El golpe produjo mayor efecto de lo que pretendía. Rompió el brazo de Ohnaka por

el codo y el miembro cayó a los pies de Tommy. Sus exclamaciones dieron paso al vómito. Incluso Cas retrocedió, moviendo la cabeza sin dar crédito a sus ojos.

Ohnaka había sobrepasado sus límites. Las piernas se le habían doblado y su cuerpo se volvía más y más débil bajo el ataque del sol. Pero era su rostro —todavía vuelto hacia Pettine— el que provocaba las exclamaciones más horrorizadas, pues la carne se le descomponía y el humo se elevaba desde las cuencas de sus ojos mientras su cerebro se incendiaba.

Ya no gritaba. No le quedaban fuerzas para tal esfuerzo, iba cayéndose al suelo simplemente, con la cabeza expuesta como para acelerar su agonía bajo los rayos del sol. Antes de completar su caída contra el pavimento, su cuerpo pareció explotar con el sonido de un disparo y sus miembros cayeron en un amasijo de sangre y huesos.

Lori quería que Babette dejase de mirar, tanto por ella misma como por el bien de la niña. Pero ella se negaba a apartar los ojos. Incluso cuando acabó aquel horror y el cuerpo de Ohnaka quedó diseminado en fragmentos a lo largo de la avenida, ella seguía apretando el rostro contra la rejilla, como si quisiera conocer aquella muerte con todos sus detalles. Tampoco Lori podía dejar de mirar mientras la chiquilla mirase. Compartía cada uno de los estremecimientos de los miembros de Babette, sentía el sabor de las lágrimas que la pequeña derramaba, pero éstas no bastaban como para impedirle la visión. Ohnaka estaba muerto, pero sus ejecutores no habían acabado aún su trabajo. Mientras hubiera algo que mirar, la niña seguiría observando.

Tommy intentaba limpiarse el vómito de la parte delantera de su uniforme. Pettine seguía dando patadas a un fragmento del cuerpo de Ohnaka. Cas cogió un cigarrillo del bolsillo delantero de Gibbs.

—Dame fuego, ¿quieres? —dijo. Gibbs se llevó la trémula mano al bolsillo del pantalón buscando cerillas, con los ojos fijos en los humeantes restos.

—Nunca había visto una cosa así —dijo Pettine, casi en tono normal.

—¿Te has cagado, Tommy? —dijo Gibbs.

—Que te den —fue la respuesta—. La pálida piel de Tommy se había vuelto roja—. Cas decía que teníamos que haber llamado al jefe. Tenía razón.

—¿Qué cono tiene que saber Eigerman? —comentó Pettine, y escupió en el polvo rojo que había a sus pies.

—¿Le has visto la cara a ese desgraciado? —dijo Tommy—. ¿Has visto cómo me miraba? Yo estaba medio muerto, te lo digo. Casi me mata.

—¿Qué demonios pasa aquí? —preguntó Cas.

Gibbs sabía casi la respuesta correcta.

—La luz del sol —replicó—. He oído hablar de enfermedades como ésa. El sol ha acabado con él.

—Qué dices, tío —dijo Cas—. Nunca he visto ni oído nada así.

—Bueno, lo hemos visto y oído *ahora* —dijo Pettine bastante satisfecho—. No ha sido una alucinación.

—¿Y qué vamos a hacer? —quiso saber Gibbs. Tenía serias dificultades para llevarse el cigarrillo a los labios con sus trémulas manos.

—Vamos a buscar más —dijo Pettine—. *Seguiremos* buscando.

—Yo no —dijo Tommy—. Voy a llamar al maldito jefe. No sabemos cuántos de esos locos habrá aquí. Pueden ser centenares. Tú lo has dicho. Aquí se puede esconder un jodido ejército, tú lo has dicho.

—¿De qué tienes miedo? —replicó Gibbs—. Ya has visto lo que les hace el sol.

—Ya. ¿Y qué pasará cuando se ponga el sol, cabrón? —fue la réplica de Tommy.

Gibbs se quemó los dedos con la cerilla. La tiró al suelo.

—Lo he visto en las películas —dijo Tommy—. Las cosas pasan por la noche.

A juzgar por la expresión de Gibbs, él había visto las mismas películas.

—Quizá *deberías* pedir ayuda —dijo—. Por si acaso.

Librodot

Los pensamientos de Lori le hablaron precipitadamente a la niña.

—Tienes que avisar a Rachel. Dile lo que hemos visto.

—Ellos ya lo saben —fue la respuesta de la niña.

—Díselo de todas formas. ¡Olvídate de mí! Díselo, Babette, antes de que sea demasiado tarde.

—No quiero dejarte.

—Yo no puedo ayudarte, Babette. Yo no soy de los vuestros. Yo...

Intentó apartar el pensamiento antes de llegar a formularlo, pero era demasiado tarde.

—Yo soy normal. El sol no me matará como a vosotros. Estoy viva. Soy humana. No soy de los vuestros.

No tuvo oportunidad de considerar aquella réplica precipitada. El contacto se rompió instantáneamente, desapareció la visión de los ojos de Babette y Lori se encontró en el umbral de la cocina.

El sonido de las moscas sonaba muy alto en su cabeza. Su zumbido no era un eco de Midian, sino algo real. Se apiñaban en la habitación que había frente a ella. Ella sabía demasiado bien cuál era el olor que las atraía allí, ávidas y hambrientas, y con la misma certeza que después de todo lo que había visto en Midian, no podría soportar dar otro paso hacia el cadáver que había en el suelo. Había demasiada muerte en su mundo, en su mente y fuera de ella. Si no escapaba enloquecería. Tenía que volver al aire libre, donde pudiera respirar libremente. Quizás encontrar alguna vulgar dependienta de tienda para hablar del tiempo, del precio de las compresas higiénicas, algo banal y previsible.

Pero las moscas querían zumbar en sus oídos. Intentó apartarlas. Volvían a ella una y otra vez, desplegando las alas manchadas de muerte y con las patas rojas de sangre.

—Dejadme sola —sollozó. Pero su excitación las multiplicaba mucho más, y el sonido de su voz las levantaba de la mesa de comedor y las llevaba detrás de los hornos. Su mente luchaba por volver a la realidad para poder darse la vuelta físicamente y salir de la cocina.

Le fallaban ambos, mente y cuerpo. La nube de moscas la rodeaba y eran tantas que formaban una masa oscura. Oscuramente se dio cuenta de que aquello era imposible de que su mente creaba aquel horror en su confusión. Pero el pensamiento era demasiado lejano como para mantener a raya a la locura, su razón intentaba atraparlo una y otra vez, pero la nube volvía a posarse en ella. Sentía sus patas sobre sus brazos y rostro, dejando regueros de lo que las había impregnado: la sangre de Sheryl, la bilis de Sheryl, el sudor y las lágrimas de Sheryl. Había tantas que no encontraban superficie en su cuerpo para posarse y empezaban a abrirse camino por sus labios, arrastrándose por los agujeros de su nariz y entrándole en los ojos.

¿Acaso no había ocurrido una vez, en su sueño sobre Midian, que los muertos venían en el polvo hacia ella desde todas las direcciones del mundo? ¿Y no se había quedado ella allí de pie, en medio de la tormenta, acariciada y erosionada, contenta de sentir que los muertos estaban en el viento? Ahora sintió horror de aquel sueño, al conocer la segunda parte: un mundo de moscas acompañaba a aquel mundo de polvo, de incomprensión y ceguera, de muertos sin enterrar, y sin un viento que pudiera llevárselos. Sólo las moscas celebrando su festín con ellos, posándose en ellos y multiplicándose.

Y al unir el polvo a las moscas, supo lo que provocaría Supo, mientras la consciencia la abandonaba completamente, que si Midian moría —y ella lo permitía—, si Pettine, Gibbs y sus amigos desenterraban el refugio de los Engendros de la Noche, entonces *ella,* que se había convertido en polvo una vez, y que había sido tocada por la condición de Midian, no tendría ningún lugar a donde arrastrarse, y pertenecería a las moscas en cuerpo y alma.

Luego cayó sobre las baldosas.

Librodot

XVIII. LA IRA DE LOS JUSTOS

1

Para Eigerman, las ideas brillantes y la evacuación estaban indisolublemente unidas. Siempre se le ocurrían sus mejores ideas con los pantalones bajados. Más de una vez, desde el water, le había explicado a alguien que escuchaba que la paz del mundo y el remedio definitivo contra el cáncer podrían lograrse durante una noche si los sabios y los justos quisieran sentarse a cagar juntos.

En realidad, la idea de compartir la más privada de las funciones humanas le hubiera consternado. El retrete era un lugar para la soledad, donde todos aquellos abrumados por el peso de las elevadas responsabilidades podían abandonarlo ' todo y sentarse unos instantes a meditar sobre sus problemas.

Observó los graffiti que había en la puerta frente a él. No había nada nuevo entre las obscenidades, y eso era reconfortante. Sólo las guarradas de siempre que había que raspar. Aquello le dio valor frente a sus problemas.

Sus problemas tenían una doble vertiente. Primero, tenía bajo custodia a un hombre muerto. Esto, como los graffiti, era una vieja historia. Pero los zombis pertenecían definitivamente al cine, como la sodomía a las paredes de los lavabos No tenían lugar en el mundo real Esto le llevó al segundo problema: la llamada de pánico de Tommy Caan, informando que algo malo estaba ocurriendo en Midian. Reflexionando, añadió un tercero: el doctor Decker. Llevaba un traje bueno y hablaba muy bien, pero había algo enfermizo en él. Eigerman no había querido admitir que sospechaba de él hasta aquel preciso momento en que se había sentado a cagar, pero en su cabeza de policía se hizo claro en cuanto empezó a pensarlo. El bastardo sabía mucho más de lo que estaba diciendo, no sobre el muerto llamado Boone, sino sobre Midian y lo que estaba pasando allí. Si le había engañado con lo de Shere Neck, llegaría el momento de ajustar las cuentas, eso era tan seguro como la mierda, y le haría arrepentirse.

Mientras, el jefe tenía que tomar algunas decisiones. Había empezado el día como un héroe, dirigiendo el arresto del ase sino de Calgary, pero el instinto le decía que los acontecimientos podían escapársele de las manos rápidamente. Había algunos imponderables en todo aquello, algunas preguntas para las que no tenía respuesta. Desde luego, había una salida fácil Podía llamar a sus superiores de Edmonton y pasarles todo aquel maldito asunto para que lo resolvieran. Pero si abandonaba el problema sería a costa de renunciar también a la gloria. La alternativa era actuar ahora, antes de que anocheciese, como había repetido Tommy, y apenas le quedaban... ¿cuántas? Tres o cuatro horas para arrancar a aquellos seres abominables de Midian. Si tenía éxito, los aplausos y apoyos se multiplicarían. En un solo día, no sólo habría entregado a la justicia a un malhechor humano, sino que habría limpiado aquel hoyo de inmundicia sin necesidad de pedir refuerzos.

Pero de nuevo, las respuestas a las preguntas volvieron a su mente y ofrecían un panorama difícil. Si había que creer a los médicos que habían examinado a Boone y hacer caso a los informes que llegaban de Midian, entonces aquel día se harían realidad cosas que sólo se conocían en las novelas. ¿Realmente quería luchar contra hombres muertos que andaban y bestias a las que mataba la luz del sol?

Sentado, cagó y sopesó las alternativas. Tardó media hora pero finalmente tomó una decisión. Como solía pasar, después de tanto sudor, parecía muy fácil. Quizás el mundo de aquel día no era el mismo que había conocido hasta entonces Mañana, si Dios quería, todo volvería a su cauce: los muertos estarían muertos y la sodomía se quedaría en la pared de los retretes, donde debía estar. Si no aprovechaba la oportunidad para forjarse un destino, no se presentaría otra hasta que fuera demasiado viejo como para hacer otra cosa aparte de cuidar sus hemorroides. Aquella oportunidad era un don divino para mostrar su temple. No podía desperdiciarla.

Con nueva convicción en sus tripas, se limpió el culo, se subió los pantalones, tiró de la cadena y salió a enfrentarse al reto.

Librodot

2

—Quiero voluntarios, Cormack, ¿quién va a venir a Midian conmigo a cavar?

—¿Cuándo los necesita?

—*Ahora.* No tenemos mucho tiempo Empiece con los bares. Llévese a Hollyday con usted

—¿Para qué decimos que es?

Eigerman meditó un momento: qué se podía *decir.*

—Diga que estamos buscando ladrones de tumbas Eso reunirá a un grupo considerable Cualquiera que tenga una pistola y una pala aceptable. Los quiero reunidos en una hora Y si es posible antes.

Cuando Cormack salió, Decker sonrió.

—¿Está contento ahora? —le preguntó Eigerman.

—Estoy contento de ver que siguen mi consejo.

—Su consejo. Mierda.

Decker siguió sonriendo.

—Láguese de aquí —dijo Eigerman—. Tengo trabajo que hacer. Vuelva cuando encuentre una pistola para usted.

—Eso iba a hacer.

Eigerman le miró salir y luego cogió el teléfono. Había un número que había pensado marcar desde que se había decidido a entrar en Midian, un número que no había tenido que marcar en mucho tiempo. Ahora lo marcó En unos segundos, el padre Ashbery estaba al otro lado del hilo.

—Suena como si estuviera sin aliento, padre.

Ashbery sabía quién era el que le llamaba sin necesidad de decírselo.

—Eigerman.

—El mismo. ¿Qué estaba haciendo?

—He estado corriendo.

—Buena idea. Así se sudan y expulsan los malos pensamientos.

—¿Qué quiere?

—¿Qué cree que quiero? Un sacerdote.

—Yo no he hecho nada.

—No es eso lo que he oído.

—No tengo nada que pagar, Eigerman Dios me perdonó ya mis pecados.

—No lo dudo.

—Pues entonces déjeme en paz

—¡No cuelgue!

Ashbery captó rápidamente la súbita ansiedad que había en la voz del policía

—Bueno, bueno —dijo

—¿Qué?

—Tiene un problema

—Quizá lo tengamos los dos.

—¿A qué se refiere?

—Le quiero aquí en seguida, con todo lo que tenga en plan de crucifijos y agua bendita

—¿Para qué?

—Confíe en mí.

Ashbery se rió.

—Ya no estoy a su disposición, Eigerman Tengo un rebaño al que vigilar.

—Entonces hágalo por ellos

—¿De qué me está hablando?

—Usted predica sobre el Juicio Final, ¿verdad' Bueno, pues la gente que hay en Midian lo está anunciando

—¿Quiénes son?

—No sé quién ni por qué. Lo único que sé es que necesitamos un poco de santidad de su parte, y usted es el único cura que tengo.

—Es su responsabilidad, Eigerman.

—No creo que me esté escuchando. Mierda, le estoy hablando de algo serio.

—No quiero jugar a ninguno de sus malditos juegos.

—Ashbery, quiero decir que si usted no viene por su propia voluntad, le obligaré a venir.

—Quemé los negativos, Eigerman. Soy un hombre libre.

—Tengo copias.

Hubo un silencio. Luego el padre habló:

—Usted juró que no.

—Le mentí —fue la respuesta

—Es usted un bastardo, Eigerman.

—Y usted lleva ropa interior de encaje. Bueno, ¿cuánto tardará en llegar?

Silencio.

—Ashbery. Le he hecho una pregunta

—Déme una hora.

—Tiene cuarenta y cinco minutos

—Que le den.

—Eso es lo que me gusta: una piadosa damita.

3

Debía de ser el calor, pensó Eigerman cuando vio cuántos hombres había logrado reunir Cormack y Holliday en el espacio de sesenta minutos. El calor siempre volvía a la gente turbulenta: para fornicar o para matar. Tal como estaba Shere Neck, y como fornicar no era tan fácil de conseguir al momento, el ansia de hacer algo disparando estaba en alza aquel día Había veinte hombres reunidos fuera, bajo el sol, y tres o cuatro mujeres venían de camino, además de Ashberv v su agua bendita.

En aquella hora, había habido dos llamadas más de Midian Una de Tommy, a quien se le había ordenado volver al cementerio para ayudar a Pettine a contener el enemigo hasta que llegasen los refuerzos, v la segunda del propio Pettine, informando a Eigerman de que se había escapado uno de los ocupantes de Midian. Se había 'deslizado por la puerta principal mientras sus cómplices les distraían con unas maniobras. La naturaleza de estas maniobras no sólo explicaba la alteración de Pettine mientras informaba de los hechos, sino también del por qué habían fracasado en alcanzarle. Alguien había quemado las llantas de los coches. El fuego se había apoderado rápidamente de los coches, incluyendo la radio desde la que se hacía el informe. Pettine estaba explicando que no podría haber más llamadas cuando se cortó la comunicación.

Eigerman se guardó para sí esta información, por miedo *a* enfriar el ansia de aventuras de alguien. Matar estaba muy bien para todos, pero no estaba seguro de que hubiera tantos dispuestos a seguir adelante si se enteraban de que alguno de los bastardos estaba dispuesto a luchar.

Mientras salía el convoy, él miró su reloj. Tenían tal ve/ dos horas y media de plena luz hasta que la oscuridad empezara a asentarse. Tardarían tres cuartos de hora en llegar hasta Midian, lo que significaba que les quedaban una hora y tres cuartos para tratar con aquellos cabrones hasta que el enemigo tuviera a la noche de su parte. Era bastante si se organizaban. Mejor hacerlo con método, pensó Eigerman. Sacar a los hijos de mala madre a la luz y ver qué ocurría. Si se resquebrajaban de la apestosa forma que había descrito Tommy, sería la prueba suficiente para demostrar ante un juez que aquellas criaturas eran tan profanas como el infierno. Si no era así —si Decker estaba mintiendo, Pettine había vuelto a las drogas y eran sólo unos locos vagabundos—, tendría que encontrar a alguien contra el que disparar para no perder el día. Podían darse una vuelta y atravesar a balazos al zombi de la celda quinta, el hombre que no tenía pulso ni sangre en el cuerpo.

De todas formas, no quería dejar que el día acabase sin lágrimas

Librodot

Quinta parte

LAS BUENAS NOCHES

Ninguna espada podrá tocarte. Salvo la mía.
Lover's Oath (Anónimo)

Librodot



Librodot

XIX. UN ROSTRO DESAMPARADO

1

¿Por qué tenía que despertarse? ¿Por qué tenía que haber una llegada? ¿No podía simplemente yacer para siempre en la nada en la que se había refugiado? Pero la nada no la quería Se despertó sin querer y volvió al viejo dolor de la vida y la muerte.

Las moscas se habían ido. Al menos, eso era algo. Se levantó con el cuerpo pesado, desconcertada. Mientras intentaba limpiarse el polvo de sus ropas oyó una voz que la llamaba por su nombre. Parecía que no se había despertado del todo. Alguien la había llamado. Durante un fantasmagórico momento, pensó que era la voz de Sheryl, que las moscas habían te nido éxito en su empeño y la habían hecho enloquecer. Pero cuando la oyó por segunda vez, le puso otro nombre a la voz: Babette.

La niña la estaba llamando. Volviendo la espalda a la cocina, recogió su bolso y empezó a abrirse paso a través de los escombros hacia la calle. La luz había cambiado desde *que* la había cruzado por primera vez, habían pasado horas mientras se debatía con el sueño. Pero su reloj, roto por la caída, se negaba a decirle cuántas.

Todavía se estaba muy bien en la calle, pero el calor del mediodía había pasado hacía rato. La tarde estaba llegando a su fin. No debía faltar mucho para que anocheciera.

Empezó a andar, sin mirar ni una sola vez hacia el restaurante. Fuera cual fuese la crisis de realidad que había sufrido allí, la voz de Babette la había llamado, y ella se sentía extrañamente viva, corno si se hubiera aclarado algo sobre el modo en que funcionaba el mundo.

Ella sabía lo que era sin tener que pensar mucho. Alguna de sus partes vitales, corazón o cabeza o ambos, habían hecho las paces con Midian y todo lo que contenía. Nada de lo que había ocurrido en sus cámaras había sido tan terrible como aquello que había encontrado al enfrentarse al edificio incendiado: la soledad del cuerpo de Sheryl, el hedor de la decadencia y la descomposición, la inevitabilidad de todo aquello. Comparado con aquello, los monstruos de Midian —transformándose, reorganizándose, embajadores de la carne del mañana y recuerdo de la del ayer— parecían llenos de posibilidades. ¿No tenían aquellas criaturas facultades que ella envidiaba? ¿Poder de volar, de transformarse, conocimiento de la condición animal, posibilidad de desafiar la muerte?

Todo lo que había codiciado o envidiado en otros de su especie parecía volar sin valor. Los sueños de poseer una anatomía perfecta, el rostro de una actriz, el cuerpo magnífico, la habían distraído con promesas de auténtica felicidad. Promesas vanas. La carne no podía conservar su hermosura ni los ojos su brillo. Pronto se desvanecerían.

Pero los monstruos eran para siempre. Parte de su yo prohibido. Su oscuro yo, capaz de transformarse a medianoche. Anhelaba ser uno de ellos.

Todavía faltaba mucho para que asumiera no sólo el apetito por la carne humana, sino lo que había presenciado en el Sweetgrass Inn. Pero aprendería a comprenderlo. La realidad es que no tenía elección. Había sido alcanzada por un conocimiento que había cambiado su paisaje interior hasta lo irreconocible. No había camino de retorno hacia los verdes prados de la adolescencia y los primeros años de su condición de mujer. Tenía que seguir adelante. Y aquella noche, quería decir seguir por la calle vacía para ver qué le reservaba la próxima

Librodot

noche.

El ruidoso motor de un coche en el lado opuesto de la calle atrajo su atención. Le echó un vistazo. Las ventanas estaban totalmente cerradas, a pesar del calor del aire, y esto le sorprendió. No podía ver al conductor, las ventanas y el parabrisas estaban demasiado llenos de mugre Pero una incómoda sospecha se abría paso en ella Estaba claro que el ocupante estaba esperando a alguien Y dado que no había nadie más en la calle, aquel alguien debía de ser ella.

Si era así, el conductor sólo podía ser un hombre, el único que tenía una razón para estar allí Decker.

Echó a correr.

El coche se puso en marcha Ella miró hacia atrás. El coche se movía lentamente de su lugar de aparcamiento. No tenía motivo para correr. No había señales de vida en la calle. Sin duda podía conseguir ayuda, pero tenía que saber en qué dirección correr Pero el coche ya había salvado la distancia que había entre los dos Aunque sabía que el coche podía alcanzar la, echó a correr en una dirección cualquiera, mientras el motor sonaba más y más alto tras ella Oyó cómo las llantas rozaban la acera. Luego el coche se puso a su lado, guardando unos me tros de distancia.

La puerta se abrió. Ella echó a correr El coche le cortó el paso mientras la puerta golpeaba la pared.

Desde dentro le llegó la invitación

—Suba.

El muy bastardo estaba tan sereno.

—Suba, por favor, antes de que nos detengan.

No era Decker. No se dio cuenta lentamente, sino de un modo súbito. No era Decker el que hablaba desde el coche. Se detuvo y el cuerpo le pesaba con el esfuerzo de recuperar el aliento.

El coche también paró el motor.

—Suba —volvió a decir el conductor.

—¿Quién...? —intentó decir ella, pero sus pulmones estaban demasiado celosos de su aliento como para alimentar sus palabras.

La respuesta llegó de todos modos.

—Un amigo de Boone

Ella siguió agarrada a la puerta abierta.

—Babette me ha dicho cómo encontrarla —continuó el hombre.

—¿Babette?

—¿Quiere subir? Tenemos mucho que hacer.

Ella se acercó a la puerta. Cuando lo hizo, el hombre le dijo:

—No grite.

Ella no tenía fuerzas para emitir ningún sonido, pero la verdad es que sintió esa *inclinación* cuando sus ojos se posaron sobre aquel rostro en la penumbra del coche. Sin duda era una de las criaturas de Midian, pero no un hermano de las cosas fabulosas que había visto en los túneles. La apariencia del hombre era horrenda, su rostro burdo y rojo como hígado crudo. Si hubiera sido de otra forma hubiera desconfiado de él, sabiendo lo que sabía sobre pretendientes. Pero aquella criatura no pretendía nada: su herida era un vicio honesto.

—Me llamo Narcisse —dijo—. ¿Quiere cerrar la puerta, por favor? Así se *apaga* la luz. Y no entran moscas.

Librodot

2

Su historia, o al menos lo esencia de ésta, se alargó mientras recorrían dos manzanas y media. Cómo había conocido a Boone en el hospital, cómo había vuelto a Midian y reencontrado a Boone, cómo habían quebrantado juntos las leyes de Midian saliendo de bajo tierra. Tenía un recuerdo de aquella aventura, le dijo, una herida en el vientre que una señora como ella nunca debía ver.

—¿Entonces le exiliaron como a Boone? —preguntó ella.

—Lo intentaron —le dijo—. Pero yo me quedé allí esperando ganarme el perdón. Entonces llegaron los policías, creo. Bueno, vayamos al asunto. Tengo que encontrar a Boone y tenemos que acabar con lo que hemos provocado.

—¿El sol no le mata?

—Quizá no estaría muerto mucho tiempo, pero no puedo soportarlo.

—¿Sabe que Boone está en la cárcel?

—Sí, ya lo sé. Por eso la niña me ha ayudado a encontrarla a usted. Creo que juntos podremos sacarle de allí.

—¿Y cómo demonios vamos a lograrlo?

—No lo sé —confesó Narcisse—. Pero tenemos que intentarlo. Y rápido. Ahora tienen gente cavando en Midian.

—Aunque consigamos liberar a Boone, no sé qué podemos hacer.

—Él estuvo en la habitación del Bautista —replicó Narcisse, y su dedo fue de los labios al corazón—. Habló con Baphomet. Por lo que he oído, sólo Lylesburg lo había hecho antes y había sobrevivido. Me imagino que el Bautista tendrá recursos para vencer. Algo que nos ayude a parar la destrucción.

Lori recordó el rostro aterrado de Boone cuando salió de la cámara del Bautista.

—No creo que Baphomet le dijese nada —dijo Lori—. Estuvo a punto de no sobrevivir.

Narcisse se rió.

—Sobrevivió, ¿verdad? ¿Usted cree que el Bautista lo hubiera permitido si no hubiera tenido una razón?

—De acuerdo... ¿Cómo llegamos hasta él? Lo han encerrado de por vida entre cuatro paredes.

Narcisse sonrió.

—¿Qué es lo gracioso?

—Se olvida de cómo es él ahora —dijo Narcisse—. Tiene poderes.

—No lo olvido —dijo Lori—. Simplemente no lo sé.

—¿Él no se lo ha dicho?

—No.

—Fue a Midian porque pensó que había derramado mucha sangre...

—Yo también lo creía.

—Era falso, desde luego. Era inocente. Lo que le convertía en carne.

—¿Quiere decir que le atacaron?

—Casi le matan. Pero escapó y llegó hasta la ciudad

—Donde le estaba esperando Decker —dijo Lori acabando la historia, o empezándola—. Tuvo una suerte increíble de que ninguno de los disparos le matase.

La sonrisa de Narcisse, que había persistido más o menos desde el comentario de Lori de que Boone estaba encerrado de por vida, se desvaneció.

—¿Qué quiere decir...? —dijo—. ¿Que ninguno de los disparos lo mató? ¿Por qué se cree que volvió a Midian? ¿Por qué cree que la segunda vez le abrieron las puertas de las tumbas?

Ella le miró sin entender

—No le sigo —dijo, esperando no comprender demasía do—. ¿Qué me está usted diciendo?

—Peloquin le mordió —dijo Narcisse—. Le mordió e infectó. El bálsamo le llegó a la sangre —se detuvo— ¿Quiere que siga?

—Sí.

—El bálsamo le llegó a la sangre. Le dio poderes Le dio hambre. Y le permitió escapar del encierro e irse andando

Sus palabras habían avanzado suavemente hasta el fin, respondiendo al shock que se reflejaba en el rostro de Lori

—¿Está muerto? —murmuró ella

Narcisse asintió.

—Creí que ya lo sabía —dijo— Creí que estaba bromean do acerca de., de que él sea,

La observación se interrumpió haciéndose e! silencio.

—Es demasiado —dijo Lori. Su puño se había cerrado en torno a la manilla de la puerta, pero le faltaba fuerza como para apretarla—. Demasiado.

—Morir no es malo —dijo Narcisse—. Es sólo diferente. Es... sorprendente.

—¿Habla por experiencia?

—Sí.

Su mano soltó la puerta. Las últimas fuerzas le habían abandonado.

—No me deje ahora —dijo Narcisse.

Muertos, todos muertos. En sus brazos. En su mente

—Lori. Háble me. Dígame algo. Aunque sea adiós.

—¿Cómo... puede... bromear sobre esto? —le preguntó ella

—Si no es divertido, ¿qué puede ser? Triste. No quiero estar triste, ¿y usted? Tenemos que salvar a su amor, usted y yo

Ella no respondió.

—¿Debo tomar su silencio como asentimiento?

Ella todavía no respondió.

—Entonces lo haré yo.



Librodot

XX. IMPULSADO

1

Eigerman sólo había estado en Midian una vez, cuando le habían solicitado que enviara refuerzos para detener a Boone. Entonces había conocido a Decker, que era el héroe de aquel día, arriesgando la vida para intentar sacar a su paciente del escondite. Había fracasado, por supuesto. Todo había terminado con la ejecución sumaria de Boone cuando éste salió a plena luz. Si alguna vez un hombre hubiera tenido qua caer muerto era aquélla. Eigerman nunca había visto tantas balas en un solo pedazo de carne. Pero Boone no había muerto. O al menos, no se había quedado inmóvil. Se había levantado y caminado, sin que el corazón le latiese y con la piel del color del pescado.

Un asunto como para ponerse enfermo. Le ponía los pelos de punta a Eigerman sólo de pensarlo. Desde luego, nunca hubiera admitido aquel hecho ante nadie. Ni siquiera ante sus pasajeros del asiento de atrás, el cura y el doctor. Cada uno de ellos tenía secretos inconfesables. Los de Ashbery los conocía. Al hombre le gustaba vestirse con prendas íntimas de mujer, v Eigerman había bromeado v utilizado aquel hecho como forma de presión cuando necesitaba santificar uno o dos pecados suyos. Pero los secretos de Decker seguían siendo un misterio para él. Su rostro no traicionaba nada, ni siquiera para el ojo de alguien experto en reconocer las culpas ajenas como Eigerman.

Moviendo el retrovisor, el jefe miró a Ashbery, que le disparó una mirada taciturna.

—¿Alguna vez ha exorcizado a alguien? —le preguntó al sacerdote.

—No.

—¿Pero lo ha visto hacer alguna vez?

Otra vez respondió:

—No.

—¿Pero cree? —preguntó Eigerman.

—¿En qué?

—En el cielo y el infierno, por Dios...

—Defina esos términos.

—¿Hum?

—¿Qué quiere decir con cielo e infierno?

—Dios, no quiero entrar en un maldito debate. Usted es un cura, Ashbery. Se supone que cree en el diablo. ¿No está de acuerdo, Decker?

El doctor gruñó. Eigerman apretó un poco más.

—Todo el mundo ha visto cosas que no podría explicar, ¿verdad? Especialmente los médicos, ¿no? ¿Usted ha tenido pacientes que hablan en lenguas...?

—No puedo decir que los haya tenido —dijo Decker.

—¿Todo está bien? ¿Todo es perfectamente científico?

—Eso diría yo.

—Eso diría. ¿Y qué me diría de Boone? —presionó Eigerman—. Es un jodido zombi científico, ¿verdad?

—No lo sé —murmuró Decker.

—Bueno, bueno, bueno. Miren esto. Tengo un sacerdote que no cree en el diablo y un

doctor que no distingue la ciencia de su culo. Eso me hace sentir muy cómodo.

Decker no contestó. Ashbery sí.

—¿De verdad cree que vamos a encontrar algo ahí? —preguntó—. Está usted sudando un montón.

—No me presione, querido amigo —dijo Eigerman—. Limítese a sacar su libro de exorcismos. Quiero que todos esos *freaks* sean enviados al jodido lugar de donde vengan. Supongo que usted sabrá cómo hacerlo.

—Actualmente hay otras explicaciones, Eigerman —replicó Ashbery—. Esto no es Salem. No vamos a una quema de brujas.

Eigerman volvió su atención a Decker, dejando flotar ligeramente la pregunta que hizo a continuación:

—¿En qué piensa, Doc? ¿Tal vez piensa que debería poner al zombi en el sofá del psicoanálisis? ¿Preguntarle si quería follarse a su hermana? —Eigerman le lanzó una mirada a Ashbery—. ¿O ponerse su ropa interior?

—Pienso que nos dirigimos a Salem —repuso Decker. Había una corriente oculta en su voz que Eigerman nunca había oído—. Y también pienso que a usted le importa un huevo lo que pienso o dejo de pensar. Usted va a quemarlos igualmente

—Exacto —dijo Eigerman con una risa gangosa.

—Y creo que Ashbery tiene razón Usted parece *aterrado*

Aquello acalló la risa.

—Hijo de puta —dijo Eigerman con calma

Durante el resto del trayecto permanecieron en silencio Eigerman abriendo la marcha del convoy, Decker observando cómo se debilitaba la luz a cada momento, y Ashbery, tras unos minutos de introspección, hojeando su libro de oraciones, pasando las páginas de papel cebolla muy de prisa, buscando los Ritos de Expulsión.

Librodot

2

Pettine les estaba esperando a más de cuarenta metros de distancia de las puertas de la necrópolis, con la cara sucia del humo de los coches, que aún estaban ardiendo.

—¿Cuál es la situación? —quiso saber Eigerman.

Pettine echó una mirada fugaz al cementerio.

—No ha habido señales de movimiento desde la escapada. Pero hemos *oído* algo.

—¿Como qué?

—Como si estuviéramos sentados en una colina de termitas —dijo Pettine—. Hay cosas moviéndose bajo tierra. De eso no hay duda. No sólo se oye, se siente.

Decker, que iba en uno de los últimos coches, se unió a los que discutían, cortó a Pettine a media frase para dirigirse a Eigerman.

—Tenemos una hora y veinte minutos antes de que el sol se ponga.

—Ya sé contar —replicó Eigerman

—¿Entonces vamos a excavar?

—Cuando *yo* lo diga, Decker.

—Decker tiene razón, jefe —dijo Pettine—. Esos bastardos temen al sol. Créame, no creo que debamos quedarnos aquí cuando anochezca. Hay un montón de ellos ahí abajo.

—Nos quedaremos aquí hasta que limpiemos esto de mierda —dijo Eigerman—. ¿Cuántas puertas hay?

—Dos. La grande, y otra en el lado noreste

—Muy bien. Así no será difícil controlar su salida. Ponga uno de los camiones frente a la puerta principal y luego apostaremos unos hombres por turnos alrededor del muro para asegurarnos de que nadie se escapa Una vez colocados, nos acercaremos.

—Veo que ha traído algo para asegurarse comentó Pettine mirando a Ashbery

—Condenadamente cierto

Eigerman se volvió al sacerdote.

—Puede bendecir el agua, ¿verdad, padre? ¿Convertirla en sagrada?

—Sí.

—Pues hágalo. Toda el agua que pueda encontrar. Bendígala. Derrámela entre los hombres. Si las balas fallan, quizá sirva de algo bueno. Y usted, Decker, salga de en medio, joder Ahora esto es trabajo de policías.

Una vez dadas las órdenes, Eigerman se acercó a las puertas del cementerio. Cuando cruzó el polvoriento camino, rápidamente comprendió lo que había querido decir Pettine con *la colina de las termitas.* Había algo moviéndose debajo de tierra Incluso le parecía oír voces que le hacían pensar en entierros prematuros. Una vez había visto uno, o más bien sus consecuencias. Había ayudado a desenterrar a una mujer a la que habían oído gritar bajo tierra. Ella tenía razón: había dado a luz y muerto en el ataúd. El niño, un monstruito, había sobrevivido. Probablemente habría acabado en un hospicio. O quizás allí, bajo tierra, con el resto de hijos de puta.

Si estaba con ellos, podía contar los minutos que le quedaban de su vida enferma con su mano de seis dedos. En cuanto asomaran sus cabezas, Eigerman les daría una patada para que volvieran a donde venían, pero con el cerebro lleno de balas. Que vinieran. Él no tenía miedo. Que vinieran. Que intentaran abrirse camino hacia fuera.

Su talón les esperaba.

Librodot

3

Decker observó la organización de las tropas hasta que empezó a ponerle nervioso. Entonces se retiró un tanto hacia la colina. Odiaba ser espectador del trabajo de otros hombres. *Le* hacía sentirse impotente. Le hacía anhelar una exhibición de *su* fuerza. Y aquél era siempre un impulso peligroso. Los únicos ojos que podían mirar sin riesgo para él su impulso asesino, eran los que iban a nublarse, y aun así tenía que borrarlos después de que le hubieran visto, por miedo a que contaran la escena.

Volvió la espalda al cementerio y se entretuvo haciendo planes para el futuro. Una vez terminado el juicio de Boone, sería libre para empezar de nuevo el trabajo de la máscara. Contempló esta perspectiva con pasión. Se iría a un territorio más lejano. Encontraría lugares para sus carnicerías en Manitoba y Saskatchewan, o quizá más allá, en Vancouver. Ardía de placer pensando en ello. Desde el maletín que llevaba casi podía oír suspirar a Cara de Botón a través de sus dientes plateados.

—Calma —se sorprendió diciéndole a la máscara.

—¿Qué dice?

Decker se volvió. Pettine estaba a un metro de él.

—¿Ha dicho algo? —quiso saber el policía.

—*El irá hacia el muro* —dijo la máscara.

—Sí —replicó Decker.

—No le he entendido.

—Hablaba conmigo mismo.

Pettine se encogió de hombros.

—Mensaje del jefe. Dice que empecemos. ¿Quiere echar una mano?

—*Estoy listo* —contestó la máscara,

—No —dijo Decker.

—No le culpo. ¿Es usted médico de la cabeza?

—Sí. ¿Por qué?

—Creo que vamos a necesitar médicos dentro de poco. No *se* van a rendir sin luchar.

—Yo no puedo ayudarles. Ni siquiera soporto la vista de la sangre.

Hubo una risa dentro del maletín, tan alta que Decker imaginó que Pettine la habría oído. Pero no.

—Entonces, manténgase a distancia —dijo, y se volvió para dirigirse al campo de batalla.

Decker mantuvo el maletín contra su pecho sosteniéndolo fuerte entre sus brazos. Desde dentro le llegaba el ruido de la cremallera abriéndose y cerrándose, abriéndose y cerrándose.

—Cierra el pico —susurró.

—*No me encierres* —se quejó la máscara—. *Esta noche no. Si no te gusta ver sangre, déjame que yo la vea en tu lugar.*

—No puedo.

—*Me lo debes* —dijo—. *Me lo negaste en Midian, ¿te acuerdas?*

—No tuve otro remedio.

—*Ahora sí lo tienes. Dame un poco de aire. Ya sabes que te gustaría.*

—Me verían.

—*Que sea pronto.*

Decker no contestó.

—*¡Pronto!* —chilló la máscara.

Librodot

—Calma.
—*Contéstame.* —... Por favor... —*Di.* —Sí. Pronto.



Librodot

XXI. *AQUEL DESEO*

1

Habían dejado dos hombres en la comisaría al cuidado del prisionero de la celda quinta. Eigerman les había dado instrucciones explícitas. En ningún caso debían abrir la puerta de la celda, oyeran los ruidos que oyeran dentro. Tampoco se le permitiría acceder hasta el preso a ningún agente del exterior ni juez, ni médico ni Dios mismo si se presentara. Y para reforzar dichos edictos, por si era necesario, los agentes Cormack y Koestenbaum tenían llaves del arsenal y carta blanca para usarlo si la seguridad de la comisaría estuviera en juego. No podían sorprenderles. Shere Neck no vería jamás a otro preso tan proclive a figurar en los anales de atrocidades como Boone. Si Boone era mantenido bajo custodia, el buen nombre de Eigerman se extendería de costa a costa.

Pero había algo más que todo aquello y ellos lo sabían. Aunque el jefe no había sido explícito sobre la condición del prisionero, habían corrido rumores. El hombre era de alguna forma uno de esos *freaks,* poseído por poderes que le hacían peligroso, incluso detrás de una puerta cerrada a cal y canto.

Cormack se sentía agradecido de que le hubiera tocado vigilar el frente de la comisaría mientras Koestenbaum vigilaba la propia celda. El lugar era una fortaleza. Cada ventana y cada puerta cerraban herméticamente. Ahora era simplemente cuestión de sentarse fuera, con el rifle a punto, hasta que la caballería volviese de Midian.

No sería muy largo. El tipo de basura humana que iban a encontrar en Midian —adictos, pervertidos y radicales— sería rodeada en pocas horas y el convoy de vuelta relevaría a los centinelas. Y mañana vendrían fuerzas de Calgary para tomar posesión del prisionero, de modo que las cosas volverían a su cauce. Cormack no se había metido a policía para sentarse y sudar como estaba haciendo ahora, se había metido por la sensación fácil que daba en una noche de verano cuando podía conducir por la esquina de South y Emmett y obligar a las profesionales a poner la cara en su regazo durante media hora. Para eso le gustaba la ley. No aquella fortaleza sitiada.

—Ayúdeme —dijo alguien.

Oyó las palabras muy claramente. El que había hablado —una mujer— estaba justo frente a la puerta de fuera

—Ayúdeme, *por favor.*

La súplica era tan lastimera que no podía ignorarla. Fue hacia la ventana armado de su rifle. No había cristal, ni siquiera una mirilla, así que no podía ver a la mujer que hablaba. Pero volvió a oírla. Primero un sollozo, luego un golpe suave que se debilitaba al llegar.

—Tendrá que ir a otro sitio —dijo él—. Yo no puedo ayudarla ahora.

—Estoy herida —le pareció que decía, pero no estaba muy seguro. Apoyó el oído en la puerta.

—¿Me oye? —preguntó él—. No puedo ayudarla. Vaya a la tienda más cercana.

Ni siquiera llegó un sollozo a modo de respuesta. Sólo el más débil de los jadeos.

A Cormack le gustaban las mujeres, le gustaba al hombre dominante y vencedor. Incluso al héroe, siempre que no tuviera que sudar mucho para lograrlo. Si se saltaba la norma no era para abrirle la puerta a una mujer pidiendo ayuda. La voz sonaba joven y desesperada. No era

Librodot

su corazón que se le endurecía pensando en su vulnerabilidad. Mirando primero si Koestenbaum estaba fuera de la vista para atestiguar su desafío a las órdenes de Eigerman, susurró:

—Pasa.

Y descerrojó la puerta.

Sólo la abrió unos centímetros y entró una mano cuyo pulgar le desgarró la cara. La herida erró el ojo por un centímetro, pero la sangre volvió el mundo rojo. Semicegado, fue empujado hacia atrás con fuerza desde el otro lado de la puerta, que se abrió. Pero él no soltó el rifle. Disparó, primero a la mujer (erró el tiro) y luego a su compañero, que corrió hacia él medio saltando para esquivar las balas. El segundo tiro, aunque falló como el primero, trajo sangre. Pero no la de su objetivo. Era su propia bota, y la carne y el hueso que había dentro, los que se desparramaron por el suelo.

—*¡Jodido Jesucristo!*

En su horror, dejó caer el rifle de los dedos. Sabiendo que no sería capaz de inclinarse a recogerlo sin perder el equilibrio, se volvió a mirar sobre la mesa, donde yacía su pistola.

Pero Pulgares de Plata ya estaba allí, devorando las balas como si fuesen vitaminas.

Sin defensas, y sabiendo que no podría mantenerse en pie más de unos segundos, empezó a aullar.

Librodot

2

Fuera de la celda quinta, Koestenbaum se mantenía en su puesto. Había recibido órdenes. Pasara lo que pasase más allá de la puerta y en la propia comisaría, él tenía que seguir guardando la celda, defendiéndola de cualquier ataque. Y eso estaba decidido a hacer, por mucho que gritase Cormack.

Aplastando su cigarrillo, quitó la placa de la cerradura de la celda de al lado y puso los ojos en el agujero. En los últimos minutos, el asesino se había movido unos grados al borde de la esquina, como si se sintiera acosado por un débil fragmento de rayo de sol que caía por el ventanuco situado sobre su cabeza. Ya no podía moverse más. Estaba agazapado en la esquina, replegado sobre sí mismo. Aparte de aquel movimiento, tenía el mismo aspecto que había tenido durante todo el tiempo: parecía una ruina humana. No podía ser peligroso para nadie.

Desde luego, las apariencias engañan, y Koestenbaum llevaba demasiado tiempo con aquel uniforme para ser tan ingenuo en una cosa así. Pero él sabía reconocer a un hombre vencido en cuanto lo veía. Boone ni siquiera miró al oír otro aullido de Cormack. Se limitaba a vigilar la luz con el rabillo del ojo y se estremecía.

Koestenbaum cerró el agujero de un golpe y volvió a vigilar la puerta *a* través de la cual vendrían los atacantes de Cormack, fueran quienes fuesen. Le encontrarían dispuesto y esperando, disparando su arma.

No tuvo que esperar mucho rato en esta posición, pues una explosión hizo saltar la cerradura y derribó media puerta, y las astillas y el humo llenaron el aire. Disparó en plena confusión al ver que alguien se acercaba a él. El hombre llevaba el rifle que había utilizado para romper la puerta e iba levantando las manos, que *destellaron* mientras corrían hacia los ojos de Koestenbaum. El agente dudó todavía un momento para disparar y le dio tiempo de ver el rostro de su asaltante; parecía algo que hubiera estado cubierto de vendajes y sepultado a un metro bajo tierra. Luego disparó. La bala dio en el blanco, pero ni siquiera detuvo la marcha del hombre, y antes de que pudiera dispararle por segunda vez ya le había puesto contra la pared y tenía su rostro brutal a unos centímetros de sí. Ahora veía con claridad lo que brillaba en las manos del hombre. Una garra se clavó a unos centímetros de su ojo izquierdo. Y tenía otra en la ingle.

—¿De qué quieres prescindir para seguir viviendo? —le dijo el hombre.

—No hay necesidad de eso —dijo una voz de mujer, antes de que Koestenbaum tuviera la posibilidad de escoger entre la vista y el sexo.

—Déjame —dijo Narcisse.

—No le dejes —murmuró Koestenbaum—. Por favor... no le dejes.

Entonces la mujer apareció ante sus ojos. Lo que veía de ella parecía normal, pero él hubiera apostado que a lo mejor estaba debajo de su blusa. Más tetas que una perra, probablemente. Estaba en manos de unos *freaks.*

—¿Dónde está Boone? —le dijo ella.

Era absurdo arriesgar sus pelotas, sus ojos o lo que fuese. Encontrarían al preso con o sin su ayuda.

—Aquí —dijo él mirando hacia la celda quinta.

—¿Y las llaves?

—En mi cinturón.

La mujer lo alcanzó y sacó las llaves.

Librodot

—¿Cuál? —preguntó.
—La azul.
—Gracias.
Ella se movió hacia la puerta.
—Espere —dijo Koestenbaum.
—¿Qué?
—Haga que él me deje en paz.
—Narcisse —dijo ella.
La garra se retiró de su ojo, pero la de la ingle siguió allí, pinchándole.
—Tenemos que darnos prisa —dijo Narcisse.
—Lo sé —contestó la mujer.
Koestenbaum oyó abrirse la puerta. Miró para verla entrar en la celda. Cuando volvió la vista, el puño llegó a su rostro y él cavó al suelo con la mandíbula rota por tres partes

3

Cormack había sufrido por la misma y breve explosión, pero cuando se produjo, él ya se tambaleaba y en vez de sumirle automáticamente en la inconsciencia, le dejó en un estado de confusión que se sacudió de encima rápidamente. Se arrastró hasta la puerta y luego logró levantarse poco a poco. Tambaleándose salió a la calle. La agitación del tráfico de la vuelta a casa ya se había acabado, pero aún había vehículos pasando en ambas direcciones, y la visión de un policía sin dedos en el pie y cojeando en medio de la calle, con los brazos en alto, fue suficiente como para detener el flujo de coches con un chirrido de frenos.

Pero cuando los conductores y pasajeros salieron de coches y camiones para ayudarle, Cormarck sintió el shock retardado de la herida que él mismo se había inflingido y afectando a su sistema nervioso. Las palabras que le dirigían quienes le ayudaban llegaban a su confusa mente sin ningún sentido.

Él pensó (deseó) que alguien había dicho:

—*Cogeré una pistola.*

Pero no estaba seguro.

Esperó (y rezó para que así fuera) que su trabada lengua les hubiera dicho dónde encontrar a los criminales, pero aún estaba menos seguro de esto.

Pero cuando el coro de caras se borraba en torno a él, se dio cuenta de que su chorreante pie habría dejado un reguero que orientaría a aquella gente hacia los transgresores. Reconfortado, se desmayó.

Librodot

4

—Boone —había dicho ella.

Su pálido cuerpo, desnudo hasta la cintura —lleno de cicatrices y sin un pezón— se estremeció cuando ella pronunció su nombre. Pero no la miró.

—Nos vamos, ¿quieres?

Narcisse estaba en la puerta, mirando al prisionero.

—No sirve de nada gritar así —le dijo ella—. Déjame a solas con él un momento.

—No hay tiempo de folletines.

—*Lárgate.*

—Vale —alzó los brazos en una burlona rendición—. Me voy.

Cerró la puerta. Ahora sólo estaban ella y Boone. La viva y el muerto.

—Levántate —le dijo ella.

Él sólo se estremeció.

—¿Quieres levantarte? No tenemos mucho tiempo.

—Pues déjame —dijo él.

Ella ignoró el sentimiento, pero no el hecho de que él hubiera roto su silencio.

—Háblame —le dijo.

—Debes irte —le dijo él, vencido en cada una de sus palabras—. Te arriesgas para nada.

Ella no se esperaba aquello. Quizá que estuviese enfadado por dejar que le atrapasen en el Sweetgrass Inn. Sospecha, de que hubiera venido con alguien de Midian. Pero no aquella forma de mascullar de una criatura rota, agazapada en un rincón como un boxeador tras luchar en demasiados combates. ¿Dónde estaba el hombre que había visto en el motel, transformando el orden de su carne ante ella? ¿Dónde estaba la fuerza que ella había visto? ¿Y su apetito? Apenas parecía capaz de levantar su propia cabeza, le hubiera sido imposible llevarse un trozo de carne a la boca.

—Aquélla era la salida —pensó súbitamente—. Aquella carne prohibida.

—Todavía noto su sabor —dijo él.

Había tanta vergüenza en su voz, el ser humano que sentía repulsión por la bestia en que se había convertido.

—No tenías conciencia —le dijo ella—, No tenías control de ti mismo.

—Ahora sí lo tengo —replicó él. Sus uñas se clavaban en el músculo de sus antebrazos, ella lo vio, como si se estuviera sujetando. No voy *a* irme. Voy a esperar aquí hasta que me cuelguen.

—Eso no servirá de nada, Boone —le recordó ella.

—*¡Dios!* —la palabra acabó en lágrimas—. ¿Lo sabes todo?

—Sí. Narcisse me lo ha dicho. Estás muerto. ¿Para qué quieres que te cuelguen? Ellos no pueden matarte.

—Encontraré una forma —dijo él—. Cortarme la cabeza. Hacer estallar mi cerebro.

—¡No hables así!

—Tienen que acabar conmigo, Lori. Sacarme de mi estado miserable.

—No quiero que salgas de tu estado miserable —dijo ella.

—¡Pero yo sí! —replicó él mirándola por primera vez. Al ver su cara recordó cuánto había significado para él y comprendió el por qué. El dolor no podía encontrar pretextos más persuasivos que sus huesos, sus ojos.

—Quiero salir —dijo él—. Salir de este cuerpo. De esta vida.

Librodot

—No puedes. Midian te necesita. Lo están destruyendo, Boone.

—¡Déjalo! ¡Da igual! Midian es sólo un agujero en el suelo, lleno de cosas que debían yacer muertas. Ellos lo saben, todos. Simplemente no han tenido valor para hacer lo justo.

—Nada es justo —se sorprendió a sí misma diciendo (cuan lejos había llegado en su desolada relatividad)—, excepto lo que sientes y conoces.

Su ira fugaz se aplacó. La tristeza que la remplazó era más profunda que nunca.

—Me *siento* muerto —dijo—. Y no conozco nada.

—Eso no es verdad —replicó ella, dando los primeros pasos hacia él desde que entrara en la celda. Él se encogió como si pensara que ella iba a pegarle.

—Me conoces a mí —le dijo—. Me sientes a mí.

Le cogió el brazo y lo acercó a ella. Él no tuvo tiempo de cerrar el puño y ella se puso la palma en su estómago.

—¿Crees que me disgustas, Boone? ¿Crees que me horrorizas? No es así.

Ella se llevó la mano a sus pechos.

—Todavía te quiero, Boone. Midian te quiere también, pero yo te quiero más. Te quiero frío, si así es como eres. Te quiero muerto, si así es como eres. Y yo vendré a ti si tú no vienes a mí. Dejaré que me disparen.

—*No* —dijo él.

Ahora ella ya no le apretaba la mano y él podía haberse soltado. Pero decidió mantener su contacto, con sólo la liviana tela de su blusa entre la mano y el pecho. Ella deseó disolver la tela y tener su mano contra su piel, entre sus pechos.

—Van a venir a buscarnos tarde o temprano —dijo ella.

No era ninguna mentira. Se oían voces afuera. Un griterío como de linchamiento. Quizá los monstruos fueran para siempre. Pero también sus perseguidores.

—Nos destruirán, Boone. A ti lo que eres y a mí por quererte. Y nunca más podré abrazarte. Yo no quiero eso, Boone

No quiero que seamos polvo en el mismo viento, quiero que seamos de *carne.*

Su lengua había desnudado su intención. Ella no pensaba decirlo tan claro, pero ya estada dicho y era verdad. No se avergonzaba de ello.

—No dejaré que me niegues, Boone —le dijo. Las palabras eran su motor. Llevaron su mano al frío cráneo de Boone. Ella le arrancó un puñado de su espeso cabello.

Él no se resistió. En lugar de ello, su mano se pegó más a la blusa mientras se arrodillaba apretando su rostro contra la entrepierna de ella, lamiéndola como queriendo limpiar la ropa, entrar en ella con la lengua y el espíritu.

Ella estaba húmeda bajo la tela. Boone olió su ardor hacia él. Sabía que ella no le había mentido. Besó su cono, o la tela que lo ocultaba, una y otra vez.

—Perdónate a ti mismo, Boone —le dijo ella.

Él asintió.

Ella le tiró más del pelo y le alejó de la dicha de su aroma.

—Dilo —le dijo—. Di que te perdonas.

Él la miró desde su placer y antes de que hablase, ella pudo ver que el peso de su vergüenza había desaparecido de su rostro. Tras su súbita sonrisa ella encontró los ojos del monstruo, oscuros y oscureciéndose más mientras él la sondeaba

La mirada le hizo daño.

—Por favor —murmuró ella— ... Ámame.

Él subió hacia su blusa. Su mano seguía en su hendidura con un suave movimiento y tras su sostén buscando su pecho. Aquello era una locura. La muchedumbre estaría allí a por ellos si no se daban prisa. Pero *su* locura la había arrastrado a ella a su círculo de polvo y moscas ya una vez. No era pues extraño que su viaje la hubiera llevado a aquella nueva locura. Mejor era aquello que su vida sin él. Mejor aquello que cualquier cosa.

Él se estaba alzando y sacándose el pene de su escondite, poniendo su fría boca en el caliente pezón de ella, lamiéndolo, mordiéndolo, en un juego perfecto de lengua y dientes. La

Librodot

muerte le había convertido en un amante. Le había hecho conocer la carne y cómo estimularla, le había descubierto los misterios del cuerpo. Estaba por todo el cuerpo de ella, uniendo sus caderas a las suyas en pequeños círculos, arrastrando su lengua por los pechos de ella hacia su clavícula y subiendo por su garganta hasta su barbilla, y de allí hasta su boca.

Sólo una vez en su vida había sentido aquel arrebato de hambre en ella. Años antes, en Nueva York, había conocido y hecho el amor con un hombre cuyo nombre no supo nunca, pero cuyas manos y labios parecían conocerla mejor que ella misma.

—¿Quieres que vayamos a tomar algo juntos? —le dijo ella cuando se despegaron.

Él le dijo que *no* casi compasivamente, como si alguien tan ignorante de las normas fuera digno de lástima. Así que ella le observó mientras se vestía y se marchaba, furiosa consigo misma por habérselo preguntado y con él por aquella práctica de desapego. Pero soñó con él una docena de veces durante las semanas que siguieron, reviviendo aquellos escasos momentos juntos, ávida de ellos otra vez.

Ahora estaba en ellos. Boone era el amante de aquel oscuro rincón, perfeccionado. Frío y febril, apremiante y premeditado. Esta vez, ella sabía su nombre, pero aún era un extraño para ella. Y en el fervor de su posesión y en su ardor por ella, ella sentía a aquel otro amante y a todos los amantes que habían venido y se habían ido antes que él, y que ya se habían quemado. En ella sólo quedaban sus cenizas, donde antes estuvieran sus lenguas y sus pollas, y el poder de ella sobre ellos era completo.

Boone se estaba bajando la cremallera. Ella le cogió el pene con la mano. Ahora le tocaba a él suspirar, mientras los dedos de ella le recorrían el miembro erecto desde los huevos hasta donde el anillo de la cicatriz de su circuncisión mostraba un pedacito de carne tierna. Ella se pegó a él allí, con pequeños movimientos que seguían el ritmo de su lengua arriba y abajo entre sus labios. Luego, en el mismo impulso repentino, llegó el momento de follar. Él le levantó la falda, le desabrochó la ropa interior y sus dedos llegaban a lugares que sólo los dedos de ella habían visitado durante mucho tiempo. Ella le apoyó contra la pared y le bajó los vaqueros hasta medio muslo. Luego, con una mano agarrada a su espalda y la otra disfrutando de la seda de su pene antes de que desapareciera de la vista, ella le metió dentro. El resistió su velocidad, en una guerra deliciosa que hizo gritar a Lori en pocos segundos. Nunca había estado tan abierta y nunca lo había necesitado tanto. Él la llenó para inundarla.

Y así ocurrió. Tras las promesas llegó la prueba. Asegurando los hombros contra la pared, él se curvó para acometerla, de modo que el peso de ella recayera sobre él. Ella le lamió la cara. Él sonrió. Ella le escupió. Él se rió y le escupió a su vez.

—Sí —decía ella—. Sí. *Sigue. Sí.*

Ella sólo podía pronunciar afirmativos. Sí a su saliva, sí a su pene, sí a su vida en la muerte, y al placer en la vida y en la muerte para siempre.

La respuesta de él fue a través de sus amorosas caderas, un trabajo sin palabras, de dientes apretados y cejas surcadas. La expresión de su rostro provocó el espasmo de ella. Verle cerrar los ojos a su placer, saber que la visión de su placer le llegaba demasiado a él como para poder contenerse. Tenían tanto poder uno sobre el otro... Ella demandaba su movimiento moviéndose, con una mano agarrada a los ladrillos que había junto a la cabeza de él para alzarse sobre el pene y luego volverlo a empujar hacia dentro por sí misma. No existía una herida tan agradable. Ella deseaba que no se detuviese nunca.

Pero había una voz en la puerta, Ella la oía a través de su gimiente cabeza.

—De prisa.

Era Narcisse.

—De prisa. —Boone también le oyó y de fondo, el alboroto de los linchadores congregados. Él se adaptó a su ritmo para ir al encuentro de su declive.

—Abre los ojos —le dijo ella.

Él obedeció, sonriendo a su orden. Era demasiado para él encontrarse con sus ojos. Demasiado para ella encontrar los de él. Sellado su pacto, se fueron hasta que el cono de ella humedeció la cabeza de su polla, tan mojada que podía resbalar y salirse, y luego se cerraron

Librodot

uno sobre el otro para la unión final.

El goce la hizo gritar, pero él ahogó el chillido con su lengua, sellando aquella erupción dentro de sus bocas. No tan abajo. Después de tantos meses de abstinencia, su eyaculación se derramó y corrió por las piernas de ella, con un curso más frío que su entrepierna o los besos.

Fue Narcisse quien les devolvió de su mundo al de los demás. La puerta se había abierto y él los miraba sin sentirse incómodo.

—¿Habéis terminado? —quiso saber.

Boone enjugó sus labios en el rostro de Lori, humedeciéndola con su saliva de mejilla a mejilla.

—Por ahora —contestó, mirándola sólo a ella.

—¿Entonces podemos irnos? —dijo Narcisse.

—Cuando sea. Donde sea.

—A Midian —fue la respuesta inmediata.

—Entonces a Midian.

Los amantes se separaron. Lori se puso su ropa interior. Boone intentó meterse la polla, aún dura, dentro de la bragueta.

—Hay una muchedumbre ahí fuera —exclamó Narcisse—. ¿Cómo demonios vamos a hacer para salir?

—Todos son iguales —dijo Boone—. Tienen miedo.

Lori, de espaldas a Boone, sintió un cambio en el aire a su alrededor. Una sombra ascendía por las paredes a izquierda y derecha, extendiéndose por su espalda, besando su nuca, su columna, sus nalgas y lo que había entre ellas. Era la oscuridad de Boone. Estaba en su pene y en su aliento.

Incluso Narcisse estaba intrigado.

—Santa mierda —musitó, y luego abrió la puerta de par en par para dejar pasar la noche.

Librodot

5

La muchedumbre estaba ansiosa de divertirse. Los que tenían pistolas y rifles los habían traído en sus coches, los que tenían la suerte de haber viajado con cuerdas en sus maleteros estaban preparando nudos y los que no tenían cuerdas ni pistolas habían cogido piedras. Como justificación, no necesitaban buscar más, pues ya tenían los restos diseminados del pie de Cormack, extendido por el suelo de la comisaría. Los cabecillas del grupo —establecidos por sí mismos mediante una selección natural (hablaban en voz más alta y tenían armas más poderosas)— estaban hollando aquel suelo manchado de rojo cuando un ruido en la vecindad de las celdas atrajo su atención.

Alguien desde el fondo de la multitud empezó a gritar:

¡Disparemos contra los bastardos!

No fue la sombra de Boone el blanco que los ávidos ojos de los cabecillas encontraron. Era Narcisse. Su arruinado rostro provocó un gesto de disgusto de algunos de los concurrentes v gritos de muerte de muchos otros.

—¡Derribad al cabrón!

—¡Al corazón!

Los cabecillas no titubearon. Tres de ellos dispararon. Uno de ellos le dio. La bala alcanzó a Narcisse en el hombro atravesándolo. Hubo vítores de la multitud. Animados por su primera herida surgieron de la comisaría en gran número. Los de la retaguardia estaban ansiosos de sangre y los de delante cegados al ver que su blanco no derramaba ni una sola gota. Tampoco había caído, eso lo *habían visto.* Y ahora, uno o dos de ellos intentaban enmendar el asunto, disparándole una ráfaga a Narcisse. Muchos de los tiros erraron, pero no todos.

Pero cuando la tercera bala acertó en el blanco, un rugido de furia estremeció la habitación, haciendo explotar la lámpara del escritorio y acarreando polvo del tejado.

Al oír aquello, uno o dos de aquellos que cruzaban el umbral cambiaron de idea. Súbitamente dejó de importarles la opinión del resto de vecinos, y empezaron a abrirse camino hacia fuera. Todavía había luz en las calles y calor para mitigar el escalofrío de miedo que recorría cada columna vertebral al oír aquel grito. Pero para los que iban en cabeza de la multitud no había retirada posible. La puerta fue derribada. Sólo podían permanecer en el suelo y apuntar sus armas, mientras el rugido emergía de la oscuridad al fondo de la comisaría.

Uno de los hombres había sido testigo aquella mañana en el Sweetgrass Inn, y reconoció al hombre que aparecía entonces como el asesino que había visto arrestar. También sabía su nombre.

El hombre que había disparado el primer tiro contra Narcisse apuntó su rifle.

—¡Derríbale! —exclamó alguien.

El hombre disparó

Boone había sido tiroteado antes, una y mil veces. Aquella pequeña bala, que entró en su pecho y fue a dar en su silencioso corazón, no era nada para él. Se echó a reír y sintió el cambio en él mientras exhalaba. Su sustancia era fluida. Se rompió en fragmentos y se convirtió en algo nuevo: parte de la bestia heredada de Peloquin, parte de cuerpo de guerrero, como Lylesburg, y parte de Boone el loco, contento de sus visiones al fin. Y ¡oh! el placer de ello, de sentir esa posibilidad liberada y perdonada, el placer de asustar a aquel rebaño humano y de verlo romperse ante él.

Olió su calor y sintió hambre de él. Vio su terror y le dio fuerzas. Aquella gente se

arrogaba una autoridad excesiva. Se erigían en árbitros de lo bueno y lo malo, lo natural y lo antinatural, justificando su crueldad con leyes espúreas. Ahora sólo verían funcionar una ley muy simple, mientras sus tripas recordaban el antiguo miedo: el de ser la *presa.*

Corrieron ante él, extendiéndose el pánico a través de sus filas desordenadas. Los rifles y las piedras fueron olvidados en el caos y los gritos pidiendo sangre se convirtieron en gritos de huida. Tropezando unos con otros con las prisas, lucharon por abrirse camino hacia la calle.

Uno de los hombres armados se quedó en su sitio, o al menos, se quedó allí clavado a causa del shock Pero su arma le fue arrancada por la mano hinchada de Boone, y el hombre se arrojó a la multitud que huía para escapar a cualquier otro enfrentamiento.

La luz del día aún reinaba en la calle y Boone era reacio a salir, pero Narcisse era indiferente a esas nimiedades. Una vez despejado el camino salió afuera, a la luz, moviéndose a través de la ajena multitud que huía, hasta que alcanzó el coche.

Boone vio que había gente reagrupándose. En la acera de enfrente, un grupo de gente reconfortado por la luz del sol y por la distancia de la bestia, hablaban acaloradamente de volver a organizarse. Las armas caídas eran recogidas del suelo. Podía ser sólo una cuestión de tiempo en cuanto se desvaneciera el shock causado por la transformación de Boone y reanudaran el ataque.

Pero Narcisse era rápido. Ya estaba en el coche y lo había puesto en marcha cuando Lori llegaba a la puerta. Boone iba tras ella, y el goce de su sombra —que arrastraba como si fuera humo— era más que suficiente para acabar con cualquier miedo que le quedara sobre su carne transformada. En cambio, se sorprendió imaginando que le gustaría follar con él dotado de aquella nueva forma, desparramarse por su sombra hacia el corazón de la bestia.

El coche ya estaba en la puerta rompiendo la nube con sus propios humos.

—*¡Vamos!* —dijo Boone empujándolo a través de la puerta y cubriendo con su sombra la acera para confundir la visión del enemigo. Con razón. Un disparo atravesó la ventanilla trasera cuando ella entraba en el coche, y a esto siguió una lluvia de piedras.

Boone ya estaba a su lado, cerrando la puerta.

—¡Nos persiguen! —dijo Narcisse.

—Déjales —fue la respuesta de Boone.

—¿A Midian?

—Ya no es ningún secreto.

—Es verdad.

Narcisse pisó el acelerador y el coche se puso en marcha.

—Les conduciremos al infierno •—dijo Boone mientras cuatro vehículos se aprestaban a perseguirles—. Si es allí donde quieren ir...

Su voz gutural procedía de la garganta de la criatura en que se había convertido, pero la risa que siguió era la risa de Boone, como si siempre hubiera pertenecido a aquella bestia, un humor más extático de lo que su condición humana le permitía y que finalmente había encontrado su rostro y su objetivo.

Librodot

XXII. TRIUNFO DE LA MÁSCARA

1

Si nunca vivía otro día como aquél, pensó Eigerman, no podría quejarse ante Dios cuando le llamase. Primero, la visión de Boone encadenado. Luego el haber llevado al bebé ante las cámaras sabiendo que su rostro saldría en la portada de todos los periódicos del país al día siguiente por la mañana. Y ahora aquello: la gloriosa visión de Midian en llamas.

Había sido una iniciativa de Pettine, una idea condenadamente buena, echar gasolina en las tumbas, obligando a salir a todo lo que hubiera bajo tierra. Había funcionado mucho mejor de lo que ninguno de ellos se imaginaba. Una vez el humo empezó a espesarse y las llamas a extenderse, el enemigo no tuvo otra opción que salir de su agujero al aire libre, donde el buen sol divino dejó fuera de combate a muchos de ellos.

Aunque no a todos. Algunos habían tenido tiempo de prepararse para su salida, protegiéndose de la luz con los recursos más inverosímiles que pudieron encontrar. Estas iniciativas resultaron vanas. La pira fue sellada: las puertas bloqueadas, los muros fortificados. Incapaces de echar a volar hacia el cielo y con las cabezas cubiertas contra el sol, fueron conducidos de vuelta a la conflagración.

En otras circunstancias, Eigerman no se habría permitido disfrutar tan abiertamente del espectáculo. Pero aquellas criaturas no eran humanas y eso se veía incluso a una distancia prudencial. Eran jodidas y deformes cabezas, no había dos iguales, y él estaba convencido de que los mismos santos se habrían reído al ver aquella exhibición. AI fin y al cabo, humillar al diablo era el deporte preferido de Dios.

Pero no podía durar siempre. Pronto anochecería. Cuando esto se produjera, su mayor defensa contra el enemigo se desvanecería y las cosas podrían cambiar de rumbo. Tenían que dejar que el incendio se prolongase durante la noche y volver al alba para desenterrar a los supervivientes de sus nichos y acabar con ellos. Protegiendo los muros y las puertas con cruces y agua bendita, habría pocas posibilidades de que alguno escapara antes del anochecer. No estaba seguro de cuál era la fuerza que les estaba ayudando a vencer a los monstruos: el fuego, el agua, la luz del día o la fe, todos juntos o una combinación de ello no importaba. Lo único que le preocupaba era que tuviera el poder suficiente como para romperles la cabeza.

Un grito desde el pie de la colina, rompió el hilo de pensamientos de Eigerman.

—*¡Tiene que detener esto!*

Era Ashbery. Parecía que hubiera estado demasiado cerca de las llamas. Tenía la cara colorada y bañada en sudor.

—*¿Parar qué?*—gritó Eigerman.

—Esta masacre.

—No veo ninguna masacre.

Ashbery estaba a un par de metros de Eigerman, pero todavía tenía que gritar a causa del ruido de abajo: el ruido ensordecedor de los monstruitos y los disparos, que se alternaban con ruidos más fuertes cuando el calor rompía una losa o derribaba un mausoleo.

—*¡No se les da ninguna oportunidad!*—exclamó Ashbery.

—No la merecen —subrayó Eigerman.

—/... *Usted no sabe a quién está matando!*

El jefe hizo una mueca.

—Lo sé condenadamente bien —dijo, con una expresión en los ojos que Ashbery sólo había visto en perros locos—. Estoy matando a muertos, así que, ¿cómo va a estar mal? ¿Eh'

Contésteme, Ashbery. ¿Cómo puede estar mal hacer que los muertos yazgan y *sigan muertos?*

—Hay niños ahí abajo, Eigerman —replicó Ashbery, extendiendo un dedo en dirección a Midian.

—Oh, sí. ¡Con ojos como bombillas! ¡Y dientes! ¿Ha visto los dientes de esos jodidos? Son los hijos del diablo, Ashbery.

—Usted no está en sus cabales.

—¿No tiene balas para confirmar eso, verdad? ¡No tiene balas!

Dio un paso hacia el sacerdote y le agarró la negra sotana.

—Quizás usted se parezca más a ellos que nosotros —dijo—. ¿Es así, Ashbery? Sentir la llamada del salvaje, ¿no es así?

Ashbery arrancó su ropa de manos de Eigerman. La tela se rasgó.

—De acuerdo... —dijo—. He intentado razonar con usted. Si tiene usted seres temerosos de Dios entre esos ejecutores, entonces quizás un hombre de Dios pueda detenerles.

—¡Deje en paz a mis hombres! —dijo Eigerman.

Pero Ashbery ya estaba a medio camino del pie de la colina v el tumulto se llevaba su voz.

—*¡Basta!* —aulló—. *¡Bajad las armas!*

Situado en el centro de las puertas principales, era visible para un buen número de hombres de Eigerman, y aunque pocos de ellos —o tal vez ninguno— habían pisado una iglesia después de su boda o su bautismo, ahora le escuchaban. Querían alguna explicación de las escenas que les había proporcionado aquella última hora, escenas de las que afortunadamente habían podido huir, pero que un impulso que apenas podían reconocer como propio mantenía presentes, con plegarias de la infancia en sus labios.

Eigerman sabía que su lealtad era sólo suya por defecto. Ellos no le obedecían porque amasen la ley. Le obedecían porque les daba más miedo retirarse delante de sus compañeros que acabar el trabajo. Obedecían porque no podían desafiar la fascinación de contemplar cómo aquellas cosas inermes eran golpeadas. Obedecían porque era más fácil obedecer que desobedecer.

Ashbery podía hacerles cambiar de idea. Tenía las ropas y la retórica necesarias. Si no le detenía podía estropearle el día.

Eigerman sacó su pistola de la funda y siguió al cura hacia abajo de la colina. Ashbery le vio venir y vio la pistola en su mano.

Levantó aún más la voz.

—¡Eso no es lo que Dios quiere! —gritó—. Y tampoco es lo que vosotros queréis. No queréis que vuestras manos se manchen de sangre inocente.

Ha llegado tu fin, pensó Eigerman sintiéndose culpable.

—Calla la boca, marica —le gritó.

Ashbery no tenía ni la más mínima intención de hacerlo, y menos, teniendo a su público en la palma de la mano.

—¡Ahí no hay animales! —dijo—. Hay gente. Y los estáis matando sólo porque os lo dice este lunático.

Sus palabras pesaban incluso entre los ateos. Estaba formulando en voz alta una duda que más de uno se había planteado, pero que nadie se había atrevido a expresar. Media docena de los no uniformados empezaron a retirarse hacia sus coches, evaporado su entusiasmo de exterminación. Uno de los hombres de Eigerman también se retiró de su puesto en la puerta y su lenta retirada se convirtió en una carrera cuando el jefe disparó en su dirección.

—*¡Quédate en tu puesto!* —aulló. Pero el hombre se había ido, perdiéndose entre el humo.

Eigerman volvió su furia hacia Ashbery.

—Tengo malas noticias —dijo, avanzando hacia el sacerdote.

Librodot

Ashbery miró a izquierda y derecha buscando a alguien que le defendiera, pero nadie se movió.

—¿Vais a seguir mirando cómo se mata? —suplicó—. Por Dios, ¿nadie quiere ayudarme?

Eigerman levantó la pistola. Ashbery no tenía intención de esquivar la bala. Cayó de rodillas.

—Padre Nuestro... —empezó.

—Estás en tu derecho, lamepollas —espetó Eigerman—. Nadie te escucha.

—No es verdad —dijo alguien.

—¿Eh?

El orador se detuvo.

—*Yo* le estoy escuchando.

Eigerman volvió la espalda al cura. Una figura apareció entre humo a unos diez metros de él. Él apuntó su arma en dirección al recién llegado.

—¿Quién es usted?

—El sol está a punto de ponerse —dijo el otro.

—Un paso más y le disparo.

—Pues dispare —dijo el hombre, y dio un paso hacia la pistola. Las oleadas de humo que se cernían sobre él se aclararon y el prisionero de la celda quinta apareció ante los ojos de Eigerman, con la piel y los ojos brillantes. Estaba totalmente desnudo. Tenía un agujero de bala en medió de su pecho y más heridas decorando su cuerpo.

—Muerto —dijo Eigerman.

—Puede apostar a que sí.

—¡Dios mío!

Retrocedió un paso, luego otro.

—Veinte minutos quizá para la puesta de sol —dijo Boone—. Luego el mundo es nuestro.

Eigerman movió la cabeza.

—¡No me cogerás! —dijo—. ¡No dejaré que me cojas!

Sus pasos atrás se multiplicaron y de pronto se alejó a toda velocidad, sin mirar atrás. Pero aunque lo hubiera hecho. Boone no tenía interés en perseguirle. Se dirigía hacia las puertas vigiladas de Midian. Ashbery aún estaba allí, en el suelo.

—*Levántate* —le ordenó Boone.

—Si vas a matarme, ¿por qué no lo haces de una vez? —dijo Ashbery—. Acaba ya.

—¿Por qué iba a matarte? —dijo Boone.

—Soy un sacerdote.

—¿Y?

—Tú eres un monstruo.

—¿Y tú no lo eres?

Ashbery miró a Boone.

—¿Yo?

—Llevas encaje bajo la ropa —dijo Boone. Ashbery se arregló la rasgadura de la sotana—. ¿Por qué ocultarlo?

—Déjame en paz.

—Perdónate a ti mismo —le dijo Boone—. Yo lo he hecho.

Dejó atrás a Ashbery hacia las puertas.

—¡Espera! —dijo el sacerdote.

—Yo de ti no iría. En Midian no *les* gustan las sotanas. Malos recuerdos.

—Quiero ver —dijo Ashbery.

—¿Por qué?

—Por favor. Llévame contigo.

—Si quieres arriesgarte.

—Sí.

2

Desde lejos era difícil saber lo que estaba sucediendo al otro lado de las puertas del cementerio. Pero el médico estaba seguro de un par de cosas: Boone había vuelto y de alguna forma había vencido a Eigerman. Ante el primer anuncio de su llegada, Decker se había ocultado en uno de los dos vehículos policiales. Allí estaba sentado, con el maletín en la mano, planeando el próximo golpe de efecto.

Era muy difícil, con dos voces que le aconsejaban cosas diferentes a la vez. Su yo público le exigía la retirada antes de que los acontecimientos se volvieran más peligrosos.

Déjalo, le decía, *lárgate con el coche. Déjales que se mueran.*

Había sensatez en aquel consejo. Con la noche al caer y Boone dispuesto a unirse a ellos, los huéspedes de Midian aún podían triunfar. Si lo lograban y encontraban a Decker, le arrancarían el corazón del pecho.

Pero había otra voz reclamando su atención.

—*Quédate* —le decía.

La voz de la máscara se elevaba desde el maletín que tenía en el regazo.

—*Ya me lo negaste otra vez* —decía.

Era verdad, lo había hecho sabiendo que habría tiempo para reparar la deuda.

—Ahora no —susurró.

—*Ahora* —insistió.

Él sabía que los argumentos racionales no tenían peso contra la avidez de la máscara, ni tampoco las súplicas.

—*Usa los ojos* —le dijo la máscara—. *Hay trabajo por hacer.*

¿Qué veía la máscara que él no viese? Miró por la ventanilla hacia fuera.

—*¿No la ves?*

Ahora la vio. En su fascinación por Boone, que estaba desnudo ante las puertas, no se había fijado en alguien que acababa de entrar en escena: la mujer de Boone.

—*¿Ves a la perra?* —dijo la máscara.

—La veo.

—*Es el momento perfecto, ¿a que sí? Y en este caos, ¿quién va a darse cuenta de que acabo con ella? Y una vez eliminada, no quedará nadie que sepa nuestro secreto.*

—Todavía quedará Boone.

—*Él nunca testificará* —la máscara se rió—. *Es un hombre muerto, por Dios... ¿Qué vale la palabra de un zombi, eh?*

—Nada —dijo Decker.

—*Exactamente. No es ningún peligro para nosotros. Pero la mujer sí. Déjame silenciarla.*

—Supón que te ven.

—*Supón que me ven* —dijo la máscara— *Pensarán que soy uno del clan de Midian.*

—No, tú no —dijo Decker.

La idea de su precioso Otro Yo confundiéndose con los degenerados de Midian le producía náuseas.

—Tú eres pura —le dijo.

—*Déjame demostrarlo* —le persuadió la máscara.

—¿Sólo la mujer?

—*Sólo la mujer. Luego nos iremos.*

Él sabía que aquello tenía más sentido. Nunca tendrían una oportunidad mejor de acabar

con aquella perra.

Empezó a abrir el maletín. En su interior, la máscara saltaba agitada.

—De prisa o se nos escapará.

Sus dedos se deslizaron por el dial marcando los números de la cerradura.

—Rápido, maldito seas.

El dígito final llegó a su sitio. La cerradura se abrió.

El Viejo Cara de Botón nunca había estado tan hermoso.

Librodot

3

Aunque Boone le había advertido a Lori que se quedase con Narcisse, la visión de Midian en llamas era suficiente como para arrastrar a su compañero lejos de la seguridad de la colina hacia las puertas del cementerio. Lori fue con él durante un trecho, pero su presencia parecía entrometerse en su pesar, de modo que retrocedió unos pasos, y en el humo y la creciente luz crepuscular, pronto quedó lejos de él.

La escena que se desarrollaba ante ella era de una gran confusión. Todos los intentos de completar el asalto a la necrópolis habían cesado desde que Boone hiciera huir despavorido a Eigerman. Tanto sus hombres como los civiles que les apoyaban se habían retirado de los muros. Algunos se habían marchado en coche, la mayoría temiendo lo que sucedería cuando el sol desapareciese tras el horizonte. Con todo, la mayor parte permanecía, preparados para una rápida retirada si se hacía necesario, pero hipnotizados por el espectáculo de destrucción. La mirada de Lori iba de uno a otro, buscando algún sino de lo que sentían, pero sus rostros eran opacos. Parecían máscaras de muerte, pensó, sin ninguna reacción. Pero ahora ella *conocía* a los muertos. Había paseado con ellos, hablado con ellos. Les había visto sentir y llorar. ¿Quiénes eran los auténticos muertos? ¿Aquellos cuyo corazón no latía, que aún conocían el dolor, o sus torturadores de ojos opacos?

El humo se rompió descubriendo el sol, oscilando a la orilla del mundo. La luz rojiza la deslumbre. Ella cerró los ojos.

En la oscuridad oyó una respiración a sus espaldas. Abrió los ojos y empezó a volverse, sabiendo que se acercaba algo malo. Era demasiado tarde para esquivarlo. La máscara estaba a un metro de ella y se acercaba.

Apenas tuvo unos segundos antes de que el cuchillo la alcanzara, pero le bastó para ver la máscara como nunca la había visto. Allí estaba la opacidad perfecta de los rostros que había observado antes, la perversión humana convertida en mito. No servía de nada llamarle Decker. No era Decker. No servía *de* nada llamarle nada. Estaba por encima de los nombres y por encima de su poder de domesticar.

Le acuchilló el brazo. Una y otra vez.

Esta vez no hubo palabras para ella. Había venido sólo a eliminarla.

Las heridas se abrieron. Ella se llevó la mano hacia éstas instintivamente y su movimiento le dio la oportunidad a la máscara de patearle las piernas. Ella no tuvo tiempo de frenar su caída. El impacto le vació los pulmones. Gimiendo en busca de aliento, volvió la cabeza hacia el suelo para escapar al cuchillo. La tierra pareció estremecerse bajo ella. Seguramente era una ilusión. Pero volvió a repetirse.

Miró a la máscara. Él también había sentido los temblores y estaba mirando hacia el cementerio. Su distracción era la única oportunidad, tenía que aprovecharla. Rodó fuera de su sombra y se levantó. No había rastro de Narcisse o Rachel, ni podía esperar mucha ayuda de las máscaras de muerte, que habían abandonado su vigilancia y corrían huyendo del humo mientras los temblores se intensificaban. Con los ojos fijos en la puerta por donde había desaparecido Boone, ella corrió tambaleándose pendiente abajo, con el polvoriento suelo bailando bajo sus pies.

La fuente de la agitación era Midian. Su señal, la desaparición del sol y de la luz que atrapaba a los Engendros bajo tierra. Era su ruido lo que hacía temblar la tierra mientras destruían su refugio. Lo que había abajo no podría permanecer abajo por mucho tiempo.

Los Engendros de la Noche se estaban alzando.

Librodot

El conocimiento de esto no la hizo detener su carrera. Fuera lo que fuese lo que quedase dentro, ella había hecho las paces con ello hacía tiempo, y podía esperar su merced. Del horror que dejaba atrás y que caminaba tras ella zancada tras zancada, nada podía esperar.

Sólo los fuegos de las tumbas iluminaban ahora, un camino abierto entre los escombros del asedio: latas de gasolina, palas y armas descargadas. Casi había llegado a las puertas cuando vio a Babette de pie cerca del muro, con el rostro lleno de terror.

—*¡Corre!*—le gritó, temiendo que la máscara pudiera herir a la niña.

Babette así lo hizo y su cuerpo pareció mezclarse al de la bestia mientras corría a atravesar las puertas. Lori iba unos pasos detrás, pero cuando atravesó el umbral, la niña ya había desaparecido, perdida entre las humeantes avenidas. Los temblores eran lo bastante fuertes como para mover las losas de piedra y los mausoleos, como si una fuerza bajo tierra —Baphomet, quizás, El que Fundó Midian— estuviera agitando sus cimientos para convertir el lugar en ruinas. Ella no había esperado tanta violencia. Sus posibilidades de sobrevivir al cataclismo eran escasas.

Pero era mejor ser enterrada en los escombros que sucumbir a la máscara. Y se sintió halagada finalmente de que el Destino le hubiera ofrecido al menos elegir cómo se extinguiría

Librodot

XXIII. EL TORMENTO

1

En la celda de Shere Neck, a Boone le habían atormentado los recuerdos del laberinto de Midian. Cerraba los ojos al sol y se encontraba allí perdido, para abrirlos otra vez y encontrar de nuevo el eco del laberinto en las yemas de sus dedos o las venas de sus brazos. Venas por las que no corría ningún calor, como Midian, imagen de su vergüenza.

Lori había roto aquel hechizo de desesperación, viniendo a él no a perdonarle sino a *pedirle* que se perdonara a sí mismo.

Ahora, de vuelta a las avenidas en las que había nacido su condición de monstruo, sentía su amor por él como la vida que no poseía desde hacía mucho tiempo.

Necesitaba su sensación reconfortante en medio de aquel pandemónium. Los Engendros no sólo estaban hundiendo Midian, sino borrando además todo vestigio de su naturaleza o recuerdo de su pasado. Los veía manos a la obra en todas partes, intentando completar el trabajo que el flagelo de Eigerman había empezado. Recogiendo los pedazos de sus muertos y arrojándolos a las llamas, quemando sus lechos, sus ropas, todo lo que no podían llevarse consigo.

No eran sólo los preparativos para huir. Él vio a los Engendros en formas que nunca había tenido el honor de contemplar: alas desplegadas, miembros estirados. Uno convirtiéndose en muchos (de un hombre, una multitud), muchos convirtiéndose en uno (de tres amantes, una nube). Por todas partes se veían los ritos de la partida.

Ashbery estaba aún al lado de Boone, lleno de curiosidad.

—¿Adonde van?

—He llegado demasiado tarde —dijo Boone—. Se van de Midian.

La piedra que cubría una tumba se abrió y una forma espectral emergió ante ellos como un cohete en el cielo nocturno.

—Hermoso —dijo Ashbery—. ¿Qué son? ¿Por qué nunca les había conocido?

Boone sacudió la cabeza. No se le ocurría ninguna forma de describir a los Engendros excepto las antiguas. No pertenecían al infierno, pero tampoco al cielo. Eran lo que la especie a la que él perteneciera una vez no podía soportar ser. La anti-gente, la anti-tribu, un saco de humanidad revuelta y unida junto a la luna.

Y ahora, antes de que él tuviera la oportunidad de conocerlos —y de conocerse a sí mismo a través de ellos— les estaba perdiendo. Transportaban lo que había en sus celdas y salían hacia la noche

—Demasiado tarde —repitió, y el dolor de su partida le llenó los ojos de lágrimas.

Las salidas se estaban llenando por momentos. En ambos lados, las puertas estaban totalmente abiertas y las cerraduras quitadas. Mientras los espíritus ascendían en innumerables formas. No todos volaban. Algunos habían tomado forma de cabras o tigres, corriendo a través de las llamas hasta las puertas. Muchos iban solos, pero algunos —cuya fecundidad no había menguado ni con la muerte ni con la influencia de Midian— llevaban consigo familias de seis o más miembros, llevando a los más pequeños en brazos. Él sabía que estaba presenciando el paso de una era, cuyo final se había iniciado en el momento en que él pisó el suelo de Midian. El era el causante de aquella devastación, aunque no hubiera

Librodot

prendido el fuego ni destruido ninguna tumba. Él había traído hombres a Midian. Al hacerlo, la había destruido. Ni siquiera Lori podía persuadirle de que se perdonase por ello. Aquella idea le hubiera atraído hacia las llamas si no hubiera oído a la niña llamarla por su nombre.

Sólo era lo bastante humana como para usar palabras, el resto de su cuerpo era animal.

—*Lori*—dijo.

—¿Qué le pasa a Lori?

—La máscara la ha atrapado.

¿La máscara? Sólo podía referirse a Decker.

—*¿Dónde?*

Librodot

2

Cerca, cada vez más cerca.

Comprendiendo que no podía escapar de él, ella intentó asustarle, dirigiéndose hacia el lugar adonde él no quería ir. Pero él estaba demasiado ávido de acabar con su vida como para asustarse. La siguió al territorio donde el suelo estallaba como un volcán bajo sus pies y llovía piedra humeante a su alrededor.

Pero no fue su voz la que pronunció su nombre.

—¡Lori! ¡Por aquí!

Ella aventuró una mirada desesperada y allí —*¡Dios le bendijera!*— estaba allí haciéndole señas. Ella se desvió de su camino o de lo que quedaba de él dirigiéndose hacia Narcisse, que estaba agachado entre dos mausoleos mientras rompía su sucio cristal y una corriente de sombras horadada por ojos dejaba su escondite dirigiéndose a las estrellas. Era como un pedazo del cielo nocturno y ella se maravilló al verlo. Pertenecía a los cielos.

Aquella visión le hizo disminuir su marcha de un modo fatal. La máscara recorrió el espacio que les separaba y la agarró por la blusa. Ella se echó hacia delante para evitar el cuchillazo que seguiría y la tela se desgarró mientras ella caía. Aquella vez la había atrapado. Incluso cuando ella logró asirse a la pared para levantarse, sintió su mano enguantada en la nuca.

—*¡Hijo de puta!* —gritó alguien.

Ella alzó la vista para ver a Narcisse al otro extremo del pasillo entre los mausoleos. También atrajo la atención de Decker. La mano se relajó en su nuca. Esto era suficiente como para liberarse, pero si Narcisse podía seguir atrayendo su atención lograría su propósito.

—*Tengo algo para ti* —dijo y sacó las manos de los bolsillos para desplegar las garras de plata de sus pulgares.

Las hizo chocar una contra otra y centellearon.

Decker dejó que el cuello de Lori se deslizase de sus dedos. Ella escapó de su alcance y empezó a tambalearse hacia Narcisse. Éste se acercaba a ella por el pasaje, o más bien hacia *Decker,* en quien había fijado los ojos.

—No —dijo ella—. Es peligroso.

Narcisse la oyó —se rió de su aviso— pero no contestó. La dejó pasar para interceptar al asesino.

Lori miró hacia atrás. Cuando estuvieron a un metro de distancia entre sí, la máscara sacó de su chaqueta un segundo cuchillo con una hoja tan grande como la de un machete. Antes de que Narcisse tuviera la oportunidad de defenderse, el carnicero dio un impulso certero a su arma que cortó la mano izquierda de Narcisse separándola de su muñeca de un solo golpe. Narcisse movió la cabeza y dio un paso atrás, pero la máscara avanzó con él y alzó el machete por segunda vez para llevarlo al cráneo de su víctima. El corte dividió la cabeza de Narcisse desde el cuero cabelludo hasta el cuello. Era una herida a la que ni siquiera un hombre muerto podía sobrevivir. El cuerpo de Narcisse empezó a temblar y entonces —como Ohnaka cuando fue atrapado bajo la luz— cayó con un crujido, y emergió un coro de aullidos y suspiros hacia el cielo.

Lori sollozó, pero ahogó los siguientes. No había tiempo de lamentarse. Si esperaba a derramar una sola lágrima, la máscara la alcanzaría y el sacrificio de Narcisse habría sido en vano. Empezó a retroceder, con las paredes estremeciéndose a ambos lados de ella, sabiendo que sólo debía correr pero incapaz de alejarse de aquella escena que reflejaba la perversidad

Librodot

de la máscara. En medio de la carnicería, separaba la mitad de la cabeza de Narcisse de la más fina de sus hojas y luego ponía el cuchillo en su hombro, como un trofeo, antes de reemprender su persecución.

Entonces ella echó a correr, fuera de las sombras de los mausoleos y volviendo a la avenida principal. Aunque su memoria hubiese podido guiarla por aquellos alrededores, todos los monumentos habían desaparecido convirtiéndose en ruinas idénticas, y ella no podía diferenciar el Norte del Sur. Todo era uno y lo mismo. Tomara el camino que tomara, volvía a la misma ruina y se encontraba con su mismo perseguidor. Si seguía persiguiéndola eternamente —*y lo haría*—, ¿de qué servía vivir temiéndole? Le dejaría que acabase con ella a su encarnizada manera. El corazón le latía demasiado fuerte como para seguir con aquella tensión.

Pero cuando ya se resignaba a caer bajo su cuchillo, la franja de pavimento que la separaba de su carnicero se agrietó súbitamente y una nube de humo se elevó entre los dos. Un instante después, se abría la avenida entera. Ella cayó. No al suelo. No había suelo. Sino a la tierra.

Librodot

3

—¡Cae! —dijo la niña.

El shock estuvo a punto de caer de la espalda de Boone. Él subió las manos para sujetarla y ella le agarró el pelo con fiereza.

—¿Lista? —le dijo.

—Sí.

Ella no había querido que Ashbery les acompañase. Lo habían dejado que se las arreglase solo en aquel *maelstrón* mientras ellos buscaban a Lori.

—Adelante —dijo ella dirigiendo a su montura—. No muy lejos.

Los fuegos se estaban extinguiendo tras devorar todo lo posible con sus lenguas. Contra el frío ladrillo sólo podían lamerlo y volverlo negro para luego extinguirse. Pero los temblores de abajo no habían cesado. Los movimientos todavía levantaban las piedras. Y tras las reverberaciones había otro sonido *que* Boone no oía tanto como *sentía:* en sus tripas, sus testículos y sus dientes.

La niña le hizo volver la cabeza con sus riendas.

—Por ahí —le dijo.

Los menguantes fuegos progresaban rápidamente; su brillo no era digno del de los ojos de Boone. Ahora él iba más de prisa, aunque las avenidas habían sido derruidas por el terremoto y pisaba tierra revuelta.

—¿Más lejos? —preguntó.

—*Calma* —le dijo ella.

—¿Qué?

—Estate quieto.

—¿Tú también lo has oído? —dijo él.

—Sí.

—¿Qué es?

Al principio, ella no contestó, sino que volvió a escuchar.

Luego dijo:

—*Baphomet.*

En sus horas *de* enclaustramiento, él *había* pensado más que cuando visitara la cámara del Bautista en el tiempo helado que había pasado en presencia del dividido Dios. ¿Acaso no le había revelado profecías, susurrando en su cabeza y pidiéndole que le escuchara? Él había visto aquella ruina. Le había dicho que la hora final de Midian era inminente. No había habido acusaciones, aunque debía de saber que estaba hablando con el responsable. Al contrario, le había hablado *íntimamente,* lo cual le había aterrado más que ningún ataque. Él no podía ser confidente de las divinidades. Había ido a apelar a Baphomet como uno de los recién muertos, para solicitarle un lugar en la tierra. Pero había sido recibido como el actor de un drama futuro. Incluso le había llamado por otro nombre. Él no quería nada de aquello. No quería nombres ni augurios. Había luchado contra ellos, volviéndole la espalda al Bautista, alejándose, sacudiéndose los susurros de la cabeza.

No !o había conseguido. Sólo al pensar en la presencia de Baphomet, sus palabras y aquel nombre volvían a él como furias.

—*Tú eres Cabal* —le había dicho.

Él lo había negado, lo negaba aún ahora. Por más que se compadecía de la tragedia de Baphomet, sabiendo que no podría escapar de aquella destrucción en su condición herida,

tenía deseos más fuertes que sus simpatías.

No podía salvar al Bautista. Pero podía salvar a Lori.

—¡Allí está! —dijo la niña.

—¿Por dónde?

—Justo hacia delante. ¡Mira!

Sólo se veía caos. La avenida que se extendía frente a ellos se había derruido y las llamas y el humo se elevaban del suelo roto. No había signos de vida.

—No la veo —dijo él.

—Está bajo tierra —replicó la niña—. En el hoyo.

—Condúceme hacia ella.

—No puedo avanzar más.

—¿Por qué no?

—Ponme en el suelo. Te he llevado lo más lejos que podía —un pánico apenas contenido—. *Ponme en el suelo* —insistió.

Boone se agachó y la niña se deslizó hacia abajo.

—¿Qué pasa? —le preguntó él.

—No debo ir contigo. No me está permitido.

Después de la devastación que habían atravesado, la desazón de ella iba en aumento.

—¿De qué tienes miedo? —le dijo él.

—No puedo mirar •—dijo ella—. No puedo mirar al Bautista.

—¿Está aquí?

Ella asintió, alejándose de él mientras nuevas fuerzas ahondaban aún más la fisura que había ante ellos.

—Ve con Lori —le dijo ella—. Llévatela. Tú eres todo lo que tiene.

Luego se fue, con las dos piernas convirtiéndose en cuatro mientras huía, dejando a Boone en el hoyo.

4

Lori perdió la conciencia al caer. Segundos después, cuando se dio la vuelta, yacía a medio camino de una escarpada pendiente. El techo que había sobre ella aún estaba intacto pero muy agrietado y las grietas seguían abriéndose mientras ella lo miraba augurando un colapso total. Si no se movía rápidamente sería enterrada viva. Miró hacia la cima de la pendiente. El túnel estaba abierto al cielo. Empezó a arrastrarse hacia allí, con la tierra cayéndole sobre la *cabeza y* las paredes crujiendo como si estuvieran a punto de rendirse.

—*Todavía no* —murmuró—. *Por favor, todavía no...*

Sólo cuando llegó a casi dos metros de la cima, sus abotargados sentidos reconocieron la pendiente. Había arrastrado a Boone una vez por aquella cuesta, alejándole del poder que residía en la cámara situada al fondo. ¿Estaba aún allí, mirándola mientras trepaba? ¿O aquel cataclismo era la prueba de su marcha, la despedida del arquitecto? No sentía su vigilancia, pero apenas podía sentir nada. Su cuerpo y su mente funcionaban sólo porque su instinto los guiaba. Había poca vida en la cumbre de la pendiente. Ella se arrastraba centímetro a centímetro por las ruinas para llegar hasta allí.

Un minuto después alcanzó el túnel o lo que quedaba del canal sin techo. Se apoyó boca arriba un momento, mirando al cielo. Una vez hubo tomado aliento, se levantó y examinó su brazo herido. Sus cortes se habían cubierto de polvo y barro, pero al menos, la sangre había cesado de manar.

Cuando consiguió mover las piernas, algo cayó frente a ella, mojado en lo sucio. Narcisse la miró con media cara. Ella gimió su nombre, volviendo los ojos para encontrarse con la máscara. El atravesaba el túnel como un enterrador y luego bajó a su encuentro.

La escarpia apuntaba a su corazón. Si ella hubiera estado más fuerte habría dado en el blanco, pero en la cima de la pendiente, la tierra se abrió tras ella, y ella no pudo evitar caer con la cabeza sobre los talones, por la inclinación...

Su grito orientó a Boone. Él se abrió paso hacia ella, sobre los escombros de pavimento en los túneles abiertos, luego a través del montón de paredes derruidas y brasas agonizantes. Pero no fue su figura la que vio frente a él volviéndose a su encuentro con los cuchillos preparados. Era el doctor, al fin.

Desde el precario equilibrio de la pendiente, Lori vio a la máscara darle la espalda, distraído de su propósito. Ella había logrado detener su caída agarrándose a una grieta de la pared con la mano buena, y esto fue lo bastante largo como para avistar a Boone en el canal, más arriba. Ella había visto lo que el machete le había hecho a Narcisse. Incluso los muertos tenían su mortalidad. Pero antes de que pudiera proferir ninguna palabra de aviso a Boone, una ola de poder frío subió la colina tras ella. Baphomet no había abandonado su llama. Aún estaba allí y apenas alcanzaba los dedos de ella en la pared.

Incapaz de resistirse, ella se deslizó hacia abajo de la pendiente, a la cámara en erupción.

El éxtasis de los Engendros no había contaminado a Decker. Fue a por Boone como el trabajador de un matadero a acabar la carnicería que le habían encargado: sin jactancia ni pasión.

Eso le hacía peligroso. Golpeaba de prisa, sin anticipar en nada sus movimientos. La fina hoja fue directa al cuello de Boone.

Para desarmar al enemigo, Boone simplemente saltó fuera de su alcance. El cuchillo se

deslizó de los dedos de Decker, todavía prendido en la carne de Boone. El doctor no intentó cogerlo. Cogió uno de doble hoja y lo llevó a la hendidura del cráneo. Esta vez profirió un sonido: un leve quejido que rompió en jadeos mientras se inclinaba hacia delante para eliminar a su víctima.

Boone se agachó para esquivar el corte y la hoja se clavó en la pared del túnel. A ambos les cayó tierra encima cuando Decker rescató el cuchillo. Luego intentó volver a clavárselo, y esta vez erró el blanco por apenas un dedo de distancia.

Boone perdió el equilibrio y estuvo a punto de caer, y sus ojos cabizbajos vieron el trofeo de Decker. No podía olvidar aquella cara lisiada. Narcisse cortado y muerto en el barro.

—*¡Bastardo!* —rugió.

Decker se detuvo un momento y miró a Boone. Luego habló. No con su propia voz, sino con la de otro. Un extraño silbido en vez de voz.

—Puedes morir —le dijo.

Mientras hablaba balanceó la hoja arriba y abajo, sin intentar tocar a Boone, simplemente para demostrar su poderío. La hoja silbaba como la voz, la música de una mosca en el interior de un ataúd, zumbando y dando vueltas a través de los muros.

Boone se retiró ante el despliegue con un terror mortal en las tripas. Decker tenía razón. Los muertos *podían* morir.

Tomó aliento por la boca y sintió una punzada en la garganta. Había cometido un error casi fatal, seguir en forma humana en presencia de la máscara. ¿Y por qué? Por alguna absurda idea de que aquella confrontación final debía de ser de hombre a hombre, de que intercambiarían palabras mientras luchaban y de que él podría trastornar el ego del doctor antes de que el doctor acabara con su vida.

No sería así. Ésta no era la venganza de un paciente contra su médico corrompido. Eran una bestia y un carnicero, enfrentados a cuchillo.

Exhaló, y la realidad de sus células le llegó dulcemente. El goce inundó sus nervios y su cuerpo latió mientras se expandía. Nunca en su vida se había sentido tan vivo como en aquel momento, despojándose de su humanidad y vistiéndose para la noche.

—*Basta...* —dijo, y dejó que la bestia saliese de él hacia todas partes.

Decker alzó el machete para acabar con el enemigo antes de que el cambio se completase. Pero Boone no esperó. Aún transformándose, tiró de la cara del carnicero, le arrancó la máscara, botones, cremallera y todo, para descubrir las deformidades de detrás.

Decker aulló al ser desenmascarado y se llevó la mano a la cara para protegerla de la mirada de la bestia.

Boone recogió la máscara del suelo y empezó a romperla, desgarrando la tela con sus garras. Los aullidos de Decker subieron de tono. Dejando de cubrirse la cara con la mano, empezó a acuchillar a Boone con loco abandono. La hoja se clavó en el pecho de Boone y lo abrió, pero cuando volvía para cortarle por segunda vez, Boone se sujetó los jirones bloqueando el ataque y arrastró el brazo de Decker contra la pared con tal fuerza que le rompió los huesos. El machete cayó al suelo y Boone alcanzó el rostro de Decker.

El aullido exagerado se detuvo cuando las garras se acercaron a él. La boca se cerró. Los rasgos se distendieron. Por un instante, Boone miró el rostro que había observado durante horas, dependiendo de cada palabra suya. Con esa idea, desplazó la mano de la cara al cuello y alcanzó la tráquea de Decker, que había guardado tantas mentiras. Cerró el puño y sus garras se clavaron en la garganta de Decker. Luego apretó. La maquinaria saltó con un flujo de sangre. Los ojos de Decker se vaciaron, fijos en su silenciador. Boone apretó más y más. Los ojos se volvieron opacos. El cuerpo se convulsionó una y otra vez, luego empezó a aflojar.

Boone no lo soltó. Lo sostenía como en un baile y destrozó la carne y el hueso como había hecho con la máscara, de modo que algunos grumos de su cuerpo chocaron contra las paredes. En la mente de Boone sólo estaban presentes los crímenes que Decker cometiera contra él. Lo destruyó con celo propio de un Engendro, sintiendo una monstruosa satisfacción por un acto

monstruoso. Cuando acabó su trabajo, recogió los restos de la tierra y terminó la danza pisoteando a su pareja.

No habría retorno en la tumba de aquel cuerpo. Ni esperanza de una resurrección terrenal. Incluso en pleno arrebato de su ataque, Boone había evitado el mordisco que hubiera permitido al sistema de Decker vivir después de la muerte. Su carne pertenecía sólo a las moscas y sus criaturas, su reputación de extravagancias a aquellos que quisieran contar su historia. A Boone no le importaba. Si alguna vez había dado importancia a los crímenes que Decker le había colgado del cuello, apenas le importaban ahora. Ya no era inocente. Con aquel carnicero, se había convertido en el asesino que Decker le decía que era. Al matar al profeta había convertido la profecía en realidad.

Dejó el cuerpo yaciente y se fue en busca de Lori. Sólo había un lugar a donde hubiera podido ir: bajo la pendiente, a la cámara de Baphomet. Aquello seguía una norma, pensó. El Bautista la había *llevado* allí, deshaciendo la tierra que había bajo sus pies hasta que Boone llegase después.

La llama ocupada por su cuerpo dividido arrojó un cálido resplandor a su rostro. Él miró pendiente abajo hacia él, vestido con la sangre de su enemigo.



Librodot

XXIV. CABAL

1

Perdido en el páramo, Ashbery fue encontrado por una luz que parpadeaba hacia arriba por entre las piedras del agrietado pavimento. Sus rayos eran amargamente fríos, y pegajosos como ninguna luz, adhiriéndose a su manga y a su mano antes de desvanecerse. Intrigado, investigó la fuente de una erupción a otra, y a cada punto se volvía más y más brillante que antes.

Erudito en su juventud, habría conocido el nombre de Baphomet si alguien se lo hubiera susurrado. Habría comprendido por qué la luz, saltando desde la llama de la deidad, ejercía tal atracción sobre él. Habría conocido a la deidad como dios y diosa en un solo cuerpo. Habría sabido también cómo habían sufrido sus adoradores por su ídolo, quemados por herejes o a causa de crímenes contra natura. Habría temido un poder que merecía tal homenaje, y sensatamente.

Pero no había nadie para decírselo. Sólo estaba la luz, arrastrándole.

2

Boone no encontró al Bautista solo en su cámara. Contó once de los Engendros a lo largo de las paredes, arrodillados dándole la espalda a la llama. Entre ellos estaban mister Lylesburg y Rachel.

A la derecha de la puerta, en el suelo, yacía Lori. Tenía sangre en el brazo y en la cara y los ojos cerrados. Pero incluso cuando acudió en su ayuda, la cosa de la llama fijó sus ojos en él, envolviéndole con su helado tacto. Tenía asuntos pendientes con él y no podían posponerse.

—*Acércate* —le dijo—. *Por tu propia voluntad.*

Él estaba asustado. Desde el suelo, la llama había duplicado su tamaño desde que él había entrado, golpeando el techo de la cámara. Fragmentos de tierra convertidos en hielo o cenizas caían en una lluvia deslumbrante que se derramaba sobre el suelo. De pie, a unos metros de la llama, la acometida de aquella energía era brutal. Pero Baphomet le *invitaba* a acercarse más.

—*Estás a salvo* —le decía—. *Vienes envuelto en la sangre de tu enemigo. Eso te dará calor.*

Dio un paso hacia el fuego. Aunque a lo largo de su vida después de la muerte, había sufrido el impacto de las balas y el corte de los cuchillos sin sentir nada, ahora sintió el frío de la llama de Baphomet. Le aguijoneaba en su desnudez, dibujando franjas ante sus ojos. Pero las palabras de Baphomet no eran una vana promesa. La sangre que llevaba se calentó a medida que el aire se volvía más frío a su alrededor. Se reconfortó así y osó dar los últimos pocos pasos.

—*El arma* —dijo Baphomet—. *Descárgala.*

Había olvidado el cuchillo que llevaba en el cuello. Lo separó de su carne y lo arrojó junto a él.

—*Más cerca aún* —dijo el Bautista.

La furia de la llama se aplacó y sólo se vislumbró su carga, pero fue suficiente para confirmar lo que su primer encuentro con Baphomet le había enseñado: que su deidad había forjado criaturas en su propia imagen en las que nunca había puesto los ojos. Ni siquiera la materia de los sueños, nada se parecía al Bautista. Era uno y único.

Súbitamente, una parte de él le alcanzó, fuera de la llama. No veía si era un miembro, o varios o tal vez un órgano. Se asió a su nuca y a su pelo y le empujó hacia el fuego. La sangre de Decker ya no le caldeó y el hielo le escarchó la cara. Pero no luchó para liberarse. Sumergió la cabeza en la llama, que le agarró en seguida. Sabía que aquél era el instante en que el fuego se cernería sobre su cabeza: el *Bautizo.*

Y para confirmar su creencia, la voz de Baphomet resonó en su cabeza.

—*Tú eres Cabal* —le dijo.

El dolor menguaba. Boone abrió la boca para tomar aliento y el fuego le atravesó la garganta hacia su vientre y sus pulmones, y luego por su cuerpo entero. Llevaba su nombre con él, bautizándole en su interior.

Ya no era Boone. Era Cabal. Una alianza de muchos.

Desde aquella purificación sería capaz de dar calor y sangre, de engendrar hijos: estaba en el don de Baphomet y la deidad se lo había dado. Pero también sería frágil, o más frágil. No porque flotase, sino porque estaba cargado de objetivo.

—*Debo ocultarme esta noche* —dijo Baphomet—. *Todos tenemos enemigos, pero los míos han vivido más y han aprendido más crueldad que la mayoría. Debo ser sacado de aquí y escondido de ellos.*

Librodot

Entonces cobró sentido la presencia de los Engendros. Se quedaban atrás para llevarse consigo una fracción del Bautista y protegerlo de las fuerzas que fuesen en su busca.

—*Es tu obra, Cabal* —dijo Baphomet—. *No te acuso. Estaba escrito. Ningún refugio es para siempre. Pero te encargo...*

—¿Sí? —dijo él—. Dime.

—*Reconstruye lo que has destruido.*

—¿Un nuevo Midian?

—*No.*

—¿Entonces?

—*Debes descubrirlo para nosotros en el mundo de los humanos.*

—Ayúdame —dijo él.

—*No puedo. De ahora en adelante serás tú el que debe ayudarme a mí. Tú has acabado con nuestro mundo. Ahora debes rehacerlo.*

Hubo estremecimiento en la llama. Los ritos del Bautismo casi se habían acabado.

—¿Por dónde empezar? —dijo Cabal.

—*Cúrame* —replicó Baphomet—. *Encuéntrame y cúrame. Sálvame de mis enemigos.*

La voz que ya una vez se dirigiera a él había cambiado totalmente de naturaleza. Toda huella de exigencia había desaparecido. Sólo había una súplica de ser curado y salvado del dolor, entregado suavemente a su oído. Incluso la trailla de su cabeza se había soltado, dejándole mirar a izquierda y derecha. Una llamada que él no había oído congregó a los asistentes de Baphomet desde el muro. A pesar de llevar los miembros plegados, avanzaban con paso firme hacia el borde de la llama, que había perdido casi toda su fiereza. Levantaron los brazos envueltos en sudarios y la pared de la llama se rompió, mientras los fragmentos del cuerpo de Baphomet eran envueltos en los brazos de los viajeros para ser envueltos inmediatamente y apartados de la vista.

Aquella división pieza por pieza era una agonía. Cabal sintió el dolor como suyo propio, un dolor que le llenaba haciéndose casi insoportable. Para escapar, empezó a retirarse de la llama.

Pero al hacerlo así, una pieza apareció ante su vista frente a su rostro. La cabeza de Baphomet. Se volvió hacia él, blanca y vasta, con una fabulosa simetría. Su cuerpo entero se levantó ante ella: mirada, saliva y pene. Su cabeza empezó a latir curándole el ala dañada con su primera pulsación. Su sangre congelada se liquefió como la reliquia de un santo, y empezó a fluir. Sus testículos *se* tensaron y el esperma atravesó su pene. Eyaculó en la llama, y las perlas de semen atravesaron sus ojos para tocar la cara del Bautista.

El encuentro había llegado a su fin. Salió del fuego mientras Lylesburg —el último de los que se habían congregado en la cámara— recibía la cabeza de las llamas y la envolvía.

Sus porteadores partieron y la ferocidad de la llama se duplicó. Cabal se tambaleó como su desatado yo, con un vigor terrorífico...

Arriba, sobre el suelo, Ashbery sintió la fuerza construirse e intentó distanciarse, pero su mente estaba llena de lo que había espiado desde arriba, y su peso hacía disminuir su marcha. El fuego le atrapó, barriéndole hacia arriba como si le proyectase hacia el cielo. Él gimió al sentir su contacto y el sabor de Baphomet fluyendo por su cuerpo. Sus múltiples máscaras se habían borrado. Primero las ropas, luego el encaje que había sido incapaz de quitarse ni un solo día de su vida adulta. Luego la anatomía sexual que nunca había acabado de disfrutar. Y finalmente, su carne, limpiándole. Cayó a la tierra más desnudo de lo que había estado en el vientre de su madre, y ciego. El impacto le fragmentó brazos y piernas irremisiblemente.

Abajo, Cabal sintió el shock deslumbrante de la revelación. El fuego había hecho un agujero en el techo de la cámara y se extendía en todas direcciones. Consumiría la carne tan fácilmente como la tierra o la piedra. Tenían que salir de allí antes de que les alcanzase. Lori estaba despierta. Por la sospecha de sus ojos al acercarse, se hizo claro que había visto el Bautismo y que le temía.

Librodot

—Soy yo —le dijo él—. Todavía soy yo.

Le ofreció su mano. Ella la cogió y él la cogió en brazos

—Yo te llevaré —le dijo.

Ella asintió. Sus ojos se habían movido de él a algún punto del suelo. El siguió su mirada. La hoja de Decker yacía cerca de la fisura, donde el hombre que él había sido antes del Bautismo se había desvanecido.

—¿Lo quieres? —le preguntó.

—Sí.

Protegiéndose la cabeza de las ruinas, él volvió sobre sus pasos y lo recogió.

—¿Está muerto? —le preguntó ella cuando volvió a su lado.

—Está muerto.

No había ningún rastro del cadáver para comprobarlo. El túnel, colapsado, le había enterrado como a todo lo de Midian Una tumba para las tumbas.

Con casi todo derruido era difícil abrirse camino hacia las puertas principales. No vieron ningún signo de los habitantes de Midian en su camino. El fuego, las ruinas y la tierra habían cubierto sus restos.

Justo al salir, en un lugar donde forzosamente debían encontrarlo, había un recuerdo para Lori de Babette, por cuya salvación tanto había rezado. La muñeca de Babette, tejida con hierbas y coronada de prímulas, yacía en un pequeño anillo de piedras. Cuando los dedos de Lori tomaron contacto con el juguete le pareció ver un momento final a través de los ojos de la niña, un paisaje moviente con alguien dándose prisa para salvarla. La visión fue demasiado fugaz. No tuvo tiempo de rezar una oración por su buena suerte, pues la visión se desvaneció al oír un ruido a sus espaldas. Se volvió a tiempo para ver los pilares que sostenían Midian empezando a derrumbarse. Cabal la cogió del brazo mientras las dos losas de piedra chocaban una contra la otra, oscilando cabeza contra cabeza como dos luchadores simétricos, y luego cayeron contra el suelo donde momentos antes habían estado Lori y Cabal.

3

Aunque no tenía reloj para saber la hora, Cabal tenía un claro sentido —un don de Baphomet, quizá— del tiempo que había pasado desde el alba. En los ojos de su mente veía el planeta, como una cara de reloj decorada con los mares y la mágica división de la noche y el día reptando alrededor.

No tenía miedo de la aparición del sol en el horizonte. Su Bautismo le había dado una fuerza que les era negada a sus hermanos y hermanas. El sol no le mataría. Él lo sabía y no dudaba. Sabía que le haría sentirse mal. La salida de la luna siempre sería más bien venida que el alba. Pero su trabajo no podía limitarse a las horas nocturnas. No necesitaría esconder su cabeza del sol del modo en que sus compañeros Engendros se veían obligados a hacer. Incluso ahora estarían buscando un lugar para refugiarse antes de que rompiera la mañana.

Se los imaginó en el cielo sobre América o corriendo junto a sus autopistas, separándose cuando algunos de ellos se sentían cansados o encontraban un refugio probable, y el resto seguían avanzando desesperadamente. En silencio les deseó un viaje feliz y un puerto seguro.

Más: prometió que les encontraría de nuevo con el tiempo. Los reuniría como había hecho Midian. Sin querer, les había hecho daño. Ahora tenía que aliviar el mal aunque le costara tiempo.

—Tengo que empezar esta misma noche —le dijo a Lori—. O sus huellas se enfriarán. Entonces nunca los encontraría.

—No irás sin mí, Boone.

—Ya no soy Boone —le dijo.

—¿Por qué?

Se sentaron sobre la colina que dominaba la metrópolis y él le contó todo lo que había aprendido con el Bautismo. Duras lecciones, que tenía que comunicar en pocas palabras. Ella estaba cansada y se estremecía, pero no quería dejarle detenerse.

—Vamos... —seguía diciendo cuando él se callaba—. Tienes que contármelo todo.

Ya sabía la mayor parte. Había sido instrumento de Baphomet tanto como él o más. Parte de la profecía. Sin ella, él nunca hubiera vuelto a Midian para salvarlo y fracasar en el intento. La consecuencia de aquel retorno y aquel fracaso era la tarea que tenía ante él.

Pero ella se rebelaba.

—No puedes dejarme —dijo— después de todo lo que ha pasado.

Le puso la mano en la pierna.

—Recuerda lo de la celda... —murmuró.

El la miró.

—Me dijiste que me perdonara. Y fue un buen consejo. Pero eso no significa que vuelva la espalda a lo que ha pasado aquí. Baphomet, Lylesburg, todos ellos... Yo he destruido el único hogar que nunca había tenido.

—*Tú* no lo has destruido.

—Si no hubiera venido todavía estaría en pie —replicó—. Tengo que compensar ese daño.

—Pues llévame contigo —dijo ella—. Iremos juntos.

—No puede ser. Tú estás viva, Lori. Yo no. Tú aún eres humana. Yo no.

—Tú puedes cambiar eso.

—¿Qué estás diciendo?

—Puedes hacerme igual que tú. No es difícil. Un solo mordisco y Peloquin te cambió para

siempre. Cámbiame.

—No puedo.

—Querrás decir que no *quieres.*

Señaló la punta del cuchillo de Decker en la inmundicia.

—No quieres estar conmigo. Es tan simple como eso, ¿verdad? —esbozó una leve sonrisa curvando las comisuras hacia arriba—. ¿No tienes coraje para decírmelo?

—Cuando acabe mi trabajo... —contestó él—. Quizás entonces.

—Ah, dentro de cien años o así. . —murmuró ella, y se le llenaron los ojos de lágrimas—. Entonces vendrás a buscarme, ¿verdad? A desenterrarme. A besarme A decirme que hubieras querido venir antes pero los días habrán pasado volando.

—Lori.

—Calla —dijo ella—. No me des más excusas. Son insultantes —observó la hoja, no a él—. Tendrás tus razones. Yo creo que no son buenas, pero tú puedes seguir con ellas. Necesitarás aferrarte a algo.

Él no se movió.

—¿A qué esperas? No seré yo quien te diga lo que está bien. Vete. No quiero volver a verte nunca más.

Él siguió de pie. Su enfado le dolía, pero era más fácil que las lágrimas. Retrocedió tres o cuatro pasos y luego, comprendiendo que ella no le sonreiría y ni le miraría siquiera, se volvió.

Sólo entonces lo miró ella. Él no la miraba. Ahora o nunca. Puso la punta del cuchillo de Decker en su vientre. Sabía que no podría llevarlo hasta su objetivo con una sola mano, de modo que se arrodilló, clavó el mango entre las ruinas y dejó que el peso de su cuerpo la llevase hasta el cuchillo. Le hacía un daño horrible. Gritó de dolor.

Él se volvió para encontrarla retorciéndose con su sangre derramándose en el suelo. Corrió hacia ella volviéndola en si. Los espasmos de la muerte aún la sacudían.

—*He mentido* —murmuró—. Boone..., te he mentido. Tú eres lo único que quiero ver.

—No te mueras —dijo él—. Oh Dios del cielo, no te mueras.

—Pues páralo.

—No sé cómo.

—Mátame. Muérdeme. Dame el bálsamo.

El dolor le contrajo el rostro. Abrió la boca.

—O déjame morir, si no quieres llevarme contigo. Es mejor que vivir sin ti.

Él la acunó mientras las lágrimas afloraban a sus ojos. Sus pupilas se levantaban bajo los párpados. Al cabo de unos segundos se habría ido, él lo sabía. Una vez muerta, volver a llamarla estaría más allá de su poder.

—¿Es... que... no? —dijo ella. Ya no le veía.

Él abrió la boca para responder, levantándole el cuello para morderle. La piel le olía ácida. Mordió fuerte el músculo, notó su sangre sustanciosa en la lengua y el bálsamo subió por la garganta de él para entrar en la corriente sanguínea de ella. Pero los estremecimientos de su cuerpo habían cesado ya Ella se desplomó entre sus brazos.

Él levantó la cabeza de su desgarrado cuello, devolviendo lo que había mordido. Había esperado demasiado. ¡Condenado fuese! Ella había sido su mentor y su confesor, y la había dejado caer. La muerte se la había llevado antes de que él tuviera tiempo de clavar su aguijón y salvarla.

Consternado por su último y más lamentable fracaso, la dejó yacer en el suelo frente a él.

Cuando apartó los brazos de su nuca, ella abrió los ojos. —Nunca te abandonaré —le dijo.



XXV. QUÉDATE CONMIGO

1

Fue Pettine el que encontró a Ashbery, pero fue Eigerman quien reconoció los restos del hombre que fuera una vez. El sacerdote aún tenía algo de vida, hecho que —dada la gravedad de sus heridas— rozaba lo milagroso. Las dos piernas le fueron amputadas en los días que siguieron y uno de los brazos hasta medio bíceps. No se despertó del coma tras las operaciones, pero tampoco murió, aunque todos los cirujanos opinaron que sus posibilidades de sobrevivir eran virtualmente nulas. Pero el mismo fuego que le había lisiado, le había prestado una fortaleza sobrenatural. Contra todo pronóstico, resistió.

No estaba solo en las noches y los días de inconsciencia. Eigerman estaba a su lado veinticuatro horas al día, esperando como un perro espera junto a la mesa a que caiga alguna migaja, seguro de que el cura podría ayudarle a redimir el mal que había causado en sus vidas.

Recibió más de lo convenido. Cuando Ashbery finalmente emergió de las profundidades, después de dos meses oscilando en la pendiente de la extinción, emergió dicharachero. Dijo el nombre de Baphomet. Dijo el nombre de Cabal. Contó, en la lengua jeroglífica de los lunáticos irremisibles, cómo los Engendros habían dividido a su deidad en fragmentos para ocultarla. Más aún. Dijo que podría volver a encontrarles. Tocado por el fuego del Bautista y sus supervivientes, quería volver a tocarles.

—Puedo oler a Dios —decía una y otra vez.

—¿Puede llevarnos hasta Él? —le preguntó Eigerman.

La respuesta siempre era sí.

—Yo seré sus ojos entonces —ofreció Eigerman—. Iremos juntos.

Nadie más quería la prueba que Ashbery ofrecía, había habido demasiados sinsentidos que relatar, sin olvidar la dura realidad. Las autoridades le cedieron gustosamente a Eigerman la custodia del sacerdote. Se merecían el uno al otro; ésta era la opinión general. Entre los dos, no reunían una sola célula sana.

Ashbery quedó definitivamente dependiente de Eigerman: incapacitado, al menos en un principio, para alimentarse, cagar o lavarse sin ayuda. Por repugnante que resultara su imbecilidad, Eigerman sabía sin embargo que Ashbery era un don divino. A través de él se vengaría por las humillaciones recibidas en las últimas horas de Midian. Entre las frases codificadas de Ashbery había claves para encontrar al enemigo. Con el tiempo lograría descifrarlas.

Y cuando lo hiciera —*oh, cuando lo hiciera*— sería un día de ajustar cuentas que haría palidecer a las trompetas del Juicio Final.

2

Los visitantes llegaron de noche, furtivamente, y se refugiaron donde pudieron.

Sus antecesores habían propiciado que revivieran algunas obsesiones; pueblos bajo amplios cielos donde los creyentes aún cantaban en domingo y las verjas eran repintadas cada primavera. Otros escogieron las ciudades: Toronto, Washington o Chicago, esperando que entre las calles atestadas y la corrupción del comercio, fuese más difícil detectarles. En lugares así, su presencia podía pasar desapercibida durante un año, dos o tres. Pero no para siempre. Tanto si se refugiaban en los desfiladeros, la ciudad, los pantanos o los terrenos yermos, ninguno pretendía que aquélla fuese una residencia permanente. Serían descubiertos con el tiempo, y desarraigados. Había una nueva locura muy extendida, particularmente entre sus viejos enemigos los cristianos, que constituían un espectáculo diario, hablando de su martirio y pidiendo purgas en su nombre. En cuanto descubrieran a los Engendros habitando entre ellos, reemprenderían las persecuciones.

La discreción era pues su proverbio. Sólo comerían carne cuando el hambre fuese irresistible y sólo cuando sus víctimas no pudieran ser echadas de menos. Tendrían cuidado en no infectar a otros, para no advertir así de su presencia. Si encontraban a uno solo, ninguno más se expondría a acudir en su ayuda. Eran leyes duras, pero no tan duras como las consecuencias si las rompían.

El resto era paciencia y estaban avezados a cultivarla. Su liberador llegaría alguna vez y si podían sobrevivir hasta entonces, esperarían.

Pocos tenían ninguna pista sobre la forma en que se presentaría. Pero todos conocían su nombre.

—*Cabal* —le llamaban—. *El que deshizo Midian.*

Sus plegarias estaban llenas de él. *Llegará cuando cambie el viento. Si no es hoy, será mañana.*

No habrían rezado tan apasionadamente si hubieran sabido el cambio de mareas que su llegada acarrearía. No habrían rezado en absoluto si hubieran sabido que se rezaban a sí mismos. Pero éstas eran revelaciones para un día posterior. De momento, tenían preocupaciones más simples. Vigilar a los niños que de noche subían a los tejados, cuidar que los afligidos no llorasen demasiado alto, que en verano, los jóvenes no se enamorasen de los humanos. Era toda una vida.